



TIEMPOS DE COLAPSO

Los pueblos en movimiento

Raúl Zibechi



Ediciones
desde abajo

Tiempos de colapso

Los pueblos en movimiento

Raúl Zibechi

Tiempos de colapso

Los pueblos en movimiento

Raúl Zibechi

Ediciones
desde abajo

Tiempos de colapso. Los pueblos en movimiento

Raúl Zibechi

Ediciones desde abajo

Julio de 2020

Bogotá, D.C. - Colombia,

ISBN: 978-958-5555-33-4

Portada: muffinn "Coronavirus masks", 30 de marzo 2020

<https://www.flickr.com/photos/mwf2005/49718648308/>

Diseño y diagramación: Difundir Ltda.

Cra. 20 N°45A-85

Bogotá, D.C. - Colombia

El conocimiento es un bien de la humanidad.

Todos los seres humanos deben acceder al saber.

Cultivarlo es responsabilidad de todos.

Se permite la copia, de uno o más capítulos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Índice

Introducción	10
---------------------------	-----------

Primera parte. Una mirada geopolítica desde los pueblos en movimiento

1.- A las puertas de un nuevo orden mundial.....	26
2.- Coronavirus: la militarización de las crisis	30
3.- Pandemia y colapso civilizatorio.....	34
4.- De la seguridad al coronavirus	38
5.- Epidemia de neoliberalismo.....	42
6.- La epidemia de coronavirus desnuda el desmantelamiento de la salud.....	46
7.- El coronavirus como tapadera de la crisis sistémica.....	50
8.- El mundo pospandemia.....	54
9.- Geopolítica y luchas sociales en tiempos de coronavirus	58

Segunda parte

Los pueblos en movimiento son la luz al final del túnel

10.- El pesimismo de Agamben y América Latina	64
11.- Autonomías para enfrentar las pandemias	68
12.- La infinita solidaridad entre los de abajo	72
13.- Los movimientos en la pandemia.....	76
14.- Bañados de Asunción: dignidad y autonomía	80
15.- Los pueblos en movimiento son la luz al final del túnel.....	84
16.- Un nuevo comienzo rebosante de dignidad y autonomía.....	90
17.- El retorno a la vida sencilla. Comida casera, trueque y ancianidad comunitaria.....	94
18.- Agricultura urbana, autonomía alimentaria y huida de las ciudades	100
19.- La idiotez de la vida urbana	106
20.- Desobedecer en tiempos de cuarentena	110
21.- Diez lecciones sobre la Otra Economía, antipatriarcal y anticapitalista.....	116
Lección 1: Hacernos cargo de la vida	116
Lección 2: Empatía con la tierra.....	117
Lección 3: Huir del super-mercado, haciendo comunidad.....	117
Lección 4: La salud, y la economía, de los afectos	118

Lección 6: Las mujeres o la red de redes	118
Lección 8: Cuidar-nos en comunidad.....	119
Lección 9: Pobre es quien está sola.....	119
22.- Los límites de la militarización	122
23.- Argentina: el milagro de la vida en las periferias urbanas	126
24.- Autogestionar la comida y la vida	132
25.- A modo de cierre (provisorio).....	138
Bibliografía	140

“Una forma de movilización que se ve poco porque es muy propia de los pueblos es la que realizan al interior de sí mismos. Algunas veces las dan a conocer, otras no, dependiendo de la sacralidad o espiritualidad que encierran y de los propósitos que quieran lograr al realizarlas. Para llevarlas a cabo recurre a sus guías espirituales, quienes ponen en juego sus poderes y habilidades para restablecer la armonía entre los hombres de este tiempo y los del pasado, así como entre la sociedad y sus dioses. Guiados por ellos, los pueblos recorren sus lugares sagrados, realizan ofrendas a sus deidades, piden perdón por apartarse de sus obligaciones con la naturaleza y permitir que fuera agredida desde fuera. Y lo más importante: refrendan su compromiso de recomponer sus relaciones con sus antepasados, sus deidades y la naturaleza. Entonces desempolvan sus propias formas de lucha y las ponen en movimiento para organizar la resistencia, a su manera. Como muchos no las ven o viéndolas no las entienden, piensan que los pueblos no se movilizan, cuando en realidad son las movilizaciones más significativas para los pueblos, porque a partir de ellas construyen su autonomía”.

Francisco López Bárcenas

Introducción

Vivimos cambios imprevistos e inciertos, cambios que nos dejan perplejos y a menudo paralizados. Un inmenso vendaval está barriendo nuestros modos anteriores de hacer, que en pocos días nos ha desarticulado, dejándonos a la intemperie, en lo individual y en lo colectivo. El aislamiento que padecemos, impuesto por las elites, es tal vez el símbolo más estridente de esta tormenta, en particular para quienes vivimos en ciudades cerradas a la sociabilidad, pero que siguen abiertas a la especulación y la acumulación por despojo.

La sensación de que “todo lo sólido se desvanece en el aire”, es tan potente que nos impulsa a buscar algún ancla, conceptual y material, que le otorgue sentido positivo a esta situación para la que aún no tenemos respuestas del nivel requerido.

Es un otear avistando brumas y pocos azules. Unos y otros nos obligan a esforzar la vista en procura de mayores detalles. Tras ello, intentando sistematizar lo que alcanzamos a observar ante nosotras, en las páginas que siguen recopilo los textos escritos entre febrero y mayo de este año de virus.

En su organización, en la primer parte, constatar desde una mirada global los cambios en las relaciones de fuerza en el planeta, desde la des-globalización en curso hasta la transición acelerada hacia un mundo centrado en Asia-Pacífico y China. Sobre este tema, sólo agregar que la casi inevitable hegemonía china tiene dos aristas para los pueblos en movimiento: la lucha entre dos grandes potencias genera fisuras en la dominación por las cuales puede colarse la acción colectiva, ya que cuando dos opresores confrontan, pueden abrirse oportunidades para las de abajo.

Sin embargo, y este es un tema a menudo soslayado, el tipo de sociedad que ha cobrado forma en China resulta densamente opresivo, por el control macro y micro que ensayan los poderes del Dragón. Un abrumador control digital capaz de

captar y almacenar todos nuestros movimientos y pensamientos, nuestras relaciones, lo que compramos y dónde lo hacemos, las conversaciones que mantenemos y un sinfín de datos centralizados por el Gran Hermano que es la suma del Estado y el Partido Comunista.

Ese control a escala macro se complementa con la capacidad del Partido de movilizar a sus brigadas (el PCCh cuenta con más de 80 millones de afiliados), para vigilar de cerca a los vecinos de cada barrio y comunidad, completando una malla de control y opresión que ningún régimen anterior había soñado. Así como el panóptico pudo ser neutralizado y desbordado luego de décadas de “vigilar y castigar” a su rebaño, ahora nos toca inventar nuevos modos de enfrentar este monstruo de miles de pantallas y dispositivos invisibles que nos asfixian, dejándonos desnudos ante los poderes estatales y corporativos.

El colapso sanitario y el caos ambiental que sufrimos, habían sido cuidadosamente analizados por nuestros referentes en la materia (Fernández y González, 2014). Sin embargo, una vez desplegada su potencia destructiva, debemos aceptar que no habíamos imaginado —por lo menos quien esto escribe— que fuera a hacerse realidad con semejante apoyo social, que nos sume en el aislamiento, probablemente temporal pero aún así extremadamente peligroso.

Las tendencias a la militarización de las sociedades y al crecimiento de la desigualdad, o mejor, la concentración del poder y la riqueza en el 1%, crecen de forma acelerada a caballo de la relegitimación de los Estados-nación. Sabemos que cuando los poderosos sacan a sus fuerzas armadas a las calles para imponer el control, están enseñando a la vez su debilidad para mantenernos a raya a partir del consenso, ya que la hegemonía se trasmuta en dominación mostrando los límites del acatamiento voluntario.

Hablar hoy de caos sistémico ya no es patrimonio de pensadores, sino una realidad transparente aunque dolorosa. El sistema se está cayendo, pero lo hace encima de nuestros cuerpos, lastimando, lacerando a las frágiles, niños y niñas, ancianos, mujeres y pobres de cualquier edad y geografía. El caos somos tam-

bién nosotras, las personas que lo sufrimos y, nunca lo olvidemos, también lo provocamos.

En este punto debemos asumir que los movimientos feministas y contra el patriarcado y las resistencias de los pueblos originarios y negros contra el colonialismo y el racismo, han aportado lo suyo para acelerar el caos sistémico, que no es sólo fruto de tendencias estructurales. Se impone, por lo tanto, asumir las responsabilidades que tenemos en esta crisis, no en una relación de causa-efecto sino algo mucho más profundo: no hay crisis sistémica sin la intervención de los pueblos organizados, marcando límites al capital y al Estado, señalando incluso rumbos para superar la debacle del sistema-mundo.

Finalmente, desde América Latina observamos el ahondamiento del bloqueo contra Venezuela, así como una peligrosa tendencia a la agresión por parte de Estados Unidos y el Pentágono, que puede traducirse en alguna forma de intervención sobre su territorio. Mucho más allá de lo que cada quien piense sobre el régimen bolivariano, una intervención militar para derribarlo —directa o indirecta a través de países vecinos— sería un desastre para nuestra región, ya que la sumiría en un caos nunca antes visto desde las guerras de independencia, dos siglos atrás.

Creo que el imperio está tentado a soldar su dominación en el patio trasero para revertir su decadencia regional y global, convirtiéndolo en refugio y recurso para suavizar el declive que, por otro lado, parece inevitable.

Las tendencias mencionadas chocan con el rompeolas de la acción colectiva, el tema central que abordo en la segunda parte, a partir del diálogo y el intercambio con diversos sujetos colectivos y movimientos en casi todos los países de la región latinoamericana.

* * *

Durante los últimos meses de 2019 se produjeron estallidos sociales y levantamientos en varios países, entre los que destacan Chile, Ecuador, Colombia, Haití, Bolivia

y Nicaragua. En Brasil y Argentina ya se habían producido enormes movilizaciones, en 2013 en el primero y en 2017 en el segundo. En todos los casos, las políticas neoliberales extractivas han estado en la mira de la acción colectiva, ya sea bajo gobiernos de derecha o de izquierda, conservadores o progresistas.

En marzo de 2020, cuando la pandemia lleva a los gobiernos a decretar la cuarentena, los pueblos en movimiento seguían activos pero ya no pudieron seguir ocupando plazas y avenidas sino que debieron ensayar nuevos caminos, inéditos para la mayoría. En este punto, debemos detenernos para dar un pequeño rodeo conceptual e histórico. Las manifestaciones, marchas y concentraciones, los actos públicos de los movimientos, han sido la forma prioritaria como se han hecho visibles. Pero en modo alguno constituyen el aspecto principal de un movimiento social, menos aún de los pueblos en movimiento, cuya principal acción colectiva es la re-construcción de su propio mundo.

En *primer* lugar, la manifestación es un hecho político-cultural relativamente reciente, nacido en Europa en el siglo XIX, hijo de las procesiones y los desfiles militares, trasmutadas por el movimiento obrero y la modernidad en la herramienta elemental y, en no pocas ocasiones, casi única de lucha, aunque en general como apéndice de la huelga.

En América Latina, la manifestación fue uno de los repertorios innovadores del movimiento obrero, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, de la mano de obreros inmigrantes que crearon las primeras organizaciones sindicales. Como apuntan algunos trabajos, al igual que en otras regiones del tercer mundo resultó “una importación paradójica de la colonización o de la occidentalización y de las resistencias que estas suscitan” (Tartakowski y Fillieule, 2020).

La manifestación convive, en nuestro continente, con otras muchas expresiones de protesta indígena, negra y popular: caminatas de sacrificio, marchas de las áreas rurales a las ciudades, bloqueos de carreteras, levantamientos, insurrecciones y estallidos sociales, ocupación simbólica o permanente del espacio o de edificios públicos, toma de tierras periurbanas para construir barrios y viviendas,

recuperación de tierras por campesinos e indígenas, entre otras. A diferencia del mundo desarrollado, la manifestación no es la herramienta principal de la acción colectiva, sino una más. De hecho, muchos movimientos no hacen manifestaciones, o las hacen de forma extraordinaria, salvo los movimientos sindicales.

La *segunda* cuestión es que pueblos originarios y negros casi no la utilizan y, las veces que lo hacen tiene connotaciones diferentes, más vinculadas a la defensa o afirmación del territorio, a la afirmación de sus cosmovisiones y culturas. A diferencia de la manifestación obrera, o de otros movimientos, que a través de ella reclaman al Estado, a un gobierno o a una patronal, los pueblos actúan en torno a la defensa, recuperación y afirmación de sus territorios. No estamos ante formas de acción centradas en la demanda al Estado, lo que no quiere decir que ésta sea inexistente. El tipo de relación que mantienen los pueblos en movimiento con los Estados, es más compleja que la simple demanda: básicamente, no buscan “derechos” sino su reconocimiento como pueblos, o sea, su autogobierno en territorios propios, con autoridades elegidas por ellos según sus usos y costumbres.

¿Cuántas manifestaciones han realizado los zapatistas, los mapuche o los nasa? La “movilización” mapuche gira en torno a la tierra, para ocuparla, resistir el desalojo y volverla a ocupar cuando sea posible y necesario. Se trata de convertir la tierra en territorio o, re-territorializarse como pueblo. Un largo proceso que comienza en el fogón (kutral) comunitario, donde las decisiones toman fuerza colectiva, y se hacen visibles en la ocupación de los fundos (Pairicán, 2014 y Pineda, 2018). El repertorio de acción colectiva mapuche gira en torno a la reconstitución del territorio: recuperación de fundos, ataques a camiones de las empresas forestales e incendios de plantaciones de pinos. Realizan manifestaciones, pero en modo alguno son el eje de su accionar.

Algo similar puede decirse de zapatistas y nasa. Éstos han realizado varias *mingas* (trabajo comunitario), siendo la más relevante la Minga Social y Comunitaria de 2008, una serie de marchas en las que participaron entre 45 y 60 mil indígenas que salieron de Santander de Quilichao, en el Cauca, hasta Bogotá a lo largo de dos semanas. La Guardia Indígena se encarga de velar por la seguridad. Los

objetivos giran en torno al respeto de acuerdos anteriores firmados con el Estado, la derogación de reformas constitucionales que “someten a los pueblos a la exclusión y la muerte” y a construir la Agenda de los Pueblos, que surge de “compartir y sentir el dolor de otros pueblos y procesos” (Zibechi, 2008).

En *tercer* lugar, estamos asistiendo a la transformación de la manifestación en espectáculo. Se trata de un fenómeno relativamente reciente, en el cual el papel de los medios es relevante. Por un lado, los medios, en particular la televisión, buscan despolitizar la protesta social mostrando recortes de la misma, para ofrecer a la opinión pública imágenes ya sea criminalizadoras o edulcoradas, pero siempre reduccionistas y descontextualizadas de las causas de la movilización.

Desde el lado de la protesta social, en los últimos años varios movimientos realizan acciones colectivas que “se adecuan a los criterios del espectáculo”, como forma de superar la indiferencia ciudadana, la invisibilidad mediática y la hostilidad de los gobiernos (Silva, 2015: 47). Para impactar en la sociedad, algunos movimientos han asumido el espectáculo como nuevo repertorio de la acción colectiva, para romper el cerco informativo e intentar instrumentalizar la televisión. Si embargo, el lenguaje apolítico del espectáculo no sólo puede mantener las demandas del movimiento en la agenda política, sino que también “se arriesga a verse sometido a un proceso de domesticación mediática” (Silva, 2015: 48).

Durante la pandemia y al estar impedidas de manifestarse, las organizaciones populares, feministas y de los pueblos originarios, debieron modificar sus formas de acción. Lo que sigue es un intento por sistematizar estas experiencias, sabiendo que se trata apenas de un acercamiento provisorio a realidades que están cambiando rápidamente.

1.- *Un viraje hacia adentro*, ya sea en los territorios que habían reconquistado los pueblos o en nuevos espacios rurales y urbanos nacidos durante la pandemia. De forma espontánea, muchas comunidades decidieron bloquear el ingreso y la salida de personas, como ha hecho el EZLN en Chiapas. Establecer controles que delimitan el territorio es una forma de ordenar y de proteger a la vez, ya que

existe clara conciencia de que la enfermedad viene de fuera y que los recursos propios permiten afrontarla.

Además del zapatismo con el cierre de sus 43 espacios, las más diversas comunidades intensificaron el control territorial, destacando el papel de la Guardia Indígena nasa en el Cauca colombiano. Siete mil guardias armados con bastones de mando controlan setenta puntos vigilando que sólo ingresen los vehículos y personas autorizadas por los cabildos, autoridades nasa en los territorios.

El Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) decidió implementar *Una Minga hacia Adentro*, que puede leerse como una síntesis de lo que están haciendo pueblos y comunidades rurales y urbanos a lo largo y ancho de América Latina. Las claves del “hacia adentro”, en todos los casos, son el fortalecimiento de las relaciones comunitarias que pasa por sus dimensiones material y simbólica, que van desde la mayor autonomía alimentaria hasta el reforzamiento de las autoridades internas ancladas en las prácticas asamblearias y de toma de decisiones por consenso, hasta la armonización colectiva a través de rituales en lugares sagrados como las lagunas, de fogones y sahumerios con la participación de médicos tradicionales.

A diferencia del sistema hegemónico, que consigue el consenso social agitando un enemigo externo —desde el comunismo y los virus hasta el inmigrante y el otro— los pueblos en movimiento lo hacen a través de la actualización de rituales ancestrales que nos armonizan entre las personas y entre los colectivos humanos y los no humanos, montañas, lagunas, plantas y animales. Mientras la primera es una lógica de homogeneidad para y por la guerra, la segunda se basa en el cuidado y la reproducción de la vida.

Este cierre territorial no debe interpretarse como aislamiento, sino como el trazar una frontera que conduce a potenciar las relaciones no capitalistas, anteponiendo los valores de uso a los valores de cambio, la solidaridad y el hermanamiento entre las y los de abajo frente al individualismo que propone, e impone, el sistema. Porque la propuesta de “Quédate en casa” no funciona y es sustituida por el

“Quédate en el barrio” en las villas argentinas, o el “Quédate en la comunidad” de campesinos y pueblos originarios y negros.

En suma, frente a la individualidad imposible y propia de las clases medias, surge una colectivización del espacio público que no es sino la extensión de las prácticas habituales de los sectores populares a la situación pandémica. Esta realidad nos abre a dos debates aún incipientes: el papel de los trabajos colectivos, mingas o tequios, en la creación de mundos otros y la forma de abordar los cuidados, no en clave estatal/institucional e individual, sino colectiva y comunitaria.

2.- *La profundización y/o la búsqueda de la autonomía alimentaria.* En todas las experiencias registradas, se constata un retorno a la tierra, un intento por construir huertas colectivas autogestionadas de carácter orgánico, también en las periferias urbanas donde esta tarea es más compleja. Puede decirse que constituye, a la vez, un intento por superar las consecuencias económicas de la pandemia, pero también un deseo de hacerlo en colectivo, rompiendo el aislamiento individual-familiar impuesto.

Durante la pandemia podemos observar que entre los sectores populares urbanos, pueblos originarios, negros y campesinos, ha crecido un hambre de tierra y de territorio. Testigo de esta tendencia es la multiplicidad de iniciativas urbanas que venimos registrando: las 200 asambleas territoriales formadas al calor del estallido en Chile que durante la pandemia pusieron en pie redes de abastecimiento por fuera del mercado, contactando directamente con los productores. En las periferias urbanas, como sucede en Temuco (Chile), en Popayán (Colombia), en Córdoba (Argentina) y en Montevideo (Uruguay), miles de personas ocuparon tierras para construir viviendas o para cultivar, en lo que supone un desafío frontal a la propiedad privada y al Estado.

Es evidente que en las áreas rurales la autonomía alimentaria (concepto que prefiero al de soberanía alimentaria, siempre vinculada al Estado) tiene mayores alcances y una larga y fecunda trayectoria. Los movimientos indígenas son los que con mayor vigor encararon la delimitación y defensa de sus territorios. Muchos campesinos,

al igual que los pueblos indígenas, bloquearon en toda América Latina el ingreso y salida de sus pueblos, para asegurarse que el virus no entre en las comunidades.

Desde hace ya varias décadas, existe un diálogo entre territorios y autonomía/autogobierno, que ahora se vuelve urgente actualizar. En particular, en las ciudades y en las periferias urbanas. Por eso creo necesario atender lo que se viene haciendo en Cherán, la ciudad autogobernada de 20 mil habitantes en Michoacán (México), la autogestión barrial que ensayan las ocho comunidades de la organización Popular Francisco Villa de la Izquierda Independiente en Ciudad de México, y las asambleas territoriales en Santiago y Valparaíso en Chile. O el caso de Errekaleor en Vitoria (Euskal Herria) o las ciudades del Kurdistán en el norte de Siria, como Qamishli.

Creo que cada experiencia urbana, por más puntual que sea, debe ser pensada colectivamente, porque en realidad son muy pocas, pensando en que la mayor parte de la población del planeta vive en ciudades. Si tendemos la línea de visibilidad, veremos realidades como las investigadas por el Centro Educativo y Cultural cama de Nubes, en Ciudad de México, con el registro de 380 espacios político-culturales y educativos “comunitarios, okupados, independientes, autogestivos o autónomos. El número no es menor, si consideramos que los denominados centros culturales oficiales de la ciudad suman 246 en total” (Cama de Nubes, 2020).

3.- *Los vínculos entre los abajo, rural-urbanos, como apertura a la autonomía.* Ni las ciudades son autónomas en alimentos y agua, ni las áreas rurales lo son en salud y en desarrollos tecnológicos. Los sectores populares que habitan las periferias se necesitan mutuamente con los trabajadores organizados, porque no pueden salvarse solos y tienen intereses y enemigos comunes.

El apoyo de los sindicatos uruguayos a las ollas populares en los barrios periféricos, las donaciones de alimentos de productores rurales a los pobladores urbanos, son apenas una muestra de cómo durante la pandemia se están estrechando vínculos entre pobres rurales y urbanos. Quizá la acción más llamativa, por la explicitación de la solidaridad, sea la de los Bañados de Asunción. Decenas de ollas populares funcionan bajo el lema “El Estado no nos cuida. Los pobres nos

cuidamos entre pobres”, en un amplio trabajo solidario que conecta estudiantes y profesionales con pobladores organizados que viven en la mayor pobreza.

El apoyo de asentamientos del Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil a los pobres urbanos, enviando toneladas de alimentos, así como el intercambio de productos entre nasa del campo y la ciudad, son un excelente ejemplo del apoyo mutuo entre los pueblos. Siglos de dominación capitalista han segmentado y fragmentado a los pueblos, en particular sus saberes y capacidades. De modo que debemos reconstruirnos, como pueblos, recuperando los saberes perdidos. Un buen ejemplo es cómo los zapatistas han recuperado el arte de las hueseras, que se estaba perdiendo.

4.- *Potenciar el mundo de los valores de uso.* Entre las poblaciones campesinas e indígenas de Bolivia, Colombia y México, se constata la generalización del trueque y de otras prácticas ancestrales por fuera del mercado capitalista. Se realizan ferias de trueque en puntos y días previamente acordados, sin moneda, pero no se intercambian equivalencias sino que cada quien lo hace a partir de la necesidad. Estamos ante prácticas que se realizan desde hace mucho tiempo, pero que en medio de la emergencia sanitaria cobran un doble sentido de resistencia colectiva y de alternativa al capitalismo.

En la agricultura urbana comienza a experimentarse con huertos circulares, que responden a una lógica indígena ancestral, vinculada por un lado a las cosmovisiones propias y, por otro, al ahorro de agua, la complementación de cultivos y la división del trabajo con base en la ayuda mutua. Se desarrollan en algunas ciudades prácticas notables de cuidados comunitarios, con la identificación de las personas más vulnerables para abastecerlas de alimentos sin que tengan que salir de sus casas.

Algunas redes de abastecimiento han posibilitado que en las ciudades haya familias que no deben comprar en el supermercado, sino de forma directa a productores rurales que participan en las redes. También están proliferando mini-bancos que son modos de ahorro comunitario y redistribución hacia las familias con más urgencias. En fin, prácticas no capitalistas, de dispersión y no de concentración

de bienes, a partir de la producción y distribución de valores de uso, negando la posibilidad de que se convierten en valores de cambio.

La economía no capitalista se abre paso durante la pandemia, multiplicando posibilidades que hasta ahora parecían marginales. De estas experiencias recogemos la importancia de que existan prácticas heterogéneas respecto a las hegemónicas, no siendo decisivo que sean minoritarias, locales y hasta marginales, como tantas veces nos señalan quienes han optado por lo grande que es, indefectiblemente, lo estatal/capitalista. Es importante que ellas existan, porque cuando las personas las necesitan, las multiplican.

* * *

No quiero finalizar sin varias anotaciones.

La primera es el agradecimiento a todos los movimientos, colectivos y personas que aceptaron comunicarse durante la pandemia. Con casi todos nos conocíamos de forma directa, pero algunos fueron contactados por primera vez, con lo que agradezco su confianza.

En segundo lugar, observarán que los textos que siguen han sido escritos mientras avanzaba la pandemia y las medidas de los gobiernos, de modo que las cifras que apporto no son las definitivas ni las que se registran en el momento de finalizar esta edición. Gracias a la cuidadosa revisión de Jesús Giráldez, debo decir que es necesario matizar algunas sentencias un tanto contundentes, como la que afirma que se está cerrando un período de nuestra historia, algo que aún no está probado y que, seguramente, no estemos en condiciones de corroborar en mucho tiempo.

En el mismo sentido, apuntar que mi análisis está centrado en América Latina. Por lo tanto, no se debe extrapolar a Europa ni al Estado Español, ya que cada región del planeta presenta particularidades que, aunque no contradicen las tendencias globales, se presentan de forma diversa y diferente en cada nación y área geopolítica.

La tercera, consiste en explicar las razones por las cuales, bajo la pandemia, seguimos confiando en la acción y la organización colectivas. En estos meses proliferan los análisis enfocados en los nuevos modos de dominación, desde el encierro hasta la digitalización de la vigilancia y el control. Suelen ser análisis necesarios en la medida que proyecten luz sobre estos mecanismos, que se estaban desplegando y ahora aceleran su implementación.

Sin embargo, no podemos limitarnos a constatar los modos de la dominación, porque sería tanto como decirnos que no hay salida, que las alambradas que rodean el campo de concentración donde nos encerraron, son inexpugnables. Los análisis son útiles en la medida que enseñen las fisuras, las maneras de derribar los muros que nos aprisionan. Destacar las resistencias es algo central, si pretendemos recorrer los caminos de la emancipación.

El filósofo Jacques Rancière escribió a fines de mayo un breve texto que profundiza esta apreciación. “El confinamiento, se dice, es una oportunidad única para reflexionar sobre la sociedad en la que vivimos, sobre el desastre al que nos conduce y sobre los cambios radicales que se deben operar para evitarlo”, comienza su reflexión sobre la pandemia. Continúa con una evaluación sobre el “momento de después”, al que tantos apuestan para que sobrevengan los cambios. “Ese momento de después se convierte cómodamente en la nueva gran esperanza: la oportunidad soñada en la que podría producirse, en un solo movimiento y sin violencia, ese vuelco radical de las cosas que en otra época se esperaba de las grandes jornadas revolucionarias” (Rancière, 2020).

Finaliza con la reflexión que es el centro de sus preocupaciones: “¿Quién hará todo lo que “será necesario” hacer en ese momento para cambiarlo todo?”. En general, los filósofos y muchos analistas escriben sobre lo que es necesario hacer, pero dejan de lado los sujetos colectivos capaces de concretarlo, de hacerlo realidad. Algunos creen que serán los Estados, contra toda la experiencia histórica reciente. No es el caso de Rancière.

El objetivo de este trabajo no es más que mostrar que las fuerzas capaces de hacer lo necesario para afrontar el colapso sistémico, del cual la pandemia es la punta de iceberg, ya existen porque se han ido formando mientras se va desplegando el desastre. No tengo dudas que son aún insuficientes, que les falta recorrer un buen trecho para estar en condiciones de sobrevivir a la tormenta que se nos viene. Pero existen. Son luces que alumbran nuestros andares y son, aunque no les guste a los estadocentristas, la luz al final del túnel.

Montevideo,
Mayo de 2020



Kim Castro Begnozzi, Geopolítica,
<https://www.flickr.com/photos/imkcb/>

Primera parte

Una mirada geopolítica desde los pueblos en movimiento



Kim Castro Begnozzi, Graffiti 2, Cuba,
<https://www.flickr.com/photos/imkcb/9425615945/>

1.- A las puertas de un nuevo orden mundial

La pandemia supone la profundización de la decadencia y crisis del sistema que, en el tiempo corto, habría comenzado en 2008, y en el largo se extiende desde la revolución mundial de 1968. Entramos en un período de caos del sistema-mundo, que es la condición previa para la formación de un nuevo orden global.

En efecto, las principales tendencias en curso (militarización, declive hegemónico de Estados Unidos y ascenso de Asia-Pacífico, fin de la globalización neoliberal, reforzamiento de los Estados y auge de las ultraderechas), son procesos de largo aliento que se aceleran en esta coyuntura.

Desde una mirada geopolítica, China ha mostrado capacidad para salir adelante, sobreponerse a las dificultades y continuar su ascenso como potencia global que en pocas décadas será hegemónica. La cohesión de la población y un gobierno eficiente, son dos aspectos centrales que explican en gran medida la resiliencia/resistencia china.

La dura experiencia vivida por el pueblo en los dos últimos siglos (desde las guerras del opio hasta la invasión japonesa), ayudan a explicar su capacidad para sobrellevar tragedias. La revolución socialista de 1949, además de la nacionalista de 1911, y la notable mejora en la calidad de vida del conjunto de la población, explican la cohesión en torno al Partido Comunista y al Estado, más allá de las opiniones que se tengan de esas instituciones.

Por el contrario, la división interna que vive la población estadounidense (evidenciada en las últimas elecciones y en la epidemia de opiáceos que ha disminuido la esperanza de vida), se conjuga con un gobierno errático, imperial y machista, del que desconfían incluso sus más cercanos aliados.

La financiarización de la economía, dependiente de la gran banca corrupta e ineficiente, ha convertido a la eurozona en una “economía de riesgo”, sin rumbo ni orientación de larga duración (Nieves, 2020). La impresión es que Europa está destinada a acompañar el declive estadounidense, ya que ha sido incapaz de romper el cordón umbilical amarrado desde el Plan Marshall.

Tanto Estados Unidos como la Unión Europea, ni qué decir de los países latinoamericanos, sufrirán los efectos económicos de la pandemia con mucha mayor intensidad que los asiáticos. Éstos han mostrado, desde Japón y China hasta Singapur y Corea del Sur, una notable capacidad para superar esta adversidad.

Una reciente encuesta de *Foreign Policy* entre doce intelectuales destacados, concluye que Estados Unidos perdió su capacidad de liderazgo global y el eje del poder mundial se traslada a Asia. La pandemia es la tumba de la globalización neoliberal, en tanto la del futuro será una globalización centrada en China y Asia Pacífico.

En las principales y decisivas tecnologías, China está a la cabeza. Se mantiene al frente en la construcción de redes 5G, en inteligencia artificial, computación cuántica y superordenadores. El economista Oscar Ugarteche, del Observatorio Económico de América Latina (Obela), sostiene que “China es la fuente de cinco ramas de la economía mundial: farmoquímica, automotriz, aeronáutica, electrónica y telecomunicaciones” (Ugarteche, 2020).

De modo que el cierre de las fábricas frena la producción de estas cinco ramas en el mundo. China producía ya en 2017, el 30% de la energía solar del mundo, por encima de la UE y el doble que Estados Unidos (Ugarteche y Martínez, 2020). La lista *Top500* de los mayores superordenadores del mundo, revela que China posee 227 de 500 (el 45%), frente a sólo 118 de Estados Unidos, su mínimo histórico. Diez años atrás, en 2009, China tenía sólo 21 superordenadores frente a 277 de la entonces superpotencia.

El triunfo chino en la carrera tecnológica, no quiere decir que su sociedad sea la deseable, desde el punto de vista de quienes deseamos una sociedad poscapita-

lista, democrática y no patriarcal. El control social en China es asfixiante: desde las millones de cámaras que vigilan a las personas hasta el diabólico sistema de “crédito social” que otorga y quita puntos según el comportamiento correcto de sus ciudadanos, así como la estigmatización y discriminación de las personas Lgbti.

En el resto del mundo las cosas no van mejor. El hecho de que las “democracias” europeas hayan copiado los modos chinos de abordar la epidemia de coronavirus, es una muestra de que el dragón ya es referente y ejemplo en cuanto al control social de la población. “El mundo ha aprendido del país asiático”, destaca el periódico empresarial *El Economista* (Lorenzo, 2020).

El auge de los fascismos en Europa y en América Latina, no sólo a nivel de partidos sino ese fascismo social difuso pero contundente, focalizado contra disidentes y emigrantes porque lucen comportamientos distintos y otro color de piel, va de la mano del vaciamiento de las democracias. Éstas van quedando apenas como ejercicios electorales que no garantizan el menor cambio, ni la menor influencia de la población en las políticas estatales.

La experiencia del gobierno de Syriza en Grecia, así como del Partido de Trabajadores en Brasil, debería ser motivo de reflexión para las izquierdas del mundo sobre las dificultades para mover la aguja de la economía y la política. Aún concediendo que se llevaron adelante con las mejores intenciones, el saldo de sus gestiones no sólo es pobre, sino regresivo en lo macroeconómico y en el empoderamiento de las sociedades.

El panorama para los movimientos es más que complejo, pero no es uniforme. Los que han hecho de la manifestación y otras acciones públicas su eje central, son los más afectados. Sin embargo, los de base territorial tienen una situación potencialmente mejor. A todos nos afecta, empero, la militarización.

Los pueblos originarios y negros de América Latina, con destaque del zapatismo, los nasa-misak de Colombia y los mapuche, están en mejores condiciones. Algo

similar puede suceder con los proyectos autogestionados, las huertas o los espacios colectivos con posibilidades de cultivar alimentos.

En todo caso, el militarismo, el fascismo y las tecnologías de control poblacional, son enemigos poderosos que, aunados, pueden hacernos un daño inmenso, al punto de revertir los desarrollos que han tejido los movimientos desde la anterior crisis.

2.- Coronavirus: la militarización de las crisis

Hay que remontarse a los períodos del nazismo y del estalinismo, casi un siglo atrás, para encontrar ejemplos de control de población tan extenso e intenso como los que suceden estos días en China con la excusa del coronavirus. Un gigantesco panóptico militar y sanitario, que confina a la población a vivir encerrada y bajo permanente vigilancia.

Las imágenes que nos llegan sobre la vida cotidiana en amplias zonas de China, no sólo en la ciudad de Wuhan y la provincia de Hubei, donde viven 60 millones, dan la impresión de un enorme campo de concentración a cielo abierto por la imposición de cuarentena a todos sus habitantes.

Ciudades desiertas donde sólo transita el personal de seguridad y de salud. Se toma la temperatura a todas las personas a la entrada a los supermercados, centros comerciales y conjuntos residenciales. Si hay miembros de la familia en cuarentena, un sólo miembro tiene derecho a salir cada dos días para comprar víveres.

En algunas ciudades quienes no usen máscaras pueden terminar en la cárcel. Se alienta la utilización de guantes desechables y lápices para presionar los botones del ascensor. Las ciudades de China parecen lugares fantasmas, al punto que en Wuhan casi no encuentras personas en las calles.

Es necesario insistir en que el miedo está circulando a mayor velocidad que el coronavirus y que en contra de lo que se hace creer, “el principal asesino en la historia de la humanidad fue y es la desnutrición”, como destaca una imprescindible entrevista en el portal Comune-info (Cecconi, 2020).

Lo habitual en la historia ha sido poner en cuarentena a personas infectadas, pero nunca se ha aislado de este modo a millones de personas sanas. El médico y académico del Instituto de Salud Global de la University College London, Vageesh

Jain, se pregunta: “¿Se justifica una respuesta tan drástica? ¿Qué pasa con los derechos de las personas sanas?”.

Según la OMS, cada infectado de coronavirus puede contagiar a dos más, mientras el enfermo de sarampión contagia de 12 a 18 personas. Por eso Jain asegura que más del 99,9% de los habitantes de la provincia de Hubei no están contagiados y que “la gran mayoría de la población atrapada en la región no se encuentra mal y es poco probable que se infecte”.

El boletín 142 del *Laboratorio Europeo de Anticipación Política* (LEAP) reflexiona: “China desencadenó un plan de acción de emergencia de magnitud sin precedentes después de sólo 40 muertes en una población de 1.400 millones de personas, sabiendo que la gripe mata a 3.000 personas en Francia cada año”. En 2019 la gripe mató a 40 mil personas en Estados Unidos (Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades 2020). El sarampión mata cien mil personas cada año y la influenza (gripe) medio millón en el mundo.

El LEAP sostiene que estamos ante un nuevo modelo social de gestión de crisis, que cuenta con el visto bueno de Occidente. Italia siguió ese camino al aislar diez ciudades con 50 mil habitantes en total, cuando había sólo 16 personas con coronavirus.

China ejerce un sofisticado control de la población, desde la video-vigilancia con 400 millones de cámaras en las calles hasta el sistema de puntos de “crédito social” que regula el comportamiento de los ciudadanos. Ahora el control se multiplica, incluyendo la vigilancia territorial con brigadas de vecinos “voluntarios” en cada barrio.

Quisiera entrar en varias consideraciones, no desde el punto de vista sanitario sino del que deja el manejo de esta epidemia a los movimientos anti-sistémicos.

La primera, es que siendo China el futuro hegemón global, las prácticas del Estado hacia la población revelan el tipo de sociedad que las elites desean construir

y proponen al mundo. Las formas de control que ejerce China, son sumamente útiles a las clases dominantes de todo el planeta para mantener a raya a los de abajo, en períodos de hondas convulsiones económicas, sociales y políticas, de crisis terminal del capitalismo.

La segunda, es que las elites están usando la epidemia como laboratorio de ingeniería social, con el objetivo de estrechar el cerco sobre la población con una doble malla, a escala macro y micro, combinando un control minucioso a escala local con otro general y extenso como la censura en internet y la video-vigilancia.

Considero que estamos ante un ensayo que se aplicará en situaciones críticas, como desastres naturales, tsunamis y terremotos; pero sobre todo ante las grandes convulsiones sociales capaces de provocar crisis políticas devastadoras para los de arriba. En suma, ellos se preparan frente a eventuales desafíos a su dominación.

La tercera, es que los pueblos aún no sabemos cómo vamos a enfrentar estos potentes mecanismos de control de grandes poblaciones, que se combinan con la militarización de las sociedades ante revueltas y levantamientos, como está sucediendo en Ecuador (Plan V, 2020).



Kim Castro Begnozzi, Corriendo, Cuba, <https://www.flickr.com/photos/imkcb/9425621087/>

3.- Pandemia y colapso civilizatorio

En sus efectos y consecuencias, la pandemia es la gran guerra de nuestros días. Como sucedió con las dos conflagraciones del siglo XX o con la peste negra del siglo XIV, la pandemia es el cierre de un período de nuestra historia que, resumiendo, podemos denominar como el de la civilización moderna, occidental y capitalista, que abarca todo el planeta.

La globalización neoliberal ha encarnado el cénit y el comienzo de la decadencia de esta civilización. Las pandemias, como las guerras, no suceden en cualquier período, sino en la fase terminal de lo que el profesor de historia económica Stephen Davies (de la Universidad Metropolitana de Manchester) define como una *ecúmene*, una parte del mundo que tiene “una economía integrada y una división del trabajo, unidas y producidas por el comercio y el intercambio” (Davies, 2020).

Las pandemias se verifican, en su análisis, cuando un período de “creciente integración económica y comercial sobre gran parte de la superficie del planeta” llega a su fin. Son posibles por dos fenómenos complementarios: una elevado movimiento humano y un incremento de la urbanización, potenciadas por un modo de vida al que llamamos globalización y por “la cría intensiva de ganado”.

En rigor, la pandemia acelera tendencias preexistentes. Son básicamente tres: la interrupción de la integración económica; debilitamiento político que provoca crisis de las clases dominantes; y profundas mutaciones psicológicas y culturales. Las tres se están acelerando hasta desembocar en la desarticulación del sistema-mundo capitalista, en el que está anclada nuestra civilización.

La primera se manifiesta en la interrupción de las cadenas de suministro de larga distancia, que conducen a la des-globalización y la multiplicación de emprendimientos locales y regionales.

América Latina está en pésimas condiciones para encarar este desafío, toda vez que sus economías están completamente volcadas hacia el mercado global. Nuestros países compiten entre sí para colocar los mismos productos en los mismos mercados, al revés de lo que sucede en Europa, por ejemplo. La estrechez de los mercados internos juega en contra, mientras el poder del 1% tiende a dificultar la salida de este modelo neoliberal extractivo.

En segundo lugar, las pandemias, dice Davies, suelen “debilitar la legitimidad de los Estados y de los gobiernos”, mientras se multiplican las rebeliones populares. Las pandemias afectan sobre todo a las grandes ciudades, que conforman el núcleo del sistema, como es el caso de Nueva York y Milán. Las clases dominantes habitan las metrópolis y tienen una edad superior a la media, por lo que serán también afectadas por las epidemias, como puede observarse ahora.

Pero las pandemias suelen, también, arrasar con buena parte de la riqueza de las élites. Al igual que las guerras, las grandes catástrofes “producen una gran reducción de la desigualdad”. Así sucedió con la peste negra y con las guerras del siglo XX.

El tercer punto de Davies, los cambios culturales y psicológicos, son tan evidentes que nadie debería ignorarlos: el activismo de las mujeres y de los pueblos originarios, con la tremenda crisis que han producido en el patriarcado y el colonialismo, son el aspecto central del colapso de nuestra civilización estadocéntrica.

El líder kurdo Abdullah Öcalan, en el segundo volumen de la monumental obra de su defensa ante la Corte Europea de Derechos Humanos, contrapone la “civilización estatal” con la “civilización democrática”, y concluye que ambas no pueden coexistir (Öcalan, 2017).

Para Öcalan, el Estado “se formó en base a un sistema jerárquico sobre la domesticación de la mujer” (*idem*: 451). Con el tiempo, el Estado se convirtió en el núcleo de la civilización estatal, existiendo una “estricta relación entre guerra, violencia, civilización, Estado y justicia-Derecho” (*idem*: 453).

Por el contrario, la civilización democrática se diferencia de la estatal, en que busca satisfacer al conjunto de la sociedad a través de la “gestión común de los asuntos comunes” (*idem*: 455). Su base material y su genealogía deben buscarse en las formas sociales previas al Estado y en aquellas que, luego de su aparición, quedaron al margen del Estado.

“Cuando las comunidades alcancen la capacidad de decidir y actuar sobre los asuntos que les conciernen, entonces se podrá hablar de sociedad democrática”, escribe Öcalan.

Ese tipo de sociedades ya existen. Conforman los modos de vida en los que podemos inspirarnos para construir las arcas que nos permitan sobrevivir en la tormenta sistémica, que ahora se presenta en forma de pandemia, pero que en el futuro se combinará con caos climático, guerras entre potencias y contra los pueblos.

Conozco algunas sociedades democráticas, sobre todo en nuestro continente. La mayor y más desarrollada, cuenta ya con doce caracoles de resistencia y rebeldía donde construyen mundos nuevos.



Kim Castro Begnozzi, Graffiti, Cuba,
<https://www.flickr.com/photos/imkcb/9428394730/>

4.- De la seguridad al coronavirus

Los institutos de opinión pública uruguayos detectaron un cambio abrupto en la percepción de la población respecto a los problemas principales que enfrenta. Así, el diario *La República* titula en su edición del 23 abril “La salud desplazó a la inseguridad y ahora es la primera preocupación de los uruguayos” (*La República*, 2020).

El instituto de opinión pública Equipos Consultores, asegura. “Nos llevamos una sorpresa porque hace años la principal preocupación era la inseguridad y ahora se desplomó”. En su evaluación, la preocupación por la seguridad cayó del 58 al 5%, siendo desplazada por la salud y la economía, en ese orden.

La serie histórica no deja lugar a dudas. Desde 2008 la seguridad y la delincuencia desplazaron a la desocupación como tema excluyente de los uruguayos. El año pasado, el 72% lo consideraron el problema principal en sus vidas.

Son datos relevantes ya que la serie histórica recorre más de una década, desde 2007, atravesando casi todo el período de los gobiernos progresistas. La seguridad es el dato central que permite explicar los resultados electorales de octubre y noviembre, o sea la derrota del Frente Amplio y el triunfo de una coalición de derechas que llevó a Luis Lacalle a la presidencia, pese a no existir nada que se parezca a una crisis económica en Uruguay, a diferencia de otros países de la región.

Aunque los datos son reales e indiscutibles, el enfoque me parece desacertado. La pandemia de coronavirus no desplaza a la seguridad como tema principal, porque se trata del mismo fenómeno social. El coronavirus es la expresión, en este período, de la preocupación ciudadana por la inseguridad, excusa para la aplicación de las políticas de seguridad desplegadas en los últimos 20 años, no sólo en Uruguay sino en toda América Latina.

Estamos ante una construcción política que está íntimamente ligada a lo que el filósofo Giorgio Agamben denomina como “estado de excepción”, devenido en el “paradigma de gobierno” en el período actual (Agamben, 2004). En su estudio sobre el origen el estado de excepción, se remonta al “estado de sitio” durante la revolución francesa, ligado a la guerra contra enemigos externos que enfrentaba la Asamblea Constituyente en 1791. Posteriormente, a lo largo de los siglos XIX y XX, el estado de sitio se emancipa de la situación bélica que lo generó, “para ser usado como medida extraordinaria de policía frente a desórdenes y sediciones internas, deviniendo así de efectivo o militar en ficticio o político” (*idem*: 29).

Agamben insiste, mal que nos pese, en que fue la tradición democrático-revolucionaria y no la absolutista, la creadora del estado de excepción. Los “plenos poderes” que asume el Ejecutivo supone en los hechos un vacío de derecho. Lo sucedido durante las dos guerras mundiales del siglo XX, con el ascenso del nazismo en el seno de regímenes democráticos, llevó a Walter Benjamin a decir que “el estado de excepción...ha devenido la regla”.

Agamben registra que la ampliación de los poderes del Ejecutivo va mucho más allá de las conflagraciones bélicas, cuando todos los países en guerra aplicaron el estado de excepción. Bajo esa tendencia inexorable, “es la totalidad de la vida político-constitucional de las sociedades occidentales lo que comienza progresivamente a asumir una nueva forma, que quizá sólo hoy ha alcanzado su pleno desarrollo” (*idem*: 43).

¿Cuáles son los mecanismos que llevaron a que el estado de excepción se haya convertido en el paradigma de las democracias? La mutación principal, consiste en que “la declaración del estado de excepción está siendo progresivamente sustituida por una generalización sin precedentes del paradigma de la seguridad como técnica normal de gobierno” (*idem*: 44).

El filósofo sostiene, en una reciente entrevista, que el control a través de videocámaras y teléfonos celulares, “excede, por mucho, cualquier forma de control utilizada bajo regímenes totalitarios como el fascismo o el nazismo” y que las

medidas que limitan nuestra libertad “nunca se habían aplicado en la historia de nuestro país” (Agamben, 2020).

Si aceptamos el confinamiento y la decisión unilateral de restringir libertades y de imponer formas de conducta como el distanciamiento social; si las mayorías las aplauden mientras condenan a quienes las transgreden, es porque la sociedad ha sido ablandada y modelada por décadas de políticas de seguridad.

Porque nos hemos acostumbrado a que el poder decida, con la sola aprobación de “técnicos” y “especialistas”, una gama cada vez más amplia de decisiones: quiénes son pobres y quiénes indigentes, quiénes pueden recibir ayudas y subvenciones, qué empresas están exentas del pago de impuestos y cuáles pueden vulnerar la soberanía nacional, y un largo etcétera. Hasta llegar a decidir en qué lugares debo usar tapabocas, cuántos pueden estar en un almacén y a qué distancia de otras personas debo sentarme.

¿Quién decidió que la pandemia es una guerra que debe ser enfrentada con métodos y modos militares? Los gobiernos, sin el menor debate público, argumentando la urgencia, la salvación de la población, el bien público, y otros similares. Todo ello sin el menor debate en la sociedad. Porque la fruta de la militarización fue madurando durante décadas de gestión de la seguridad con políticas de control policial.

El Estado/policía toma las decisiones y aplica las penas luego de marcar la falta, aunque en muchos casos el policía sea sustituido por un asistente social. La sociedad queda, de ese modo, desnuda ante el poder. Una desnudez, como dice Agamben, que es “una producción específica del poder y no un dato natural”.



Kim Castro Begnozzi, Lo que nos trajo el Mar,
<https://www.flickr.com/photos/imkcb/6101988578/>

5.- Epidemia de neoliberalismo

Hace siglos pudimos aprender la importancia de los entornos sociales y naturales donde los virus se arraigan y multiplican, porque convivimos con ellos y no siempre nos amenazan. La peste negra debió enseñarnos que virus preexistentes se multiplican y dispersan cuando se crean las condiciones apropiadas. En nuestro caso, esas condiciones las creó el neoliberalismo.

En “Plagas y pueblos” William McNeill destaca algunas cuestiones de actualidad, cuando analiza la peste negra que barrió Europa desde 1347. Los cristianos, a diferencia de los paganos, cuidaban a los enfermos, “se ayudaban entre sí en épocas de pestilencia” y de ese modo contenían los efectos de la peste (McNeill, 2016). La “saturación de seres humanos”, sobrepoblación, fue clave en la expansión de la peste (McNeill, 2016: 21).

La pobreza, una dieta poco variada y la no observación de las “supersticiones”, costumbres locales de los pueblos, por la llegada de nuevos habitantes, convirtieron las pestes en desastres (p. 155).

Braudel agrega que la peste, o “hidra de mil cabezas”, constituye “una constante, una estructura de la vida de los hombres” (Braudel, 1984: 54). Sin embargo, qué poco hemos aprendido.

La peste negra destruyó la sociedad feudal, por la aguda escasez de mano de obra a raíz de la muerte, en pocos años, de la mitad de la población europea y, también, por la pérdida de credibilidad de las instituciones. Este es el temor que ahora lleva a los estados a encerrar a millones.

La epidemia de coronavirus en curso, tiene algunas particularidades. Me voy a centrar en las sociales, porque ignoro cuestiones científicas elementales.

La epidemia actual no tendría el impacto que tiene, si no fuera por tres largas décadas de neoliberalismo, que ha causado daños ambientales, sanitarios y sociales probablemente irreparables.

Naciones Unidas a través del PNUMA, reconoce que la epidemia “es reflejo de la degradación ambiental” (Zandonai, 2020). El reporte señala que “las dolencias transmitidas de animales a seres humanos están creciendo y empeoran a medida que los hábitats salvajes son destruidos por la actividad humana”, porque “los patógenos se difunden más rápido hacia rebaños y seres humanos”.

Para prevenir y acotar las zoonosis, es necesario atajar “las múltiples amenazas a los ecosistemas y la vida salvaje, entre ellas, la reducción y fragmentación de hábitats, el comercio ilegal, la contaminación y proliferación de especies invasoras y, cada vez más, el cambio climático”.

Las temperaturas a comienzos de marzo (invierno) en algunas regiones de España están hasta 10 grados por encima de lo normal. Además, la evidencia científica vincula “la explosión de las enfermedades virales y la deforestación” (Aizen, 2020).

La segunda cuestión que multiplica la epidemia son los fuertes recortes del sistema sanitario. En Italia, en los últimos diez años se perdieron 70 mil camas hospitalarias, se cerraron 359 departamentos y numerosos hospitales pequeños fueron abandonados (*La Repubblica*, 2020). Entre 2009 y 2018 el gasto en salud creció 10%, frente al 37% de la OCDE. En Italia hay 3,2 camas por cada mil habitantes. En Francia 6 y en Alemania 8.

Entre enero y febrero el sector sanitario español perdió 18.320 trabajadores, en plena expansión del coronavirus (Público 2020). Los sindicatos del sector denuncian “abuso de la contratación de interinos y la precariedad en el empleo”, mientras las condiciones de trabajo son cada vez más duras. Esta política neoliberal hacia el sistema sanitario, es una de las causas por las que Italia ha puesto en cuarentena a todo el país y España sigue el mismo camino.

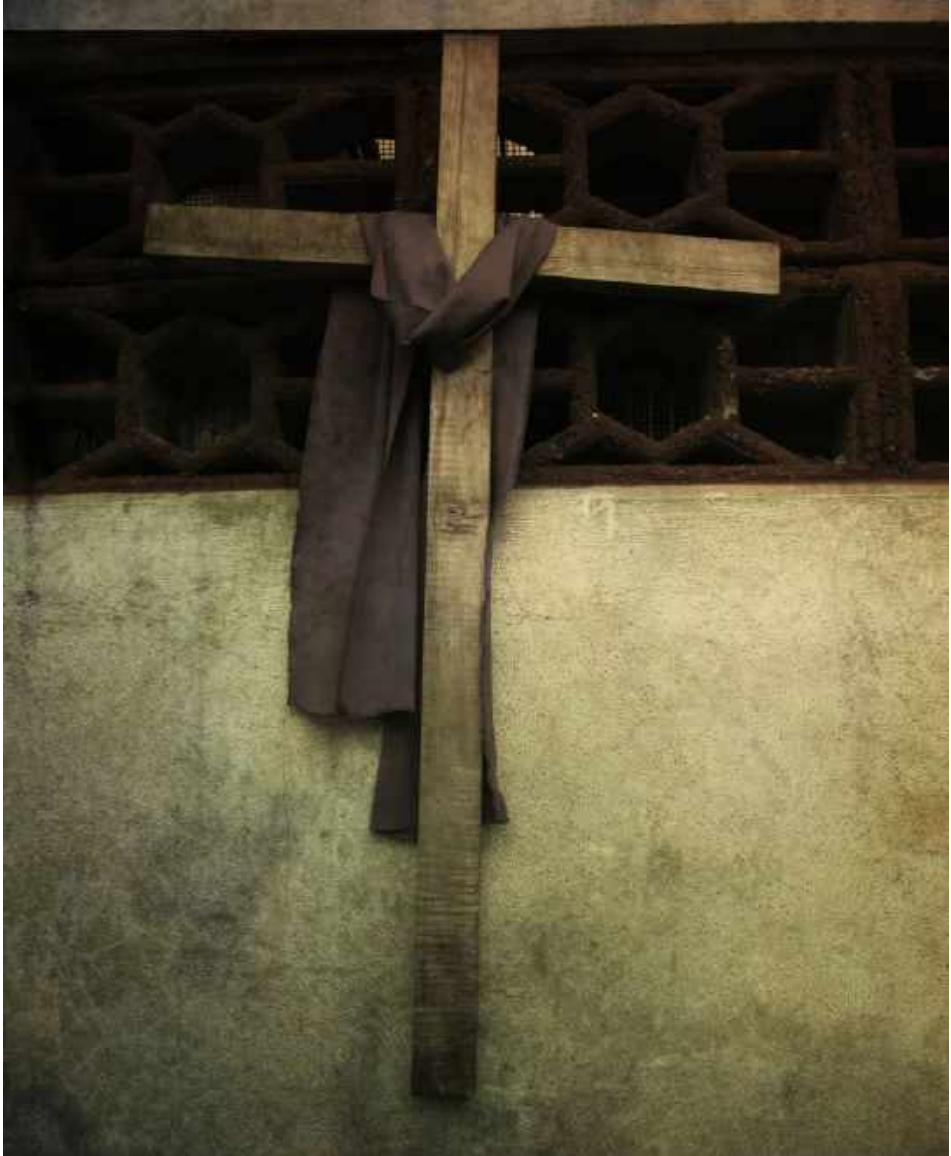
El tercer asunto es la epidemia de individualismo y de desigualdad, cultivadas por los grandes medios que se dedican a meter miedo, informando de forma sesgada. Durante más de un siglo, sufrimos una potente ofensiva del capital y de los estados contra los espacios populares de socialización, mientras se bendicen las catedrales del consumo, como los *shoppings*.

El consumismo despolitiza, des-identifica e implica una “mutación antropológica” (como alertó Passolini). Hoy hay más personas que desean tener mascotas que hijos. Este es el mundo que hemos creado y del que somos responsables.

Las medidas que se toman, a largo plazo, pueden agravar las epidemias. El Estado suspende la sociedad al aislar y confinar a la población en sus casas, prohibiendo incluso el contacto físico.

La desigualdad es igual que en la edad media (hacia el 1500), cuando los ricos corrían a sus casas de campo cuando se anunciaba la peste, en tanto los pobres “se quedaban solos, prisioneros de la ciudad contaminada, donde el Estado los alimentaba, los aislaba, los bloqueaba, los vigilaba” (Braudel, 1084: 59).

El modelo del panóptico carcelario digitalizado, que suspende las relaciones humanas, parece ser el objetivo estratégico del capital para no perder el control en la actual transición sistémica.



Kim Castro Begnozzi, La cruz del patio,
<https://www.flickr.com/photos/imkcb/6101988578/>

6.- La epidemia de coronavirus desnuda el desmantelamiento de la salud

El verdadero motivo de alarma, en Occidente por lo menos, es el desborde de los servicios sanitarios. La posibilidad de que mueran muchas personas por no tener acceso a hospitales abarrotados, se convertiría en una crisis política que los gobiernos buscan eludir con medidas draconianas de aislamiento forzado.

Más que la gravedad de la pandemia de coronavirus, preocupa el elevado nivel de contagio en poco tiempo, que es la causa del desborde del sistema sanitario. Si se prolongara durante dos años, como prevén algunos expertos, pero no hubiera grandes picos de internación, la situación sería menos grave.

En síntesis, el nudo del problema está en los sistemas de salud, que se han venido deteriorando como consecuencia de las políticas neoliberales de reducción de gastos sociales y privatización de servicios. Un somero repaso de las cifras de camas por habitante en diferentes países, pone al descubierto la crisis del sistema de salud.

Los cambios se aceleraron a raíz de la crisis de 2008. En 2006, la Unión Europea tenía 574 camas cada 100 mil habitantes, pero en 2017 la cifra había caído a sólo 504 camas (Forner, 2020). Una disminución del 12%.

En la parte más alta de la gráfica, figura Alemania con 800 camas en 2017, el único país europeo que cumple con las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud, de no menos de 800 camas cada 100 mil habitantes.

Italia se sitúa en uno de los lugares más bajos de la tabla europea: en 2006 tenía 399 camas cada 100 mil personas y en 2017 cayó a sólo 318, un descenso estrepitoso del 20%. Países mucho más pobres como Rumania y Polonia, incrementaron las camas por habitante de 674 a 689 y de 647 a 662, respectivamente.

Bulgaria que tiene un PBI por habitante cuatro veces más bajo que Italia, aumentó su disponibilidad de camas en más del 18% en el mismo período. Datos generales que enseñan que la salud no depende mecánicamente de la riqueza de un país, sino de que sus autoridades la consideren un servicio o un negocio.

En América Latina la disposición de camas muestra una situación aún peor. Cuba marcha a la cabeza con 520 camas cada 100 mil habitantes, seguida por Argentina con 500. A muchísima distancia le sigue Uruguay, con 280, seguido por Brasil y Chile con 220. Una lista que se cierra con Haití, Honduras, Venezuela y Nicaragua, con menos de cien camas.

La privatización de los servicios es otro dato fundamental, ya que aumenta la desigualdad en el acceso a la salud. En España la sanidad privada representa ya más del 30% del gasto sanitario, algo que se traduce en mayor opacidad y menor transparencia, según la Federación de Asociaciones para la Defensa de la Sanidad Pública (FADSP).

Según la misma organización, Madrid es la región que lidera los índices de privatización, así como el porcentaje de camas privadas sobre el total (27,7% en Madrid versus 5,1% en La Rioja). En la privada los datos enseñan una sobre utilización de estudios caros, como las pruebas diagnósticas de imagen. Un informe del sindicato UGT asegura que “en los últimos cuatro años, el porcentaje de inversión en la privada multiplicaba por tres el de la pública” (Valdés, 2020).

Una inversión de carácter especulativo, ya que no impidió que la crisis del coronavirus tenga su foco principal en la capital española, con el 44% de los contagios del país y el 72% de los muertos, al 17 de marzo.

Madrid destina elevadas sumas a la “atención especializada”, cara y con resultados dudosos, mientras “destina muy poco a la Atención Primaria, que requiere de una inversión fuerte y urgente porque es el primer peldaño de la sanidad”, según Marciano Sánchez Bayle, presidente de la FADSP.

En Italia, en diez años se perdieron 70 mil camas hospitalarias, se cerraron 359 departamentos y numerosos hospitales pequeños fueron abandonados. Entre 2009 y 2018 el gasto en salud creció 10 por ciento, frente a 37 por ciento de la OCDE.

Entre enero y febrero el sector sanitario español perdió 18.320 trabajadores, en plena expansión del coronavirus. Además, los sindicatos del sector denuncian abuso de la contratación de interinos y la precariedad en el empleo, mientras las condiciones de trabajo son cada vez más duras.

Podríamos establecer una geopolítica del desmantelamiento de la salud y de la crisis sanitaria. Uno de los epicentros sería Estados Unidos, según el sociólogo y urbanista Mike Davis.

“La temporada de gripe de 2018, por ejemplo, superó a los hospitales de todo el país, mostrando la escandalosa escasez de camas hospitalarias después de 20 años de recortes de la capacidad de hospitalización en aras al beneficio”. Davis destaca los cierres de clínicas privadas y la escasez de personal, impuestos por la lógica de mercado, que “han devastado los servicios sanitarios en las comunidades más pobres y zonas rurales, trasladando la carga a hospitales públicos infradotados y clínicas para veteranos” (Davis, 2020).

Los servicios de urgencias están sobrecargados, por lo que asegura que su país se enfrenta a un “Katrina sanitario”, en referencia al huracán que arrasó la ciudad de Nueva Orleans en 2005.

Davis nos recuerda que “nada menos que 380.000 pacientes de residencias de ancianos mueren cada año debido al incumplimiento por parte de estas entidades de los procedimientos básicos de control de infecciones”.

Como sabemos, Estados Unidos es el país referente en la privatización de la salud. Davis denuncia que las grandes empresas farmacéuticas dejaron de invertir en el desarrollo de nuevos antibióticos y antivirales. “Los medicamentos para el corazón, los calmantes adictivos y los tratamientos de la impotencia masculina

encabezan la lista de los más rentables, pero no los destinados a combatir las infecciones hospitalarias, las nuevas enfermedades y las tradicionales patologías tropicales”.

Por eso vaticina que “dentro de un año puede que admiremos retrospectivamente el éxito de China en la contención de la pandemia, pero que nos horroricemos ante el fracaso de Estados Unidos”.

7.- El coronavirus como tapadera de la crisis sistémica

Que una gripe fuerte sea capaz de hundir la economía mundial, no habla de la gravedad del virus sino de la fragilidad del modelo financiero neoliberal. Antes de que se dispararan las alarmas por la epidemia de coronavirus, existían evidencias sobre la desaceleración de las principales economías, que ahora parecen confirmarse al punto que la inflexión de la FED al bajar los tipos, encendió todas las alarmas.

El Baltic Dry Index es considerado como un termómetro de la salud de la economía global, porque indica los rumbos en el corto plazo. Se trata de un índice de los fletes marítimos de carga a granel seca, que se calcula diariamente. Su importancia radica en que refleja la cantidad de contratos para el envío de mercancías en las rutas marítimas más importantes.

Pues bien, este termómetro marcó a principios de setiembre de 1919 los 2.580 puntos, el más elevado de los últimos diez años, sólo superado en 2010. Desde octubre el índice no para de caer, alcanzando niveles más bajos aún que durante la crisis de 2008. A principios de diciembre estaba en 1.500 puntos, mil menos que tres meses atrás.

Lo más significativo es que siguió cayendo de forma exponencial hasta los 400 puntos, nivel que fue alcanzado en febrero de 2020. Cuando la epidemia de coronavirus aún no ocupaba los titulares de los medios, en los primeros días de enero, y aún no existía la preocupación de las semanas siguientes, derrapó hasta los 750 puntos el 8 de enero (Bloomberg, 2020).

Si el Baltic Dry Index estaba en caída libre, de 2.580 a 750, esto no puede atribuirse al coronavirus sino a una crisis económica inminente, brutal y depredadora. Una crisis cuyas manifestaciones ya eran evidentes antes de la epidemia.

El FMI publicó sus previsiones en la 50ª reunión anual del Foro Económico de Davos, revisando su pronóstico de crecimiento para 2020 a la baja. Sus principales conclusiones fueron que la economía mundial se encuentra en una situación “peligrosamente vulnerable”.

El clima que se respiraba antes de la difusión de la epidemia comparaba la coyuntura con la crisis de 2008, mientras la OCDE confiaba aún en un “aterrizaje suave” de la economía estadounidense. Las principales agencias temían que la combinación de “las tensiones geopolíticas, el malestar social, las tensiones comerciales y el desarrollo de turbulencias financieras de las economías”, crearan una situación insostenible (Chowdhury, 2020).

Lo que pretendo enfatizar es que la conjunción de guerra comercial, Brexit, deuda pública y privada y desigualdad crecientes, ya estaban causando estragos cuando apareció el coronavirus. Por lo tanto, la epidemia no es la causa de la crisis económica sino su catalizador.

La ONU, por ejemplo, venía advirtiendo de la “profundización de la polarización política y un creciente escepticismo sobre el multilateralismo como riesgos significativos a la baja”.

En su informe sobre las perspectivas de la economía mundial para 2020, el analista Oscar Ugarteche enfatizaba, a fines de diciembre pasado, que “2019 ha sido uno de los más complicados en mucho tiempo para una serie de países visto desde varias aristas: crecimiento económico, cohesión social, integración internacional y crisis política” (Ugarteche y Ocampo, 2019).

El economista agrega, a la lista de infortunios, “las protestas sociales de diversa índole en al menos dieciséis países alrededor del mundo”, que repercuten en una caída de “la inversión privada tanto en el corto como en el mediano plazo”. La desaceleración de Alemania y el estancamiento de la Unión Europea, se traducen en una disminución de los precios de las materias primas, según Ugarteche.

El punto central, empero, es otro: “Se anticipa para 2020 una mayor desaceleración, tal como esperábamos a inicios del 2019. La Reserva Federal en su última decisión de política monetaria del año ha optado por mantener la tasa de referencia de los bonos federales en el rango de 1.5 - 1.75% aunque el pronóstico es que cuando se intensifique la desaceleración económica, se harán recortes adicionales, llevando a una ronda de recortes en todo el mundo, el próximo año”, escribía a fines de 2019.

Esto explica que la bajada en los tipos no fue en absoluto “sorpresa”, como aseguró buena parte de la prensa económica. La Fed simplemente aprovechó el momento para tomar una decisión que resultaba inevitable, por el estado de cosas con que finalizó 2019. “Para las economías avanzadas el pronóstico es gris”, concluye el economista.

Los descabros de las bolsas a comienzos de marzo y, de modo particular, la brusca oscilación hacia arriba y hacia abajo que se observa cada día, son consecuencia de que hemos entrado en un período de hondas incertidumbres, a las que ahora se suman los países asiáticos, con China a la cabeza, que este año puede tener la tasa de crecimiento más baja en décadas.

La conclusión es que la economía global estaba ya ingresando en un momento de caída con fuerte tendencia a la recesión. Es importante destacar que no se trata de una crisis económica sino sistémica. Cuando Ugarteche menciona, por ejemplo, la importancia de las protestas sociales en muchos países de forma simultánea, está poniendo sobre el tablero una situación que excede con mucho el concepto de crisis económica.

Quizá por eso, el segundo dato a retener de esta crisis, es el experimento de ingeniería social a gran escala, colocando en cuarentena a millones de personas sanas, algo inédito en la historia de la humanidad.

El epidemiólogo brasileño Pedro Vasconcelos, que trabajó treinta años en el Instituto Evandro Chagas y hoy preside la Sociedad Brasileña de Medicina Tropical,

señala: “La humanidad usó la cuarentena para controlar la peste negra en la Edad Media, la fiebre amarilla cuando no se conocían sus causas y la gripe española a inicios del siglo XX. Y nada más” (Rossi, 2020).

Esa práctica había caído en desuso y ahora se utiliza no para aislar a los infectados sino para millones de personas sanas, inicialmente en China pero con tendencia a multiplicarlo a escala global. Estamos ante una tema fundamental, ya que en un período de crisis sistémica, las elites parecen empeñarse en mantener el control a toda costa, como se deduce de su actitud ante la epidemia de coronavirus.

8.- El mundo pospandemia

“El período comprendido entre 1990 y 2025/2050 será muy probablemente un período de poca paz, poca estabilidad y poca legitimación”, escribía Immanuel Wallerstein 26 años atrás (Wallerstein, 2004). En períodos de turbulencia y confusión, conviene consultar brújulas. Él era una de las más notables y, además, era de los nuestros.

En rigor, los grandes eventos globales como las guerras y las pandemias, no crean nuevas tendencias sino que profundizan y aceleran las ya existentes.

Tres tendencias de fondo, que nacieron probablemente a raíz de la revolución de 1968, se están desplegando de modo formidable en estos momentos: la crisis del sistema-mundo, con la consiguiente transición hegemónica Occidente-Oriente; la militarización de las sociedades, ante la incapacidad de los Estados-nación de integrar y contener a las clases peligrosas; y las múltiples insurgencias de abajo, que son el aspecto central de este período.

Quienes piensan en la centralidad del conflicto entre estados, en la hegemonía y la geopolítica, pueden confiar en que la tendencia hacia el ascenso de Asia Pacífico, China en particular, y la decadencia de los Estados Unidos, se están acelerando durante la pandemia.

El Pentágono y otras agencias harán todo lo posible por enlentecer ese proceso, ya que no pueden revertirlo, con las más diversas medidas, incluyendo una no descartable confrontación nuclear, que creen poder ganar. Ni siquiera algo tan siniestro, puede modificar las tendencias de fondo.

Quienes nos empeñamos en la lucha contra el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo, no podemos confiar en los estados que están militarizando rápidamente nuestras sociedades. Quiero centrarme en cómo nos afecta a los pueblos/ sociedades en movimiento la situación actual.

En primer lugar, se acelera la crisis civilizatoria, que se superpone a la crisis del sistema-mundo. No estamos ante una crisis más sino ante el comienzo de un “proceso largo” de caos sistémico, atravesado de guerras y pandemias, que durará varias décadas hasta que se establezca un nuevo orden.

Este período que, insisto, no es una coyuntura ni una crisis tradicional sino algo completamente diferente, puede ser definido como “colapso”, siempre que no entendamos por ello un evento puntual sino un período más o menos prolongado.

Durante este colapso o caos, se produce una fuerte competencia entre estados y capitales, un potente conflicto entre clases y pueblos con esos poderes, en medio de una creciente crisis climática y sanitaria.

Por colapso entiendo (siguiendo a Ramón Fernández y Luis González), la disminución drástica de la complejidad política, económica y social de una estructura social. Los sistemas complejos pierden resiliencia a medida que aumentan su complejidad para responder los desafíos que enfrentan. “Las sociedades basadas en la dominación tienden a aumentar su complejidad como respuesta a los desafíos que van encarando” (Fernández y González, 2014, t. I: 26).

Por ejemplo: derrochan energía, se vuelven más jerárquicas y rígidas, y no pueden evolucionar. En concreto: la gran ciudad es mucho más vulnerable que una comunidad rural. Ésta es autosuficiente, usa la energía que necesita, no contamina, es poco jerárquica y, por lo tanto, es más eficiente. Aquella no tiene salida, salvo el colapso.

En segundo lugar, durante este largo proceso de colapso, más parecido a una piedra rodando por una pendiente que cayendo a un precipicio, habrá enorme destrucción material y, lamentablemente, de vidas humanas y no humanas. Es la condición para pasar de “lo complejo, grande, rápido y centralizado, a lo sencillo, lento, pequeño y descentralizado” (Fernández y González, 2014, t. II: 337).

En lo que nos atañe como pueblos y clases, es un proceso de barbarie, que implica la canibalización de las relaciones sociales y con la naturaleza. Sobrevivir como

pueblos, será tan arduo como lo fue para los originarios la invasión colonial española. Un cataclismo al que llamaron “pachakutik”.

La tercera cuestión, es cómo actuar como movimientos anti-sistémicos. Lo básico es comprender que vivimos en el interior de un campo de concentración, algo evidente en estos días de confinamiento obligatorio. ¿Cómo se resiste y se cambia el mundo dentro de un campo?

Organizarnos, es lo primero. Luego, hacerlo con discreción, que no se enteren los guardias (de derecha o de izquierda) porque es condición de sobrevivencia.

Lo que sigue: trabajar en colectivo (minga/tequio), comunitariamente, para garantizar la autonomía de alimentos, agua, salud; en una palabra: reproducción de la vida. Decidir en colectivo, en asamblea.

Podemos hacerlo. Lo hacen a diario los pueblos originarios en movimiento: zapatistas, mapuche, nasa/misak, entre otros. Lo hacen incluso los compas de la Comunidad Acatzingo en Iztapalapa (CDMX), en la panza del monstruo.

Podemos construir arcas. Ejemplos no nos faltan.



Kim Castro Begnozzi, Atrapa sueños, <https://www.flickr.com/photos/imkcb/11246924924/>

9.- Geopolítica y luchas sociales en tiempos de coronavirus

Pasados dos meses desde la difusión del brote de coronavirus en la provincia china de Hubei, podemos considerar que la epidemia está siendo manejada como arma de guerra contra China, por un lado, y contra los pueblos del mundo, sometidos a un impresionante bombardeo mediático con sectores de la población confinados en una suerte de estado de excepción, por el simple hecho de padecer una gripe fuerte.

Con esto no pretendo eludir la gravedad del virus, sino evaluar las medidas que están tomando los gobiernos, incluido el de China. Lo que me parece absurdo es que, durante más de un mes, todos los titulares de los mayores medios del mundo, están focalizados en el coronavirus, del cual sabemos cómo se expande pero ignoramos las consecuencias que puede tener, que se sobredimensionan.

En primer lugar, millones de personas están siendo sometidas a un estado de excepción aunque estén sanas. En la ciudad de Wuhan, capital de Hubei y epicentro de la epidemia, “la ciudad está desierta, sólo los profesionales de la seguridad y la salud circulan por las calles”, según informan extranjeros que viven allí (Barifouse, 2020).

La tasa de letalidad del virus es de apenas el 2,4% de los infectados, muy por debajo del 10% que tuvo el síndrome respiratorio Sars en 2003 y del 35% del Mers (síndrome respiratorio de Oriente Medio) en 2012.

La segunda cuestión es que con la aparición del coronavirus, se repite una vieja historia colonial e imperialista del siglo XIX, cuando Inglaterra ayudada por Francia, desató la guerra del opio (1839 a 1842 y 1856 a 1860) para forzar a China a aceptar el contrabando británico de opio, que llevó a la apertura de sus puertos y la anexión de Hong Kong. Ahora aquel pasado retorna en ancas del racismo.

Las declaraciones del secretario de Comercio, Wilbur Ross, quien dijo que el virus podría ayudar a “llevar de vuelta puestos de trabajo” a Estados Unidos, muestran la catadura moral de los inquilinos de la Casa Blanca. Washington fue el primero en evacuar al personal de su consulado en Wuhan, mostrando el camino a sus aliados y ofreciendo un patrón de respuesta para otros países.

Me parece evidente que la epidemia pone al descubierto insuficiencias en los controles sanitarios de China, quizá agravados por la veloz urbanización, que al parecer está afectando la seguridad alimentaria de una nación con 1.300 millones de habitantes. La segunda potencia económica del planeta enseña fragilidades que creíamos había superado.

Nadie pone en duda la capacidad de China de recuperarse de los inevitables daños que apareja la epidemia. Lo nuevo, es el esfuerzo de los gobiernos enemigos de Beijing para que la epidemia se convierta en crisis del régimen. Algo que no han conseguido ni con la crisis en Hong Kong, ni con la guerra comercial en curso, puede suceder ahora ya que la epidemia sería “el mayor desafío para el presidente Xi Jinping desde que asumió el poder en 2012”, según el Observatorio de la Política China (Ríos, 2020).

Asistimos, sin duda, a un creciente desacople entre Estados Unidos y China, que puede traducirse en una deterioro de los lazos entre Asia y Occidente.

La tercera cuestión es el diferente tratamiento de las epidemias. En Brasil el sarampión había sido eliminado, siendo uno de los virus más contagiosos, pero retornó en 2018 y creció en 2019 con 19.000 casos, sobre todo en el desarrollado estado de Sao Paulo.

En ese país el dengue mató a 786 personas, una cifra superior a los muertos en China, en relación a la población de ambos países, siete veces superior el país asiático. Más grave aún, porque los casos de dengue se multiplicaron por siete y las muertes se cuadruplicaron de un año a otro. Con tres millones de infectados en la región, la epidemia de dengue es la mayor en la historia para

la Organización Panamericana de la Salud (Organización Panamericana de la Salud, 2020).

Aunque el nivel de letalidad de estas afecciones es menor que el coronavirus, llama la atención el diferente tratamiento mediático y estatal que tienen las epidemias, según el país del que se trate.

La cuarta cuestión tal vez sea la fundamental. ¿En qué mundo estamos? Fuera de dudas, en un mundo en guerra. Por ahora comercial y tecnológica, sin olvidar que estamos a un paso de una guerra real, entre naciones poderosas que cuentan con arsenales nucleares.

Las decisiones que están tomando las grandes potencias y los países poderosos, debe inducirnos a pensar que la epidemia está siendo utilizada como un laboratorio de ingeniería social, poniendo a prueba la resiliencia de poblaciones sometidas a una feroz campaña de miedo.

Todo indica que estamos ante varias transiciones simultáneas. La decadencia de Estados Unidos y de Occidente frente al ascenso de China y de Asia, habrá de modificar a fondo la geopolítica global, como no sucedía desde hace siglos. A lo que hay que sumar el creciente empoderamiento de los pueblos, las mujeres, los trabajadores y las naciones sin Estado. Ambos factores, crisis sistémica en un período de crecimiento de los sectores populares, son temidos por las elites del mundo, no sólo en Occidente.

Es posible que en unos años podamos visualizar lo que en estos meses las clases dominantes parecen tentadas a utilizar la pandemia para controlar un mundo que se les escapa de las manos. En otros períodos las clases dominantes desataron guerras de exterminio, locales o mundiales. Ahora parecen estar creando otros modos de control y sometimiento de los pueblos.



Fotomovimiento, 2020_06_09 Manifestació Nissan Xavi Ariza(02),
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49991277486/>



Fotomovimiento, 2020_06_07 Black Lives Matter_Xavi Ariza(06),
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49980510116/>

Segunda parte

**Los pueblos en movimiento
son la luz al final del túnel**



Fotomovimiento, 2020_05_24_coronavirus_PedroMata (3),
Rbla de Raval, Barcelona.
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49930889438/>

10.- El pesimismo de Agamben y América Latina

El filósofo italiano Giorgio Agamben es probablemente el analista que con mayor profundidad está exponiendo los mecanismos de dominación actuales, exacerbados durante la pandemia. Ha definido la forma de gobernarnos como un “estado de excepción permanente”, a lo que añade que “el campo de concentración y no la ciudad es hoy el paradigma político de Occidente” (Agamben, 1998: 230).

Llega más lejos aún cuando sostiene que “desde los campos de concentración no hay retorno posible a la política clásica” (ídem: 238), entre otras razones, porque el poder ha arrebatado los rasgos que diferenciaban al cuerpo biológico del cuerpo político. Algo que está resultando evidente durante el confinamiento global decretado por los poderosos, al reducirnos a cuerpos incapaces de hacer política, actividad que requiere del espacio público y del contacto humano.

Acuñó el concepto de “nuda vida” (vida desnuda, sin atributos) para analizar cómo el poder nos trasmuta de ciudadanos en “comatosos”: seres en coma que no hacen otra cosa que respirar, son alimentados, están “como si” vivieran, zombies como el “musulmán” en la jerga del campo de Auschwitz, nombre con el que los confinados se referían a aquellos que habían perdido la esperanza y se entregaban inertes a su destino, sin la menor resistencia (Agamben, 2000).

Encuentro el análisis de Agamben muy pertinente para describir una situación en la que toda resistencia parece, casi, imposible. Resulta, sin embargo, tan lúcido como demoledor.

En la entrevista que abre la edición argentina de “Estado de excepción”, Agamben es consultado si “ante la expansión totalitaria a escala global”, se puede apostar por la negatividad, el silencio y el éxodo. Su respuesta lo lleva a indagar en la

historia europea, como no puede ser de otro modo, en particular en la relación entre el monaquismo (la vida en monasterios) y el imperio romano, y sus formas de resistencia a los poderes establecidos.

“El éxodo del monaquismo se fundaba de hecho sobre una radical heterogeneidad de la forma de vida cristiana”, razona Agamben, para rematar: “Hoy el problema es que una forma de vida verdaderamente heterogénea no existe, al menos en los países de capitalismo avanzado” (Agamben, 2004: 20). De este modo, cierra el círculo de su pesimismo, al sostener que no hay modo de frenar ni revertir el moderno totalitarismo en sociedades homogéneas.

En América Latina, luego volveré sobre Europa, las resistencias que asombran al mundo y nos llenan de esperanza, surgen y se sostienen, precisamente, en las formas de vida heterogéneas. En las hendiduras que los pueblos han abierto en la dominación, en esas rugosidades creadas por las resistencias durante cinco siglos (de los pueblos originarios y negros, de los campesinos y los pobres urbanos); fisuras dilatadas por las nuevas resistencias (protagonizadas por los feminismos y las rebeldías juveniles).

El sociólogo peruano Aníbal Quijano, consideró que uno de los rasgos distintivos de América Latina es la “heterogeneidad histórico-estructural de las relaciones capital-trabajo” (Quijano, 2014). Entiende que existen cinco formas de trabajo articuladas al capital: el salario, la esclavitud, la servidumbre personal, la reciprocidad y la pequeña producción mercantil, denominada “informalidad” por el Estado y “economía popular y solidaria” por quienes lo resistimos.

Los pueblos, sectores sociales, clases y géneros que hoy resisten y crean mundos nuevos, están enraizados en territorios diversos y heterogéneos respecto a los espacios homogéneos del agronegocio y la especulación inmobiliaria. No son pocos, ni marginales, ni secundarios.

Pongamos el caso de Brasil. Las tierras de los pueblos originarios suman 110 millones de hectáreas, a las que se deben sumar otros 100 millones de las unidades terri-

toriales de conservación, bajo control de poblaciones tradicionales (recolectores de látex, pescadores, ribereños, quebradoras de coco, comunidades de pastoreo, entre otras). Además de 88 millones de hectáreas de asentamientos de reforma agraria, 40 millones propiedad de quilombos reconocidos por el Estado y 71 millones de hectáreas de pequeños establecimientos campesinos (con menos de 100 hectáreas).

Con base en estos datos, el informe 2018 del Instituto para el Desarrollo Rural de Sudamérica, asegura que el 40% del territorio brasileño “es usado de forma directa por grupos que escapan al control de las oligarquías latifundistas” (IPDRS, 2019: 115-116).

En las ciudades estos espacios en disputa son menores, pero en absoluto inexistentes como lo mostró el campamento del Movimiento Sin Techo, “Povo Sem Medo”: 8 mil familias acampadas siete meses en plena ciudad, hasta conseguir tierra para construir viviendas (Fernandes, 2018).

Las resistencias que se visibilizan durante la pandemia se asientan en comunidades y mercados, en prácticas de trueque y rituales de armonización, en trabajos colectivos que multiplican alimentos y cuidados en torno a fogones y ollas populares. Mundos trenzados por valores de uso, a partir de relaciones que mantienen a raya la acumulación y el despojo. Prácticas que engendran mundos nuevos que, a su vez, resisten creando.

Desde la crisis de 2008, en Italia, Grecia y el Estado Español se multiplican huertas y espacios colectivos, haciendas y fábricas recuperadas, y hasta barrios enteros como Errekaleor en Vitoria. Inmigrantes, pobres urbanos y personas desechadas por el capital por “improductivas”, enseñan que el viejo continente ya no es un mundo homogéneo, aplastado por la racionalidad capitalista.

La crisis de ayer y el colapso de hoy, nos permiten acercar y enhebrar las formas de vida que no caben en sus negocios ni en sus urnas. Si la humanidad emerge de este colapso conservando rasgos humanos no antropocéntricos, será en buena medida por las formas de vida alternas que los pueblos han sabido conservar y reproducir, como fuegos sagrados, en sus territorios de vida.



Fotomovimiento, 2020_05_16_coronavirus_xarxaraval_PedroMata (4),
Una vecina de la xarxa improvisa una mini entrevista con la paradista
en el momento en que ésta les ofrece comida sobrante del día.
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49904421866/>

11.- Autonomías para enfrentar las pandemias

Cuando el Estado es poco más que un miserable espectro genocida, los recursos de los pueblos son el único relevo posible para combatir guerras y enfermedades, cuyos efectos no tienen, casi, la menor diferencia. Es cierto que las guerras destruyen, además de personas, edificios e infraestructuras, mientras las epidemias afectan, primordialmente, a los seres humanos.

En el norte y el este de Siria, después de una larga década de guerra azuzada por los principales Estados del planeta y de la región, los más armados y los menos razonables, capaces incluso de haber creado y alimentado ese monstruo llamado Estado Islámico (Isis), los pueblos organizados están resistiendo ahora la pandemia de coronavirus.

Lo más notable, según las noticias que nos llegan, es que combaten el virus con las mismas armas que utilizaron durante la guerra: la cohesión comunitaria, la organización de base y la determinación, como pueblos, de hacer frente colectivamente a los mayores obstáculos. Así es la vida en los territorios donde el pueblo kurdo hace de la autonomía su seña de identidad.

Un ventilador cada cien mil habitantes, son los recursos técnicos con los que cuenta la región, según el Centro de Información de Rojava. Buena parte del instrumental sanitario fue destruido por los últimos ataques de Turquía a las regiones autónomas kurdas.

Las cooperativas textiles y agrícolas son las encargadas de producir mascarillas para protección y los alimentos necesarios. Las comunas decidieron un toque de queda desde el 23 de marzo, sometiendo a los viajeros que llegan a la zona a una cuarentena preventiva, mientras las estructuras económicas y políticas de la au-

tonomía, las mismas que han permitido la sobrevivencia durante una década de guerra civil en Siria, son las que garantizan la vida de la población.

“Las cooperativas están más en sintonía con las necesidades de las comunidades en las que viven sus miembros y, por lo tanto, tienen más probabilidades de tomar decisiones basadas en la necesidad que en las ganancias”, señala un reporte de “Kurdistán América Latina” (Kurdistán América Latina, 2020).

Las comunas, que son la unidad básica en las que está organizada la población, garantizan el cumplimiento del toque de queda y la distribución de alimentos, gracias al “conocimiento local y la pequeña escala de estas estructuras”. Elaboran listas con las familias que tienen mayores necesidades de alimentos, productos de limpieza y medicinas y van de familia en familia distribuyendo la ayuda, para evitar aglomeraciones.

Una forma de organización que facilita la protección de las familias, ya que “los miembros de la comuna no necesitan viajar mas allá de sus vecindarios para distribuir ayuda, disminuyendo el número de personas que viajan de ciudad en ciudad”.

Este orden comunitario y autónomo se mantiene en una región poblada por cuatro millones de personas, incluyendo alrededor de un millón de refugiados que por la agresión turca viven en tiendas de campaña. A pesar de la estricta organización, del trabajo de las cooperativas y comunas y de la solidaridad internacional, los hospitales y centros de salud tienen capacidad para atender sólo 460 casos activos de coronavirus.

Un informe del Comité de Solidaridad con Kurdistán de Ciudad de México, destaca que los Estados y las organizaciones internacionales, como Naciones Unidas y la OMS, están actuando de forma irresponsable ante los continuos bombardeos de Turquía sobre las aldeas de Rojava, que provocan cortes de agua y agravan la situación sanitaria.

Ante esta situación sólo vale la “auto-organización comunal, ecológica y pacífica” de los pueblos en el marco de la Administración Autónoma del Norte y Este de Si-

ria, inspirada en el confederalismo democrático teorizado por Abdullah Öcalan, líder kurdo prisionero en la isla turca de Imrali.

En sintonía con la experiencia zapatista y de otros pueblos latinoamericanos, sigue el Comité de Solidaridad, defienden “una salud comunitaria basada antes que nada sobre la autonomía, la prevención social y la educación más allá de las medidas estatales represivas y centralizadoras”.

“Volver a la tierra y a la naturaleza”, es uno de los lemas del pueblo kurdo, que busca enfrentar ésta y futuras pandemias repoblando aldeas rurales, reforestando, con cultivos diversificados en base al trabajo comunitario.

Las palabras autodefensa, autonomía y salud comunitaria, resuenan estos días aciagos desde Rojava hasta Chiapas, pasando por Lima, donde cientos de andinos retornan a sus pueblos en la sierra, bajo el lema “Aquí termina Lima”, en una magnífica descripción de Rodrigo Montoya (Montoya, 2020). Lejos de la modernidad urbana individualista, quieren rehacer su vida en comunidades, tejidas con base en la reciprocidad y la ayuda mutua.

El futuro de la humanidad se juega en estos espacios y territorios de los abajos, ya que resistir la pandemia supone poner en juego los mismos recursos con los que resisten al Estado y al capital.



Fotomovimiento, 2020_04_30_xarxaraval_PedroMata (1),
Las vecinas son citadas por whatsapp a una hora concreta así se evitan grandes colas.
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49903896593/>

12.- La infinita solidaridad entre los de abajo

Huelgas obreras, solidaridad popular en los barrios y cacerolazos, son algunas de las manifestaciones del pueblo italiano contra el modo como el gobierno impuso la cuarenta a todo un país, que los grandes medios silencian y ocultan para seguir inoculando miedo y subordinación.

El diario de izquierda *Il Manifesto* informa en su edición del viernes 13: “El mundo obrero ha vuelto a hablar con una sola voz. Es la incredulidad y la rabia de los que piden ser tratados como todos los demás trabajadores. Una rabia, obrera, por la decisión del gobierno de no detener la producción en las fábricas que se ha materializado apenas se abrieron las puertas: huelgas espontáneas, asambleas, el cese temporal de la producción”, señala el diario *Il Manifesto*, en su edición del 13 de marzo.

Huelgas en Milán, Mantua, Brescia, Terni, Marghera, Génova, en grandes empresas como Electrolux, Iveco, Tenaris, Beretta y el Grupo Arcelor Mittal entre otras. Un crecimiento de la desobediencia obrera que obligó al presidente Conde a convocar una videoconferencia con los sindicatos y llevó al presidente de la Confindustria a decir que las huelgas son “irresponsables”.

No son huelgas por el salario sino por la dignidad, porque los obreros de la industria quieren ser tratados como los demás trabajadores. Demandan parar la producción para “higienizar, asegurar y reorganizar los lugares de trabajo”, como exigieron los sindicatos metalúrgicos.

Los obreros del metal de la fábrica Bitron Cormanio cerca de Milán, declararon a la *Radio Popolare* que trabajar en esas condiciones es muy duro. “En febrero pedimos guantes, máscaras y antisépticos y no hicieron nada, por eso fuimos a la huelga”. Agregan: “Es muy duro trabajar así. Nos miramos como si fuésemos extraños”.

En estos días tremendos de soledad y miedo, fomentados por los grandes medios de forma histórica pero calculada, nos sobre-informan sobre los riesgos de salir de casa, de relacionarse con otros, sobre cómo avanza la pandemia, y todos aquellos datos que nos paralizan.

Hay mucho más, que merece ser destacado. Los obreros de la fábrica recuperada Rimaflow en Milán, libraron un comunicado: “Creemos que una reducción real de los riesgos no puede recaer en los sectores más frágiles y económicamente precarios. Para contener realmente la epidemia, ninguna persona debe verse obligada a ir a trabajar, todos deben tener acceso a un ingreso de cuarentena y la posibilidad de recibir servicios, tratamientos y necesidades básicas en el hogar”.

Luego dicen que en esta situación tan difícil, “queremos seguir construyendo lazos de solidaridad”, y ofrecen sus servicios a quienes lo necesiten para cuidar niños, comprar alimentos y llevarlos a las casas de quienes lo pidan, aportando sus teléfonos y disponiéndose a cualquier consulta legal y sindical.

Lo que sucede en los barrios, donde existen más de mil centros sociales, merece mención aparte. Los jugadores e hinchas del club de “fútbol popular” Borgata Gordiani, de la periferia obrera de Roma, se han puesto a disposición de “los ancianos y cualquier persona que se encuentre en dificultades”, difunde la página *Pigneto Today*.

Colgaron volantes en las puertas de los edificios ofreciendo, solidariamente, hacer las compras y llevarlas los martes y jueves a las familias. En ese barrio donde Passolini rodó alguna de sus películas, decenas de personas están dispuestas a trabajar para los demás, como sucede también en el centro social del barrio, y de muchos otros de las ciudades italianas. Esos ancianos que están siendo abandonados por el Estado y los empresarios, son atendidos por la solidaridad de clase.

En varias ciudades, particularmente en Nápoles, decenas de familias realizaron cacerolazos en sus balcones. Para el viernes 13 se convocó un cacerolazo nacional. “Abrimos las ventanas, salimos al balcón y hacemos ruido”, dice la convocatoria que espera convertirse en “un concierto gratuito gigante” (Baraonda News, 2020).

Los grandes medios que se empeñan en meter miedo, ocultan la inmensa solidaridad entre los abajos. Seguramente porque le temen, porque allí anida otro mundo. Una prueba de ello es que, pese a las restricciones siguen adelante con las mayores maniobras militares de la OTAN desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Se trata de las maniobras “Defender Europa 2020”, planeadas antes de la epidemia pero que no han sido aplazadas. “Muchos han interpretado el despliegue de 30.000 soldados en Europa, de los cuales 20.000 estadounidenses (el mayor despliegue de tropas estadounidenses en Europa desde finales de la Guerra Fría) para una serie de ejercicios militares, como el preludio de algo más grande” (Di Muro, 2020).

Según las declaraciones oficiales, las maniobras están destinadas a proteger al continente de una “invasión rusa”. Sin embargo, llama la atención el amplio despliegue militar de la OTAN en carreteras y ciudades, mientras la población debe estar confinada en sus casas.

De la descripción anterior, necesariamente recortada, surgen algunos elementos que quiero compartir.

El primero es la solidaridad de clase, de los diversos abajos, porque en ese ser solidario hay varias generaciones que en la vida cotidiana no se relacionan, jóvenes y ancianos, por ejemplo. Pero también hay migrantes, mujeres, negros, gais, musulmanes, y la enorme diversidad del mundo de abajo. Es la única esperanza que tenemos en este momento de locura de la humanidad.

La segunda es la racionalidad egoísta de los de arriba, de esos empresarios que no gastan en proteger a los obreros porque quieren seguir acumulando riquezas. Los hacen trabajar, lo que ya es discutible cuando hay cuarentena, pero además no les dan los mínimos elementos de protección.

La tercera, la más temible, es la militarización en marcha. Policías y militares son los encargados de vigilarnos, cada vez de forma más sofisticada, con millones de

cámaras y ahora también con aplicaciones que nos siguen a todas partes, como en China, donde la identificación facial hace imposible saltarse las normas más absurdas.

Si hubiera que agregar algo más, diría: sólo la solidaridad de clase, de género, de color de piel, puede dar forma a ese gigantesco paraguas multicolor que salve la vida en el planeta.

13.- Los movimientos en la pandemia

“Hay tiempos de luchar, hay tiempos de paz y de guerra, hay tiempos de epidemias”, explica Dilei en una comunicación por wasap. La militante del Movimiento Sin Tierra (MST) del estado de Paraíba, nordeste de Brasil, explica cómo están enfrentado la situación. En los campamentos y asentamientos decidieron que las personas no salgan ni entren, que no vayan a las ciudades y que se concentren en la salud y en la producción de alimentos.

“La población va a necesitar mucha comida en los próximos tiempos”, asegura Dilei, por lo que el MST propondrá a los gobiernos que compren parte de su producción para abastecer hospitales y otras urgencias. En Pernambuco y en Maranhão, el MST reparte alimentos a la población que vive en la calle y en varios estados ofrece sus espacios como hospitales de campaña.

Los movimientos de carácter rural, indígenas y campesinos, optaron por bloquear el ingreso de personas, ya que necesitan aislamiento para frenar los contagios.

Las organizaciones que forman parte de la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) decidieron el cierre de las comunidades y la activación de las guardias indígenas, la suspensión de las ferias y la elaboración de protocolos para enfrentar la pandemia. El autoaislamiento es un derecho de las 14 nacionalidades y 18 pueblos indígenas del Ecuador, como se reconoce en la Constitución y como están haciendo las comunidades.

En el sur de Colombia, los cabildos que integran el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), tomaron medidas similares. El 27 de marzo del 2020, cabildos indígenas emitieron resoluciones por la que se restringe el paso a la población civil que venga de otros sectores, para “mantener la armonía física, mental y espiritual, previniendo la llegada y propagación de la pandemia covid-19”.

En general, los pueblos originarios no necesitan de la policía para mantener el orden, ya que cuentan con sus guardias comunitarias.

Se trata de un camino similar al que anunció el EZLN al cerrar los caracoles el 16 de marzo. En un comunicado que declara la “alerta roja”, llama a los cuidados sanitarios colectivos y pide “no perder el contacto humano” sino cambiar sus formas.

En la zonas rurales de nuestra América Latina, campesinos y pueblos originarios y negros que tienen control territorial, pueden tomar la opción de cerrar sus espacios, sabiendo que tienen las condiciones para vivir durante cierto tiempo de la producción propia de alimentos, en algunos casos orgánicos, como están haciendo los zapatistas.

El gran desafío para los movimientos, es la ciudad, donde se conjugan las diferencias de clase y el Estado está muy presente. No es lo mismo el encierro para las clases medias, en viviendas cómodas y acondicionadas para las cuatro estaciones, que en las casas precarias de los barrios populares, donde las familias viven hacinadas, con frío o calor extremos, sin saneamiento y con pocos alimentos. Las clases medias tienen un computador por persona; entre los más pobres puede haber uno o ninguno.

En Montevideo se han formado decenas de ollas populares en los barrios, entre 70 y cien, con aportes de los sindicatos y los vecinos. Algunos sindicatos llevan a los barrios bandejas y bolsas con comida, mientras otros buscan la instalación de ollas autogestionadas, de las cuales existen un puñado.

Pablo Elizalde, del sindicato de judiciales, ensaya una reflexión lúcida, fruto de su vivencia estos días en los barrios más pobres: “Las políticas sociales provocaron la pérdida de los referentes barriales y ahora el único referente es la institución”. Pero la institución es fría, distante, sólo entiende de números, no es capaz de cuidar, no puede fraternizar.

Desde la *favela* Maré, en Rio de Janeiro, Timo explica las dificultades para lavarse las manos en zonas donde no hay agua; donde no hay costumbre de consumir

productos agroecológicos, que su pequeño grupo (Roça, que procesa cerveza artesanal y entrega canasta de productos orgánicos) se empeña en repartir a unas cuantas familias.

“Las dinámicas de la favela para enfrentar una ocupación militar violenta o un virus, no son tan diferentes”, dice Timo del otro lado del teléfono. Ahora se suspendieron las ferias agroecológicas de los campesinos, con lo que todo se complica. Acordamos que una de las grandes dificultades son los varones, que se creen inmunes. Concluimos que cada varón es un pequeño Bolsonaro, autoritario, violento, que mira al resto desde arriba.

En la Paz, la casa de Mujeres de Creando, “Virgen de los Deseos”, decidió abrir su espacio para 12 mujeres, niños y niñas bolivianas varados en la frontera para que hagan su cuarentena, señala la carta de María Galindo.

En las ciudades argentinas los comedores (decenas de miles creados desde las parroquias hasta los movimientos populares) están desbordados. Uno siempre se fija en lo autónomo, que suele ser pequeño. En el barrio 12 de Julio, en la periferia de Córdoba, Yaya instaló un comedor “donde comen 33 niños con la colaboración del cura del barrio y los trashumantes (miembros del colectivo de educación popular Universidad Trashumante), para dar dos veces por semana unas 50 porciones”.

Se sumaron carreros, que recogen cartón con sus carros, además de los que sacan escombros para revender, y el inmenso mundo del “cirujeo” (hurgadores que viven de los desperdicios). ¿Quién puede decirles que se queden en sus casas ante la pandemia?

En las periferias urbanas de América Latina, la palabra “teletrabajo” no existe en su vocabulario. El Estado sólo contempla a los de abajo como un problema de orden público. La solidaridad entre los pobres es lo único. Por eso los “curas villeros” abrieron sus parroquias para convertirlos en almacenes de alimentos y en comedores populares. El colectivo Pelota de Trapo, que vive con niños y niñas de la calle, entrega raciones para 200 chicos cada dos días, con recursos propios.

La Organización Popular Francisco Villa de la Izquierda Independiente, de la Ciudad de México, cuenta con nueve barrios/asentamientos, el mayor en Iztapalapa, La Polvorilla o Comunidad Acapatzingo, con 600 familias, y ocho más en varios distritos de la ciudad, con no menos de 50 familias cada uno.

Cerraron los barrios, trabajan por comisiones y brigadas, elaboran cubrebocas y desinfectantes, utilizan la radio y los periódicos para comunicarse y dar instrucciones sobre sanidad y autocuidados. Lo más importante es que decidieron “seguir organizados”, sabiendo que sin organización los de abajo no somos nada.

Están haciendo acopio de medicamentos y alimentos, montaron comedores comunitarios y atienden sobre todo a las personas más vulnerables. Mantienen sus huertos de cultivos (en plena ciudad), crearon espacios de aislamiento, promueven comisiones infantiles y se proponen “trabajar nuestras emociones”. Saben que el agua es un problema básico, aunque en Acapatzingo tienen pozo propio y recogen agua de lluvia.

Nada de esto lo leí en internet. Es fruto de intercambios y escuchas. Si tuviera que sintetizar, diría: las y los de abajo nos necesitamos para mantener nuestras comunidades en pie, que es el modo de sostener la vida. Comunidad y fraternidad son las caricias de los de abajos.

14.- Bañados de Asunción: dignidad y autonomía

“El Estado no nos cuida. Los pobres nos cuidamos entre pobres”, reza un cartel a la entrada de una de las ollas populares instaladas por los vecinos en el Bañado Sur de Asunción, donde todos los días comen cientos de niños y niñas, ancianos y vecinas de uno de los barrios más pobres de América Latina.

La solidaridad entre pobres se respira en las decenas de ollas populares. “Si el gobierno no nos ayuda ayudémonos nosotros los pobres. ¡Que viva la solidaridad de los pobres!”, puede leerse en otros carteles.

Casi toda la población de los Bañados, llamados así porque al estar situados al borde del río Paraguay se inunda con frecuencia, vive de la recolección de basura que reciclan, con carros a caballo, carros de mano y moto-carros. Recogen en el vertedero municipal Cateura, el mayor de la ciudad, pero también salen a recoger cartón y plásticos en las calles asfaltadas de la urbe. En los Bañados también hay talleres de confección de ropa, tiendas, panaderías y venta callejera.

Se fueron poblando hacia la década de 1950 por la emigración desde las áreas rurales, expulsados por los ganaderos, los caudillos locales del Partido Colorado y, más recientemente, por la soja y el narcotráfico, aliados contra el campesinado. Hoy son más de cien mil pobladores en viviendas precarias y calles de tierra. El 60% de la población del Bañado Sur, uno de los cuatro grandes barrios de Bañados, tiene menos de 30 años.

Del otro lado del teléfono está Giovanna Minardi, una joven que fue activa en el movimiento estudiantil y desde hace algunos años vive en el Bañado Sur, forma parte de la Coordinadora de Lucha por la Tierra y de Resistencia Popular Bañadense. “Somos más de diez barrios en esta zona y las familias no están trabajando

porque en su mayoría somos informales, reciclamos o somos vendedores ambulantes, albañiles, las mujeres son dispenseras o trabajadoras domésticas y nos piden que nos quedemos en casa, pero entonces no tenemos qué llevar a la mesa”.

Peor aún, porque el Estado no tiene planes para asistir a las familias vulneradas, sostiene Giovanna. Recién tres semanas después del inicio de la cuarentena algunas familias comenzaron a recibir 500 mil guaraníes, menos de un tercio del salario mínimo. Por eso comenzaron a hacer ollas populares, impulsadas por la Coordinadora de Lucha por la Tierra que funciona desde hace nueve años.

“Estamos gestionando once ollas populares en siete barrios del Bañado Sur. Cada una da de comer a un promedio de cien a 180 familias, dando prioridad a niños y ancianos. No se mantienen ni por el Estado ni por la politiquería sino por el apoyo de gente trabajadora, de gente de afuera del barrio que recoge alimentos desde hace más un mes”.

Las ollas funcionan de lunes a viernes con la solidaridad entre los vecinos y el apoyo de familias trabajadoras de Asunción, aunque la pastoral social de la iglesia empezó a enviar algunos alimentos. “Son las mujeres las que llevan adelante las ollas y todo el trabajo organizativo, las que juntan la leña, cocinan y reparten la comida. A cada familia se le pide que lleve algo, aunque sea un huevo, una papa, lo que sea. Sabemos que las donaciones no van a ser eternas, por eso queremos asegurar nuestra autonomía”, sigue Giovanna.

A nivel organizativo, se ha formado un equipo coordinador de representantes de las ollas que hacen un seguimiento diario para mejorar el trabajo colectivo. “A nivel de la salud, pensamos que las ollas son fundamentales porque de ese modo la gente no tiene que salir del barrio para comer, siendo entonces la principal forma de protección”. Las cocineras y las personas de las ollas usan tapabocas y todas las medidas de protección.

Las organizaciones populares de base más jóvenes, nacieron para enfrentar el proyecto de Franja Costera, un mega emprendimiento que consiste en una carre-

tera que bordea el río y lo separa de los Bañados, que potencia la especulación inmobiliaria y facilita la aceleración del comercio internacional, siendo Paraguay un gran exportador de *commodities* que salen por el puerto, cercano al barrio.

La Coordinadora reclama tierra para que las familias puedan seguir viviendo en el Bañado, ya que los planes oficiales apuestan al desalojo, y demandan la construcción de un muro de defensa para contener las inundaciones

La socióloga Ana Galeano define Franja Costera como “un proyecto extractivista que profundiza los vínculos patriarcales en el territorio y acaba repercutiendo directamente en la vida de las mujeres, adolescentes y niñas empobrecidas”. Quizá por eso el movimiento de los Bañados está conformado básicamente por mujeres. Ahí está el maravilloso ejemplo de las feministas de Rebeldes del Sur, que vale la pena conocer (Rebeldes del Sur, 2020).

En los Bañados de Asunción está en marcha un cambio profundo en la cultura política. La vieja organización barrial Cobañados (Coordinadora General de Organizaciones Sociales y Comunitarias de los Bañados), fue desbordada y desplazada por numerosos grupos de base integrados por jóvenes y jóvenes que han hecho de la autonomía (de las instituciones estatales y de las organizaciones jerárquicas) su seña de identidad.

La Coordinadora de Lucha por la Tierra agrupa a los colectivos más activos de los Bañados, pero no se ha dotado de un aparato central burocrático separado de las bases, sino que es el espacio de articulación de los diferentes grupos, como señaló Giovanna. Estas articulaciones están promoviendo la solidaridad de los pobres con los pobres, mostrando que sólo los lazos de fraternidad pueden asegurar la sobrevivencia con dignidad.



Fotomovimiento, 2020_04_17_coronavirus_PedroMata (73),
Jóvenes de La Galera descargan una furgoneta con alimentos que luego repartirán a la gente
necesitada del barrio.

<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49785780681/>

15.- Los pueblos en movimiento son la luz al final del túnel

“Estamos en resistencia”, sentencia el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), en Colombia. La organización que agrupa a diez pueblos indígenas, 127 autoridades tradicionales y a la Guardia Indígena que protege los resguardos (territorios indígenas reconocidos), denuncia que las fuerzas armadas han intensificado la guerra con las disidencias de la guerrilla, como una estrategia para “vulnerar nuestros espacios para contagiar a nuestra población” (CRIC, 2020).

La Guardia Indígena efectúa el control territorial, cerrando el paso a las personas y vehículos no autorizados por los cabildos (autoridad territorial indígena), pero el ejército se despliega para “generar el caos con el recrudecimiento de la guerra”, como forma de debilitar al movimiento, infiltrar el virus en las comunidad y debilitar las autodefensas indígenas.

El CRIC llamó a los pueblos a iniciar una *Minga Hacia Adentro*, invirtiendo las tradicionales mingas que han sido movilizaciones para visibilizar una situación determinada, “caminar la palabra” como indica la tradición del movimiento. Una minga hacia adentro coloca en primer plano la medicina tradicional y la armonización de las personas en el territorio.

El comunicador y periodista misak, Didier Chirimuscay, que reside en Silvia, resguardo de Guambia, a 60 kilómetros de Popayán, explica por teléfono cómo viven la *Minga Hacia Adentro* en su pueblo: “Las emisoras indígenas se han vuelto estratégicas y claves de este proceso, ya que siguen las instrucciones de las autoridades territoriales”.

“Los misak de Silvia somos hijos de las dos lagunas, la Piendamó que es macho y la Ñimbe que es hembra, y junto a los páramos nos hemos congregado para revi-

talizar los sahumerios, recoger las plantas ceremoniales y hacer los fogones en las comunidades”. La ritualidad misak permite enfrentar la pandemia al combinar los cuidados con sus plantas medicinales y armonizar a las personas con la tierra y el territorio.

Didier relata que muchos jóvenes acuden a los sitios sagrados durante las noches, se acompañan con médicos tradicionales y conversan en torno de fogones. “Hicimos una visita de agradecimiento a la laguna hembra para contrarrestar las desarmonías en base a nuestra cosmovisión”, concluye Didier.

* * *

Las noticias más conmovedoras son las que muestran la solidaridad entre los pueblos. Leonardo Tello dirige la Radio Ucamara, en Nauta (Amazonia del Perú), allí donde los ríos Marañón y Ucayali se confluyen formando el Amazonas. Las comunidades kukama, que hablan lengua tupí-guaraní y han sido declaradas por la UNESCO en peligro de extinción, hicieron llegar a Nauta, capital de la provincia Loreto, 160 racimos de plátano, 150 kilos de pescado, además de frutas y verduras producidas en sus chacras.

“Son comunidades declaradas por el Estado peruano como comunidades en extrema pobreza”, asegura Tello. Se pregunta si los centros comerciales de la ciudad, las grandes empresas de la región y los municipios y gobiernos “abrirán sus arcas” como lo hicieron los más pobres, practicando una generosa solidaridad.

* * *

En Chile la revuelta iniciada en octubre pasado está lejos de haber finalizado. Ni el estado de sitio, ni la masiva militarización del país, ni los temores al virus, han llevado a la población a arriar las banderas de libertad y dignidad.

Radio Villa Olímpica nos muestra cómo el estallido de octubre continúa por otros canales, ya no en las masivas movilizaciones sino en la el fortalecimien-

to de una amplia red de distribución de alimentos por fuera del mercado. El nombre completo es “Red de Abastecimiento Cooperativo y Comunitario La Kanasta”. Se definen como “organizaciones autónomas, asamblearias y comunitarias que tienen por objetivo gestionar en común el abastecimiento básico del hogar”.

Dicen que van mucho más allá de “parar la olla”, combinando el apoyo mutuo con la resistencia popular. Además, existe desde hace cuatro años la “Red de Abastecimiento Feminista La Uslera”, que si entendí bien la explicación por watsapp, es el nombre del clásico palote de amasar con el que las mujeres también se defienden de los violentos.

Ambas redes son “organizaciones madre, semilleras que han servido de alero e inspiración a otras iniciativas”. En general, se trata de redes nacidas antes de la revuelta de octubre de 2019, pero que se multiplicaron al calor de movimiento. La Kanasta está integrada por diez organizaciones territoriales, sociales y cooperativas de trabajo. Hacen una compra mensual que fraccionan y “embolsan” para las familias que han hecho pedidos.

Todo funciona en base al trabajo solidario, la confianza y cooperación para manejar finanzas, almacenar productos y realizar los repartos. La red feminista La Uslera se propone además “politizar lo doméstico, la economía de la chaucha y hacer magia con lo que tenemos”, como explica Jessica en el programa de Radio Villa Olímpica. Ellas combinan el acceso a la comida “a través de circuitos que permitan generar también redes de afecto”, que es el modo de potenciar y sostener el movimiento social.

* * *

En el sur, la Coordinadora de Tomas y Campamentos de Temuco enseña la resistencia de unas dos mil familias que, cansadas de esperar respuestas a la demanda de viviendas, ocuparon terrenos en la periferia de la ciudad. Son 49 tomas convertidas en campamentos, donde ya se están levantando viviendas. De ellas, 32

están agrupadas en la Coordinadora que ahora lucha por agua, ya que con la pandemia es la principal preocupación.

Malva Antúnez es una de las coordinadoras de los campamentos. Del otro lado del teléfono su voz suena serena y enérgica: “Hace dos meses decidimos las tomas porque no había diálogo con las autoridades. Con la cuarentena empezamos a priorizar el acceso al agua. Cero respuesta oficial. Gracias a la solidaridad conseguimos instalar tanques comunitarios de 500 litros”.

En Temuco el principal problema de los acampados es el frío, el hambre y la falta de agua. Si el campamento es tradición entre los pobres de Chile, las ollas comunes son parte de la identidad popular, cuando el Estado no les da nada, salvo represión. “Hay muchos hermanos mapuche en el campamento y la organización es muy sólida, por eso no pudieron desalojarnos. Los políticos no contaban con nuestra fuerza organizada, nos creen ignorantes, pero aquí la gente sabe y tiene poder”, explica Malva.

En los campamentos conviven haitianos, peruanos, chilenos, colombianos y mapuche, abundan los artesanos y los artistas, profesionales y micro empresarios. La pobreza en Chile, como en toda América Latina, es diversa y multifacética, lo que explica en parte su potencia y el rechazo a lo que Malva denomina “las ayudas paliativas que sólo nos desgastan”.

* * *

Finalmente, en la Villa 21 de Buenos Aires, en el barrio Barracas, el padre Carlos Olivero del Hogar de Cristo analiza las relaciones con el Estado. Las parroquias trabajan junto a los movimientos territoriales: Barrios de Pie, Darío Santillán, La Dignidad, CTEP (Confederación de Trabajadores de la Economía Popular) y el Movimiento Evita, entre otros.

“El gobierno no entiende la situación de los barrios populares”. No se queja ni está molesto, sencillamente constata una realidad. Los llamados “curas villeros”

arman protocolos para los barrios populares, porque las autoridades “tienen plan para la población en general, no para los pobres”. El “quedate en casa” no funciona en estos barrios, donde se amontonan diez personas en viviendas precarias.

Por eso triunfó el lema “quédate en el barrio”, que responde a la lógica comunitaria de los pobres, que no tienen calefacción o aire acondicionado, ni internet ni una computadora por persona. Por eso apelan a los movimientos y a los curas villeros.

“Los del gobierno no entienden los barrios, pero saben que nosotros sí. Por eso nos escuchan y conseguimos recursos”. Respecto a la policía, reconoce que las relaciones son ambivalentes: en algunos barrios son brutales pero en otros aceptan lo que dicen las organizaciones populares porque ellos ni siquiera saben ubicar el barrio en un mapa.

Mucho más allá de los gobiernos y del egoísmo de las clases medias y altas, los sectores populares profundizan su organización, estrechan lazos porque intuyen, y saben por experiencia de vida que sólo el pobre puede ayudar al pobre, sin humillarlo, sin poner en cuestión su dignidad.



Fotomovimiento, 2020_03_27_mascarillas top manta_PedroMata (13),
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49703283303/in/photostream/>

16.- Un nuevo comienzo rebosante de dignidad y autonomía

“No queremos tus donaciones. No queremos tus víveres disfrazados de intenciones de exploración”, dice el comunicado de comuneros y autoridades de rondas campesinas de las provincias de Huancabamba y Ayabaca, en la región Piura, norte del Perú.

De ese modo, el 21 de abril las comunidades afectadas por la empresa minera Río Blanco Cooper S.A., rechazaron la maniobra de la minera que desde hace años pretende ingresar en esa zona y que ahora se aprovecha de las necesidades para dividir a la población.

El comunicado destaca que la empresa “disfraza sus verdaderas intenciones a través de donaciones”, ya que “desde que llegó a nuestra provincia sólo ha traído muerte y ahora viene teniendo actos de persecución y juicios iniciados contra nuestros dirigentes”. Les dicen que las medicinas que dona “no servirán cuando contamines nuestro medio ambiente y nuestras aguas” y que la ropa que quieren donar “no servirá cuando destruyas nuestros bosques de neblina” (OCMAL, 2020).

Además, responsabiliza a la minera Río Blanco “de las acciones que tome cada base o central de rondas contra sus promotores en la zona quienes deben estar en su casa y no dividiendo a nuestra población”.

Raphael Hoetmer, que ha acompañado las resistencias y marchas de los comuneros de Ayabaca, reflexiona por teléfono sobre la importancia del páramo y de los bosques de neblinas para el abastecimiento de agua de Piura y Cajamarca. “Es una zona de fuerte organización campesina, con rondas autónomas y autogestión de la vida. Rechazan la minería porque, aunque se saben pobres, quieren conservar un modo de vida que les ofrece bienestar y libertad, que empeoraría con la minería”.

Otra muestra de dignidad la ofrecen las comunidades de Morona Santiago (Ecuador), que son denunciadas por la minera Explorcobres, por haber atacado el campamento La Esperanza el 28 de marzo. Siempre, según la empresa, los comuneros (a los que tilda de “delincuentes”), tomaron el campamento, “quemaron varias instalaciones, equipos y un vehículo”.

También en Ecuador, la comunidad San Pedro Yumate, que resiste a la minera Río Blanco en el macizo de Cajas, a una hora de Cuenca, instaló el lunes la tercera pluma (barrera) frente a la vía Cuenca-Molleturo-Naranjal, en una minga para impedir el paso a carros y personas no autorizadas por la asamblea comunitaria, nos escribe Paul.

Mientras las mineras destruyen vidas, contaminan aguas y montes poniendo en riesgo la continuidad de las comunidades, los campesinos e indígenas no golpearon ni atacaron a ninguna persona, sólo las instalaciones de las empresas multinacionales.

Seguimos en la región andina. El compañero y antropólogo Rodrigo Montoya nos envía un texto maravilloso, titulado “Aquí termina Lima” (Montoya, 2020). Relata que miles de pobladores de Lima, que migraron años atrás desde diferentes provincias andinas, emprendieron una marcha de retorno a sus pueblos. “No se trataba de manifestantes camino a una plaza pública para protestar”. Tenían en común su deseo de irse de la mega ciudad.

“La mayoría de caminantes era joven y tenía rostro andino”, escribe Rodrigo, que a sus casi 70 años fue alumno de la escuelita zapatista. Traigo este recuerdo porque es un compañero que ha hecho de su compromiso una forma de vida. Aunque no sabe si desean irse de la capital para siempre, constata que se trata de un hecho “tal vez, demasiado importante”.

Se van de Lima porque no tienen trabajo, pasan hambre y porque el individualismo de la gran ciudad golpea sus corazones. “A los viajeros de regreso les queda la reciprocidad del *ayni* —un día de trabajo por un día de trabajo, una carga de leña

por una carga de leña— y la *minga* —un día de trabajo por una comida, con música, bebida y baile— entre familiares de un mismo ayllu o comunidad, como el último recurso en las tierras altas, allí donde los retornantes sin virus esperan llegar y ser bien recibidos”.

Tal vez estamos ante el comienzo de un ciclo inverso, la migración de la ciudad al campo, como nos proponen estos días los rebeldes de Rojava, “volver a la tierra” para “repoblar aldeas rurales”, como reza el comunicado del Comité de Solidaridad con Kurdistán de Ciudad de México. Siento que lo que están haciendo unos cuantos andinos, es todo un programa para enfrentar el colapso del sistema.

* * *

Desde la región andina vamos hasta Montevideo (Uruguay). Allí se produjo lo que un jerarca del gobierno municipal definió como “la ocupación urbana más grande de los últimos cincuenta años”. Se trata de unas mil familias que ocupan un enorme predio de una empresa de servicios portuarios, abandonado desde hacia 50 años, cuyos dueños tienen una elevada deuda con el Estado.

La ocupación comenzó en enero con apenas 28 familias, en Santa Catalina, la periferia pobre del oeste de Montevideo. La necesidad provocó un estallido de familias que decidieron correr el riesgo de tomar un terreno privado, para superar el hacinamiento en el que viven. El jueves 16 de abril el Ministerio del Interior desplegó un fuerte operativo con decenas de policías, helicópteros y drones, deteniendo a cinco vecinas. Dos de ellas fueron procesadas con prisión domiciliaria.

El lunes 20, desafiando la cuarentena, entre 50 y cien ocupantes se manifestaron frente a la casa de gobierno. Resistieron el desalojo, tomaron la iniciativa y desafiaron la cuarentena. Se trata de trabajadores empobrecidos, desocupados, empleadas domésticas, changarines, pescadores y hasta algunos policías, que no pueden siquiera pagar un modesto alquiler en una zona que fue cuna del movimiento obrero.

El abogado Pablo Ghirardo, que representa sindicatos y trabajó durante varios meses con los ocupantes del barrio que bautizaron “Nuevo Comienzo”, asegura que lo hicieron “por el hacinamiento, ya que viven hasta siete personas en un mono-ambiente que se llueve, además de la fuerte especulación inmobiliaria que hace impagables los alquileres”. En la concentración portaban pancartas donde se leía: “Tierra para quienes la habitan” y “No nos condenen por ser pobres” (Rebelarte, 2020).

En el barrio funciona un merendero con donaciones de varios sindicatos y de vecinos solidarios. Trazaron las futuras calles y dejaron lugares libres para espacios colectivos y el salón comunal. Están tan bien organizados que la policía no pudo desalojarlos. La estaca que un día de enero colocó una vecina para marcar su espacio en un terreno baldío, se multiplicó hasta convertirse en barrio.

Jorge Zabalza califica la masiva ocupación como “una explosión social como la que iniciaron aquellos estudiantes que saltaron los controles en el metro de Santiago de Chile”. Cientos de miles son expulsados por el modelo extractivo a los márgenes de la ciudad. Para Zabalza, “la iniciativa individual que se volvió alud colectivo permite adivinar la existencia de un imaginario que anticipa futuras rebeldías populares” (Zabalza, 2020).

17.- El retorno a la vida sencilla. Comida casera, trueque y ancianidad comunitaria

“La verdadera autonomía está en la comida, ahí está el Buen Vivir”, explica Delio, del área de educación de la Asociación de Cabildos Juan Tama, en el sur de Colombia, en el marco del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). Desde que la organización decidió enfrentar la pandemia con la *Minga Hacia Adentro*, los cultivos y el trueque ganaron centralidad en sus vidas.

“El trueque es una alternativa política para una época como ésta”, explica Ramiro Lis, de la Asociación de Cabildos Ukawe’s’ Nasa C’hab, en Caldono, la zona nororiente del territorio nasa. “Se hace trueque entre productos de los diferentes climas, se establecen puntos de encuentro y de intercambio, en los que prima la necesidad, no el valor”. Del otro lado del teléfono, Ramiro insiste en que “no se trata de intercambiar equivalencias sino lo que se necesita”.

Tanto Ramiro como Delio destacan que “el trueque es una forma de solidaridad que permite fortalecer la economía propia”. Así es como los miembros del CRIC denominan al sistema económico no capitalista, anclado en los valores de uso, que funciona en los territorios de los pueblos originarios del Cauca.

Inzá es una de las puertas de entrada a la impresionante región de Tierradentro, una de las más bellas que pude conocer en Colombia. La población rural es ampliamente mayoritaria: en la cabecera municipal de Inzá viven unas 3.000 personas, menos del 10% del total del municipio. Los cabildos son la unidad territorial básica de la administración indígena, que gobiernan sus resguardos o territorios.

Desde Inzá, Delio relata el enorme trabajo que hicieron para hacer llegar alimentos a los indígenas que emigraron a las ciudades, Cali, Bogotá y Popayán. “Se organizaron 800 familias en los ocho municipios, en una dinámica

comunitaria, para hacer un primer envío de yuca, plátanos, panela y otros mercados. Fueron 3.200 arrobas (36 toneladas) que salieron en tres camiones y una chiva”.

Los indígenas urbanos les retribuyen no con dinero sino con productos de higiene y de aseo que aún no producen las comunidades. Las conclusiones de Ramiro revelan que estamos ante otra cosmovisión: “Somos ricos porque producimos comida. Pero lo más importante no es lo material, sino el hermanamiento, lo espiritual. El trueque nos ayuda a romper la dinámica del individualismo y fortalece lo comunitario”.

El pueblo kokonuko, por ejemplo, realizó semanas atrás la versión 61 del intercambio de productos agropecuarios a través del trueque, en el resguardo indígena de Poblazón, con la participación de 600 indígenas, la mayoría jóvenes, que defienden una “economía limpia en la que el trueque es una política contra el neoliberalismo y contra cualquier moneda”, como dijo el dirigente Darío Tote (Asociación Indígena del Cauca, 2020).

Desde el área de Educación del CRIC, Carolina Cruz, que coopera con la organización, apunta que durante la *Minga Hacia Adentro* trabajan en apoyo a la Guardia Indígena y la “autonomía alimentaria”. En estas semanas no hay aulas, “pero los socializadores de educación van casa por casa para compartir medidas de protección, para fortalecer el tul (huerta) y para que los niños lleven un diario de campo de su actividad diaria”.

En los territorios de los pueblos no hay internet y en las casas no hay computadoras, por lo tanto no hay “virtualización de la educación”, dice Carolina. “La prioridad es potenciar los saberes y las lenguas propias, las plantas medicinales y los productos de la huerta sin agrotóxicos, la armonización y la limpieza espiritual de los espacios comunes”.

Carolina explica la diferencia entre autonomía y soberanía alimentaria (de los pueblos y de los Estados, respectivamente) y finaliza con un dato mayor: “Contro-

lamos 70 puntos de nuestra geografía con siete mil guardias indígenas, que junto al gobierno propio son la piedra en el zapato del sistema”.

* * *

“Lo fundamental para detener la pandemia es la organización de cada comunidad”, explica Beto Colín sobre la experiencia en el municipio autónomo de Cherán (Michoacán, México), uno de los centros poblados del pueblo purhépecha.

Este año el municipio autónomo decidió no celebrar públicamente el noveno aniversario del levantamiento del 15 de abril de 2011, cuando un grupo de mujeres impidieron que los *talamontes* siguieran llevándose maderas del bosque, provocando el alzamiento del conjunto de la población.

“A partir de aquel enfrentamiento con “los malos”, hubo cambios notables. La fogata que es el centro en nuestras casas, donde nos juntamos y hacemos la vida, sale a la calle y se convierte en el núcleo inicial de la organización”, dice Beto desafiando una irregular conexión vía internet.

Desde el 15 de marzo la comisión de salud, que vincula al gobierno comunitario con las autoridades sanitarias locales y del Estado, se reunieron con las autoridades de las dos clínicas y del hospital de Cherán para hacer un plan de trabajo. El consejo mayor, que se elige por usos y costumbres, ya que el municipio estatal y los partidos fueron abolidos en una ciudad de casi 20 mil personas, redactó el primer protocolo sobre el coronavirus que fue aprobado por las cuatro asambleas de los cuatro barrios de Cherán.

“La comisión de salud es muy importante: no es que vienen los doctores a tomar decisiones sino que la comisión junto a las asambleas de los cuatro barrios fueron los que determinaron las acciones más relevantes. Luego la comisión recorrió las farmacias de Cherán para levantar un diagnóstico, para ver qué personas se habían enfermado del sistema respiratorio, saber si habían salido de la ciudad y

darle seguimiento a cada caso”. Crearon un grupo de wasap con los médicos para coordinar el seguimiento de pacientes.

El siguiente punto fueron las tortillerías (pequeñas elaboradoras de tortillas de maíz). “Esas no se pueden cerrar pero se les explicó el protocolo de atención comunitaria, se les regaló el antibacterial y se hizo una formación sobre cómo atender a las personas”, dice Beto.

El tercer paso fue instalar la prevención en las barricadas: “Cherán es una comunidad grande y lugar de paso para otros pueblos, tiene tres entradas y en las tres hay control comunitario las 24 horas con barricadas. Esos miembros de la ronda de seguridad autónoma, ya tienen instrucciones y la información para preguntar de dónde vienen y hacer un registro”.

Como resultado del auto-cuidado comunitario, en Cherán hasta el momento no tienen ningún caso de coronavirus, aunque ya llegó a los municipios vecinos. “Creo que hemos hecho un buen trabajo de salud comunal y de co-responsabilidad de la comunidad, se hicieron muchos talleres por barrios sobre los cuidados, la elaboración artesanal de cubrebocas y de jabón, con gran participación de la población”.

También están coordinados con Ostula, otro municipio de la costa de Michoacán, que tiene “una experiencia de autonomía importante y trabaja como nosotros”, finaliza Beto.

* * *

Desde Grecia una compañera solidaria, Evgenia Michalopoulou, ensaya una reflexión que nos deja pensando: “En Grecia y en los Balcanes tenemos muy pocos contagiados”. Consulto las estadísticas. Grecia tiene 2.900 casos y 173 muertos cada millón de habitantes, mientras Italia anda en las 4.000 y España supera las 6.000, con más de 500 muertos por millón cada país.

“¿Sabes porqué?”, retumba la pregunta en el wasap. “Porque aquí no tenemos tanta costumbre de llevar a nuestros mayores a las residencias de ancianos”. En los pueblos originarios y campesinos no hay residencias y los ancianos envejecen junto a sus familias.

Comida casera y sana, intercambio de productos orgánicos sin moneda y cuidado comunitario de los mayores, pueden ser parte de un programa de retorno a la vida sencilla, un camino que nos enseñaron las bases de apoyo del EZLN en la “escuelita”, hace ya siete años.



Fotomovimiento, 2020_04_coronavirus_PedroMata (51),
Dependiente de frutería en Calle de la Cera, Raval. La vida no se detiene en el pequeño comercio.
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49780834252/>

18.- Agricultura urbana, autonomía alimentaria y huida de las ciudades

“Gobierno Wampis declara el cierre total de las fronteras territoriales para prevenirse del coronavirus”, destaca el titular del segundo número de “Nukumak”, definido como Boletín Informativo del Gobierno Territorial Autónomo de la Nación Wampis.

El gobierno autónomo se gestó en 2015, su máxima autoridad es la asamblea de 105 representantes de las comunidades de las diferentes cuencas de los ríos Kanus y Kankaim, en la Amazonia norte, que forman parte de un territorio de un millón de hectáreas y 15 mil habitantes, y está asesorado por un Consejo de Sabios. Cada cuenca cuenta además con una asamblea que es la máxima autoridad de cada zona.

El Pamuk o jefe de gobierno, Wrays Pérez, dijo que el sistema estatal de salud no está implementado completamente ni cuenta con la infraestructura necesaria en sus territorios. Una de las primeras realizaciones del Gobierno Autónomo fue la creación del Parlamento Wampis “como una instancia de deliberación política propia, así como el Sistema de Justicia wampis”, señala el primer número del Boletín.

En los últimos meses de 2019 se realizaron varios eventos importantes, entre ellos el I Congreso de las Mujeres Wampis y la XIII Cumbre del Gobierno Territorial Autónomo, donde se propuso la formación del Sistema Propio de la Educación Wampis.

Entre los avances más notables, figura la recuperación de conocimientos tradicionales en el manejo de cultivos y especies en proceso de extinción, proyecto liderado por las mujeres; una escuela de formación intercultural para líderes y líderes; una emisora radial y la formación de periodistas; el desayuno escolar y el manejo de peces de las lagunas naturales (Gobierno Territorial Autónomo de la Nación Wampis, 2019).

Pese a la importancia que tiene la autonomía wampis, que se está multiplicando en los territorios amazónicos, quisiera centrarme en lo que viene sucediendo en el mundo urbano, donde van apareciendo alternativas pese a las enormes dificultades que implica construir vida soberana y digna, en las urbes que son el núcleo del poder del capital.

* * *

“Promover la agricultura urbana orgánica como estrategia a corto, mediano y largo plazo para enfrentar la hambruna y desarrollar economías regenerativas, revitalizar e impulsar la organización comunitaria”, es la propuesta de un grupo de jóvenes de la Universidad del Cauca que están desbrozando tierras en la zona norte de Popayán, en el barrio La Paz y en la vereda Lame.

Los trabajos comenzaron dos semanas atrás y se van incorporando vecinos que necesitan alimentos. Los terrenos que ocupan en el municipio de Popayán (capital del Cauca con 500 mil habitantes) estaban destinados a campos deportivos, pero acordaron con la Junta de Acción Comunal que la prioridad es conseguir alimentos. A mediano plazo buscarán más espacios para cultivar, en patios, solares, terrazas y cualquier lugar donde las familias puedan comenzar a transitar su autonomía alimentaria.

Doricel Osorio es ingeniera agropecuaria desocupada y una de las ocho que iniciaron el proyecto: “Se están sumando vecinos por pura necesidad”, explica del otro lado del teléfono. Además de superar la emergencia, intentan buscar colectivamente “alternativas al espíritu mendicante y dependiente que el Estado promueve entre los que sufrieron por la violencia o viven en circunstancias de exclusión, injusticia e inequidad social, porque estas situaciones son consecuencias del sistema económico extractivista”.

Esta semana comenzaron a construir una caseta para que funcione como comedor comunitario entre los vecinos que tienen más necesidades. “Nos gustaría que la gente retorne a la tierra, que pueda cultivar en los pequeños espacios urbanos

que tenemos, que recuperemos saberes ya que nuestros padres y abuelos fueron agricultores”.

Los pocos recursos con los que cuentan provienen de vecinos solidarios, de algún comercio y de la Cooperativa del Sur del Cauca, cafeteros de la federación de campesinos, que aporta 30 “mercados”, con lo que pueden sostener a otra tantas familias. “Del Estado nada. Llamamos a unos parlamentarios de la ciudad y nos dijeron que lamentablemente no tienen más dinero....”. Las risas suenan de un lado y otro del teléfono.

Los jóvenes que tomaron esta iniciativa la consideran, además, como una estrategia frente a la cuarentana: “liberarnos” del encierro y manejar las propias normas de distanciamiento social en acuerdo con las y los vecinos que, en general, son la última camada de desplazados de las áreas rurales por la guerra y el modelo de explotación.

En efecto, Popayán ha crecido de forma exponencial en las últimas décadas. En 1983, cuando el terremoto que causó grandes daños y 250 muertos, contaba con 120 mil habitantes. Hoy son alrededor de 500 mil, en gran medida por la emigración rural-urbana, o sea por la llegada de campesinos desplazados.

* * *

“El pueblo cuida al pueblo. Experiencias de organización de las asambleas territoriales de Valparaíso en tiempo de pandemia”, dicen las locutoras de los Cordones Territoriales de Valparaíso. Las personas que hacen este programa buscan interconectar lo que sucede en los “cordones territoriales” y difundir experiencias para que en otros barrios las puedan replicar. “Tratamos de dar cuenta de un proceso de aprendizaje colectivo de las asambleas”, dice la locutora (Cordones Territoriales de Valparaíso, 2020).

En cada programa conectan a dos asambleas, nacidas durante el estallido de noviembre, que relatan sus experiencias bajo el estado de sitio. La Asamblea de Mu-

jeres del Cerro Esperanza explica cómo hacen la identificación y mapeo de las familias que necesitan ayudas en alimentos, que compren directamente a pequeños productores. La Asamblea del Eje Ecuador creó una cooperativa de alimentos y un boletín vecinal cuyo titular reza: “Cuarentena Territorial Combativa”, con su doble versión electrónica y en papel. Crearon además un espacio de reciclaje, porque el municipio colapsó desde el estallido. Algunos vecinos se ofrecen para el cuidado de niñas y niños, otros impulsan el trueque y el apoyo mutuo, tanto para los alimentos como para los servicios.

“Estamos siguiendo con todos los procesos que ya venían desde el estallido”, explican las asambleas. Como forma de solidaridad, distribuyen dos tipos de canastas: “Una es más cara y con ese precio subvencionamos la otra, porque no todos pueden pagar la totalidad de los productos”. Durante la pandemia están llegando a vecinos que nunca se habían acercado a las asambleas. En gran medida, explican en Eje Ecuador, “porque queremos ser horizontales y nos auto-controlamos para no hablar demasiado, para no imponernos a vecinos que vienen por primera vez y tienen cierta desconfianza”.

Las asambleas han hecho de todo: campañas de sanitización colectiva de espacios públicos en Marimonjas, “porque las autoridades no se hacen cargo de cuidar la población y debemos cuidarnos entre nosotras”; compras comunitarias directas a productores en casi todos los barrios; fondos solidarios en la Asamblea El Descanso y la Resistencia; elaboración colectiva y manual de pan en Cerro Cordillera; cuadrillas de seguridad alimentaria en Playa Ancha.

“La incertidumbre es diferente si estamos organizados y nos apropiamos de nuestros territorios en los barrios”, concluyen las asambleas reunidas en cabildos territoriales. “Sabemos cuidar la vida, mientras el Estado no tiene la menor idea”, lanzan desde una de las asambleas que hace cine en la calle para seguir agrupando a los vecinos.

Dos hechos resultan notables. Uno, cómo las asambleas se mantienen y crecen en sus barrios, pese a las enormes dificultades que deben sortear. Dos, que las radios

pueden jugar un papel destacado como difusoras y como nexos entre asambleas, cuando ya no pueden realizarse grandes reuniones presenciales. Recuerdo que las radios nasa, en el sur de Colombia, son también ejes de la resistencia en esta coyuntura crítica. Contribuyen a lo que Alberto Maturana denomina como “acoplamiento de conductas”.



Fotomovimiento, 2020_03_30_coronavirus_metro_PedroMata (7),
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49736908142/>

19.- La idiotez de la vida urbana

Un amigo mexicano, hace ya más de una década, me preguntó: ¿Qué situación se crearía si en la Ciudad de México hubiera un colapso hídrico? Nunca había imaginado tal posibilidad, por lo que me quedé sin palabras. Sin duda, a los pocos días la situación se volvería caótica, habría violencia por el agua y mucha gente intentaría abandonar la mega ciudad, convertida en una trampa de la cual no sería fácil escapar.

Desde hace un mes se está produciendo un hecho insólito en la ciudad de Lima, y en menor escala en varias capitales de provincia de Perú. Miles de personas abandonan la ciudad, cuya área metropolitana supera los 10 millones de habitantes (9,5 millones según datos oficiales de 2017). Pero el problema de la capital peruana no es sólo la enorme concentración de población. Hay, por lo menos, dos temas adicionales.

El primero, es que creció de forma exponencial, como buena parte de las urbes latinoamericanas. En 1957 Lima tenía 1,2 millones de habitantes. En 1981 eran casi seis millones. En 2004 llegaban a 8,5 millones, siendo el 60% migrantes andinos que habían construido tres enormes conos (Norte, Este y Sur), incluyendo los servicios, las viviendas y buena parte de los espacios colectivos.

El segundo, es la enorme vulnerabilidad de los sectores populares. El 70% trabaja en lo que el Estado llama “informalidad”: venta ambulante en mercados y en la calle, elaboración y venta de alimentos, manufacturas del más diverso tipo, desde ropa hasta videos, además de varias actividades ilegales. Por último, Lima vive sobre un desierto que no tiene agua, árido y despoblado, helado y calcinante según temporadas.

La avalancha de migrantes fue descrita por el antropólogo José Matos Mar como “desborde popular”, en la década de 1980. ¿Cómo habría que nombrar ahora la migración inversa, el abandono masivo de la gigantesca y opresiva ciudad?

Los datos son muy elocuentes. Ante la salida incluso a pie de familias enteras, que en la larga caminata duermen donde pueden, corriendo enormes riesgos (ya hubo ahogados cruzando ríos y asesinados para robarles), el Estado abrió un registro para trasladarlos. El 25 de abril había 167 mil personas que querían retornar a sus pueblos o ciudades. Menos de cinco mil fueron transportados por el Estado (Ojo Público, 2020).

Evidentemente son muchísimos más los que ya han salido y los que desean hacerlo. Huyen del hambre, de la soledad, de la insolidaridad. Familias enteras con sus hijos e hijas, buscan llegar a sus pueblos donde los esperan parientes que cultivan sus chacras y pueden abrazarlas con alimentos.

El historiador Fernand Braudel decía que el momento del naufragio es el más significativo, porque hace visibles los puntos de ruptura, las fallas en la construcción y los diseños defectuosos. En nuestras sociedades, esos “defectos estructurales” son el individualismo, el consumismo y todas las actitudes que entre los sectores populares son funcionales al capitalismo.

De poco sirve echar las culpas al sistema (capital o Estado) de nuestros males si, a la vez, no proponemos y transitamos caminos para superarlos. No tengo la menor duda que el sistema capitalista, el mismo que funciona en Estados Unidos, Europa o China, tiene una enorme responsabilidad en la pandemia y, de modo muy particular, en la enorme mortandad que provoca entre los más pobres.

Los datos revelados por el diario *O Globo* el pasado 1 de mayo, sobre Rio de Janeiro, no dejan lugar a dudas. Mientras en Leblon la tasa de letalidad de los infectados es del 2,4%, en el complejo de favelas Maré llega al 30,8%. Datos que nos dicen que la letalidad entre los pobres es trece veces mayor que entre los ricos.

No creo en los analistas que dicen que la pandemia nos coloca a las puertas del comunismo, o que ahora la humanidad tiene la posibilidad de cambiar el rumbo. No veo el menor síntoma de que algo así esté en camino y, por el contrario, observamos cómo los poderosos intensifican sus planes genocidas: desde la masi-

ficación del teletrabajo y el control digital hasta megaobras como el Tren Maya, entre muchas otras.

La frase de Marx alterada, que titula este artículo (mencionó la “estupidez de la vida rural”, en el *Manifiesto Comunista*), no debería ser tomada al pie de la letra, sino valorarla como un legado del tiempo que le tocó vivir. Marx consideraba a la burguesía como revolucionaria y confiaba plenamente en el desarrollo de las fuerzas productivas y los avances tecno-científicos, como garantía del progreso de la humanidad.

No estamos obligados a insistir en ese modo de razonar. Siglo y medio atrás no existían ni el feminismo ni el anticolonialismo, que se desplegaron plenamente en el siglo XX y que deberían haber cambiado nuestra forma de ver el mundo, con la emergencia de sujetos colectivos como los pueblos originarios y las mujeres de los sectores populares.

Nuestra fidelidad debería ser con los pueblos, que van por delante de cualquier teoría, como nos enseñan ahora las migrantes que abandonan Lima.



Fotomovimiento, 2020_04_15_coronavirus_PedroMata (53),
Vecina con la cartilla necesaria para acceder al reparto de alimentos que en Rambla del Raval
distribuye L'Hora de Déu. Sin el papelito naranja no se come.
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49780834172/>

20.- Desobedecer en tiempos de cuarentena

“Estamos más y mejor organizados que antes”, asegura Teresa Correa, evaluando la experiencia de la red Cecosesola durante estos meses de pandemia y cuarentena. “Nuestro propósito fundamental es el proceso educativo”, agrega Lizeth, “para irnos transformando desde la reflexión colectiva”.

Cecosesola (Central Cooperativa de Servicios Sociales de Lara), establecida en Barquisimeto, sur de Venezuela, es una red de 50 cooperativas urbanas y rurales, una funeraria y un centro de salud. Abarcan las áreas agrícola, de pequeña producción industrial, ahorro y crédito. Cuentan con 17 puntos de venta entre ellos tres grandes mercados con 300 cajas y una red rural integrada por 280 pequeños productores (Escuela Cooperativa Cecosesola, 2018).

Son más de 20.000 asociados y 1.300 trabajadores que reciben el mismo ingreso y funcionan en unas 300 asambleas anuales, sin dirigentes ni estructura directiva. La red de producción y distribución de alimentos y artículos de limpieza moviliza más de 10.000 toneladas mensuales, con precios 30% inferiores a los ofertados en el mercado. En ellos se aprovisiona el 40% de la población de una ciudad de 1,2 millones de habitantes.

“En situaciones difíciles nos reinventamos”, dice Gustavo Salas, uno de los fundadores del movimiento, “porque en plena pandemia es más difícil reunirnos”. Destaca que se han saltado la cuarentena en varias ocasiones, “pero el gobierno nos ha respetado porque hicimos lo que debía hacerse”.

Jorge Rath asegura que se han venido preparando mucho tiempo para situaciones como ésta, a través del diálogo y ahora del cuidado mutuo. “Sobre todo cuidamos el ámbito comunitario, que consiste en no separarnos aunque haya que mantener distancia física”. En opinión de los miembros de Cecosesola, comunidad y separación son tan opuestos como dirigentes y dirigidos.

“A los profesionales de la salud se nos está presentando la oportunidad de cambio, desde la jerarquía y lo convencional, porque en este momento se demandan soluciones creativas”, es la reflexión del doctor Carlos Jiménez, que forma parte del Centro Integral Cooperativo de Salud. La red de salud popular atiende a más de 220 mil personas al año. Son cinco consultorios, cuatro laboratorios y un centro cooperativo que integra la medicina convencional y la tradicional.

El Centro de Salud, un edificio de tres plantas diseñado por las cooperativas en debate con los arquitectos, tampoco tiene gerentes ni dirigentes y la gestión depende de la asamblea semanal donde participan todos los trabajadores, desde enfermeras y cocineras hasta médicos y el personal de mantenimiento.

“Una cosa que aprendimos es cómo manejarnos con el poder”, reflexiona Gustavo. “Cuando una ley o un decreto no van con nuestras necesidades, desobedecemos pero sin ir al enfrentamiento. Nos violamos las leyes, como ahora que nos seguimos reuniendo a pesar de que no se puede, y buscamos la forma de seguir adelante para mantenernos unidos. No pedimos permiso”.

Lograron imponer sus criterios pasando por encima del toque de queda, “porque una feria que atiende por día 7.000 personas no puede adaptarse a horarios restringidos”, explica Gustavo. “Después de varias semanas la gobernadora nos felicitó y nos dio salvoconductos las 24 horas, porque hay que empezar a recoger a la gente a las 4 de la madrugada”.

De ese modo, la red consigue el respecto de la comunidad y del gobierno. “Y transformamos el sistema, porque no actuamos según su lógica”, remata Gustavo.

Teresa explica algunos de los cambios notables que se están produciendo durante la pandemia: “No hay combustible. Eso nos llevó a reorganizar todo. Los médicos iban en sus coches al trabajo, pero ahora dependen de los camiones que hacen una ruta recogiendo a todos los trabajadores. Y ahí está lo bonito. El cardiólogo se tiene que subir al camión con todos los demás compañeros, en una forma de integración colectiva que antes no se daba”.

Médicos en el camión junto a vendedoras o limpiadoras, una dinámica que sueña a revolución cultural, sin la cual no hay cambios profundos ni duraderos. Por eso los miembros de Cecosesola sostienen: “Las respuestas a la situación actual refuerza, algo del nosotros que es la coherencia, que nace en la conversación permanente que nos transforma en un cerebro colectivo”, concluye Jorge.

* * *

En esta situación tan difícil, me parece necesario poner el foco en las luces que brillan entre los sectores populares. Tengo claro que el sistema se está reforzando, que oscuros nubarrones nos amenazan (desde el crecimiento de la desigualdad y el poder del 1%, hasta la represión y el control digital), pero nada ganamos si nos apegamos sólo a los que nos oprimen. Mi punto de partida es el Ya Basta! colectivo y comunitario, como nos enseñan los pueblos originarios de Chiapas.

Las *favelas* de Rio de Janeiro cargan con el estigma de la violencia y el narcotráfico, porque es el modo que los poderosos (desde los medios hasta las academias) encontraron para camuflar la pobreza que genera este sistema. Sin embargo, allí crece la resistencia y la organización, superando enormes dificultades.

Inessa es militante del Movimiento de las Comunidades Populares que completó 50 años y está presente en diez estados de Brasil. Vive en la comunidad Chico Mendes, en el morro de Chapadao, en la zona norte de Rio de Janeiro (Zibechi, 2019). “Estamos aquí desde 1994. Comenzamos con deporte comunitario y crecimos con una escuela jardín, para niños y niñas de la comunidad. Con la pandemia la cerramos desde el 21 de marzo”.

También trabajan con adultos, gestionando empleo e ingresos de forma autónoma, con una tienda y una barraca de materiales de construcción, que gestionan colectivamente. Reciclan aceite con el que fabrican productos de limpieza y tienen un grupo de compras colectivas con 20 familias,. Quizá el área más potente sea el Grupo de Inversiones Comunitarias (GIC), un banco popular donde cientos de vecinos aportan dinero todos los meses y pueden pedir prés-

tamos sin acudir al banco ni al mercado financiero. Con los intereses, ayudan a las familias que necesitan, aportan a funciones sociales como la salud y una parte va al Movimiento.

Durante el cierre provocado por la pandemia, vendedores y empleadas domésticas de la comunidad quedaron sin ingresos, además de diez personas que trabajan en la guardería del movimiento y en el transporte infantil. Con base en una red previa de amigos y profesores “que apoyan este proyecto y respetan nuestra autonomía”, realizaron colectas para comprar cestas de comida para la comunidad y mantener al personal de la guardería. Cincuenta personas reciben cestas de comida gracias al trabajo de trece militantes.

Gizele es comunicadora e integra el Frente de Movilización de la Maré, creado hace apenas seis semanas por un grupo de comunicadores comunitarios que venían actuando en la favela desde hace 15 o 20 años (Frente de Mobilização da Maré, 2020). “Nace cuando el aislamiento social se hace obligatorio en toda la ciudad y nuestra preocupación era la forma como los gobiernos se dirigen a la favela. Pensamos en un plan de comunicación para poder trabajar en base a las necesidades y en el lenguaje de la favela”.

La Maré es un complejo de dieciséis favelas con 140 mil habitantes, pegada a la bahía de Guanabara y muy cerca del aeropuerto internacional. Tiene los peores índices de letalidad por coronavirus. Mientras en barrios de la burguesía como Leblon la tasa de letalidad es de apenas el 2,4% de los infectados, en la Maré trepa hasta el 30,8%, según datos del diario *O Globo*.

Alquilaron un carro de sonido, y fueron por los barrios explicando las medidas elementales como lavarse las manos, no formar aglomeraciones, limpiar la casa (aunque casi no hay agua) y localizar los hospitales más cercanos. “Estamos haciendo 30 pancartas por semana que colgamos en las comunidades, haciendo hincapié en la solidaridad porque el abastecimiento de agua es precario y debemos compartirla en base a la ayuda mutua, porque del gobierno no llegara nada”, dice Gizele.

Además confeccionaron cinco mil carteles, todos a mano, que colocaron en comercios, iglesias y asociaciones de vecinos con recomendaciones sobre higiene. “Empezamos con cuatro comunicadores y hoy tenemos diez colectivos y 50 vecinos integrando el Frente de Movilización de la Maré. La gente se va sumando a la movilización y a la búsqueda de alimentos y de materiales de limpieza. Es todo un desafío lidiar con una nueva realidad, la falta de agua, de dinero, la internet que no funciona bien”.

Crear organización en una favela es casi imposible, porque los activistas están atenazados entre las tremendas carencias y la suma de policía militar, milicias paramilitares, narcotraficantes e iglesias pentecostales, que echan para atrás a la persona más aguerrida.

“Esta semana empecé a pensar que si la gente está luchando con la pandemia dentro de la favela, con apoyo mutuo y solidaridad, después de la pandemia podemos hacer la revolución”, se entusiasma Gizele, que nunca había vivido tanta entrega y organización entre sus vecinos. “Operaciones policiales, militarización, tanques de guerra, hambre, falta de agua, y ahora lo estamos viviendo todo junto y nos organizamos porque nadie conoce mejor de nuestras necesidades”.

Timo nació en Alemania, se graduó como geógrafo y desde hace diez años vive en la Maré, en el morro de Timbau. Con un pequeño grupo de amigos gestionan un espacio que elabora cerveza artesanal y ofrece cine para niños, llamado *Roça*, una práctica campesina consistente en desbrozar la maleza para cultivar. “Los trabajos previos son los que ahora consiguieron reaccionar ante la situación. Aquí en Timbau hay una antigua fábrica de cemento convertida en viviendas y ahí trabajamos con los niños, en una campaña de movilización para identificar las familias con más necesidades”.

Hay cuatro mil familias censadas que necesitan ayuda en alimentos, sólo en esa favela. Consiguieron donaciones para dos mil canastas que elaboraron y entregaron a un grupo integrado sobre todo por mujeres. “Son los pequeños grupos que ya venían funcionando lo que permite conseguir ayuda y contactar a los que

necesitan en base a un censo de solidaridad de los pobladores de la favela. Aquí el trabajo no puede ser individual, las respuestas que demos deben ser colectivas”.

* * *

Hay mucha más información para compartir. Por ejemplo, la tenaz resistencia de las comunidades del norte del Cauca, en el “Proceso de Liberación de la Madre Tierra”. Las comunidades de la zona y la Guardia Indígena detuvieron a 31 soldados y policías y decomisaron tres fusiles por “atentar contra la liberación de la Madre Tierra” al atacar la finca La Emperatriz, recuperada por el pueblo nasa.

La asamblea de las comunidades decidió entregarlos a una comisión integrada por la Defensoría del Pueblo y el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). El Estado se comprometió a no volver a reprimir y a crear una comisión para resolver los conflictos entre comunidades y fuerza armada.

21.- Diez lecciones sobre la Otra Economía, antipatriarcal y anticapitalista

La semana pasada recibí una clase magistral de “economía política desde abajo”. Relataron las relaciones para cuidar y reproducir la vida que se tejen en los canales invisibles de la sociedad. No es ninguna casualidad que fueran cuatro mujeres las encargadas de desvelar ese mundo, todas integrantes de asambleas territoriales nacidas durante la revuelta chilena.

Dos de ellas viven en Valparaíso, donde la lógica de construcción no es barrial sino de cerros, que rubrican la geografía urbana. Además de unas 20 asambleas en otros tantos cerros, formaron cordones territoriales que las conectan, un nombre que remite a los “cordones industriales” de Santiago bajo el gobierno de Salvador Allende.

Otras dos son integrantes de la Asamblea de Villa Olímpica y de la Red de Abastecimiento nacida en esa geografía, pero extendida a buena parte de Santiago. Una ciudad que ha visto nacer casi 200 asambleas que se mantienen activas, ya no en la calle sino enhebrando la vida de las comunas y barrios de una capital infestada de carabineros y militares.

Lección 1: Hacernos cargo de la vida

- Todos los aspectos de la vida están en crisis, salud, educación, alimentación. La revuelta generó conciencia colectiva, defendernos entre nosotras, mucha creatividad organizativa, que bajo la pandemia nos permite activarnos de otros modos. Nos cuidamos juntos y juntas, cuidamos a los más vulnerables, con redes de abastecimiento, compras colectivas, huertos urbanos... (Nelly, de las asambleas territoriales de Valparaíso).

- Este contexto evidencia cómo el gobierno asesino no se hace cargo de la vida del pueblo, sólo militariza para salvar sus negocios. La sostenibilidad de la vida está en nosotras, en nuestras organizaciones y cuerpos, porque ellos sólo nos van a reprimir, quieren naturalizar una dictadura en democracia. Sólo nos queda “el pueblo cuida al pueblo”, porque se nos viene algo grave, como la falta de agua (Beatriz, asamblea Villa Olímpica).
- Lo que vivimos es una militarización desatada del territorio, en esta situación donde el gobierno sólo nos reprime, tenemos que hacernos cargo de la vida, de la sostenibilidad de la vida (Pamela, comunicación de las asambleas territoriales de Valparaíso).

Lección 2: Empatía con la tierra

Los huertos urbanos son un proceso muy lento, si se pretende alimentar todo un barrio no es posible. Pero crean una relación diferente con la naturaleza, con el consumo, porque generan experiencias de nuevo tipo, como el compostaje que lleva a que los vecinos clasifiquen la basura y se hagan cargo de sus desperdicios para llevar al huerto comunitario. Se va formando una relación de empatía con la tierra que es muy diferente a ir a comprar al supermercado. Además creamos vínculos entre nosotras, hacemos comunidad (Pamela).

Lección 3: Huir del super-mercado, haciendo comunidad

- Las asambleas hacen una compra directa a los agricultores sin pasar por intermediarios, para el abastecimiento de los barrios. Hicimos un catastro de personas en riesgo, de adultos mayores y gente postrada o con problemas económicos, para que tengan acceso a una canasta básica. (Pamela)
- La red de abastecimiento empezó hace cuatro años para colectivizar las compras, saltarse intermediarios para bajar los precios pero además para hacer comunidad en algo tan importante como alimentarse. Empezamos con compras colectivas de verduras. La red creció y nos contactamos con otras redes de la ciudad para proveer verduras, abarrotes, proteínas, carnes, artículos de aseo. Eso permite que la gente de la red no vaya al supermercado, que es un foco

de contagio. En mi casa toda la alimentación se compra a través de la red, sin acudir al mercado (Siujen, red de abastecimiento Villa Olímpica, Santiago).

Lección 4: La salud, y la economía, de los afectos

Los vínculos afectivos, los cuidados y los abrazos, nos mantienen en pie, nos animan a seguir adelante pese a todas las contrariedades. No nos mantenemos sanas con distancias. No nos curan sólo los alimentos y las medicinas, sino también los afectos, que son imprescindibles para encarar de otro modo tanto la escasez como la enfermedad. Nos cuidamos, pero también rechazamos el aislamiento impuesto, como rechazamos la mercantilización de la salud (Todas).

Lección 5: Redistribuir en vez de acumular

- Como comunidad asumimos una cuota que nos permite ayudar a personas que no pueden pagar la cesta. Con la cuota vamos generando un ahorro pequeño, que nos transforma en una especie de mini banco para prestar a la gente que tiene más problema económico, porque pensamos que el momento más álgido será después, cuando no haya trabajo y todo sea precario. La mayor parte de los que integran la red trabajan en precario (Siujen).
- La idea de que el pueblo ayuda al pueblo es lo primordial. Formamos un fondo común y rotativamente lo asignamos a la familia de la red que más necesita, la más vulnerable, luego de una discusión sobre los criterios. Ahora tenemos que pensar cómo vamos a apoyar a la gente que se enferma, porque ha habido una explosión de casos y el sistema no va a responder. Lo único que saben hacer es sacar a los militares a la calle (Beatriz).

Lección 6: Las mujeres o la red de redes

Somos las mamás las cuidadoras y criadoras las que sostenemos todo, a través del trueque, del apoyo mutuo, sin dinero. En la red se cruzan tres o cuatro redes y la Villa Olímpica se convirtió en un zonal de distribución de toda una zona de Santiago (Siujen).

Lección 7: Cara a cara, sin intermediarios

Hacemos la distribución de las redes La Canasta y Pueblo a Pueblo que reparten verduras sin intermediarios, en contacto directo con proveedores, con gente que produce fuera de Santiago y tiene que traer al conurbano. Decidimos que sólo sustentamos a los intermediarios cuyo único ingreso es esa compra-venta de productos. Buscamos ahora cosas nuevas, semillas, granos, algo que no teníamos hasta ahora (Siujen).

Lección 8: Cuidar-nos en comunidad

Estoy contagiada de Covid desde hace dos semanas y en mi casa no falta nada, las compañeras y compañeros poniendo la cuerpa vienen hasta mi casa a dejarme los alimentos. Es un ejemplo de cómo la solidaridad y las redes amigas están permitiendo que la vida no se degrade tanto (Beatriz).

Lección 9: Pobre es quien está sola

La real precariedad es la de aquellas personas que no están conectadas con redes solidarias, la soledad y el despojo, porque el dinero no te sirve de nada si no tienes una red que te lleve la comida (Beatriz).

Lección 10: La revuelta, la madre del mundo nuevo

- Le llamamos revuelta porque estallido lo acuñó la clase dominante, porque la protesta les estalló de sorpresa (Nelly).
- Ay de nosotras si la revuelta no hubiera pasado por nuestras vidas multiplicando nuestros contactos y redes (Beatriz)
- Agradecemos la revuelta porque sin ese proceso la pandemia hubiera sido muy cruda, no hubiéramos tenido los lazos de confianza ni conocido a otras organizaciones. La revuelta nunca acabó, tomó otros caminos. Generamos herramientas que no hubiéramos creado sin la pandemia. No hay forma de que en Chile la revuelta no siga (Siujen).

- La revuelta nos pasó por el cuerpo, no nos hemos olvidado de los muertos y de los más de 400 mutilados oculares, algo que fue intencional. Lo que hacemos en las asambleas es cuestionar la vida que hemos sostenido hasta ahora. El otro mundo posible lo estamos haciendo ahora y nadie puede sacarnos de ese lugar, Chile está cambiando (Nelly).
- En este contexto oscuro, lo que nos va a salvar es lo que siempre nos ha salvado como pueblo: la calidad de nuestros vínculos, el valor para enfrentar la adversidad, la profunda valentía que hay en cada mujer que sale a hacer la compra o a embolsar la harina que se compra a granel y se reparte en la red. Ni la pandemia ni la represión, ni las torturas ni los asesinatos, nos van a destruir ese mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones. La revuelta nos conectó con los siglos de resistencia profunda de nuestro pueblo (Beatriz).

* * *

“Agricultura alelopática”, exclama Doricel del otro lado del teléfono. Lo repite varias veces. Y nada.

No queda otra que recurrir al diccionario. Bueno, a Wikipedia.

Intenta explicar porqué en los barrios periféricos de Popayán, donde estudiantes y vecinos emprendieron la agricultura urbana y comedores populares, optaron por huertas circulares pese a la inicial resistencia de algunos.

“Es el sistema que utilizan los pueblos originarios y nosotros lo hacemos porque es más eficiente y para abrir la mente a otras posibilidades que no sean la cuadrícula”, explica. Por un lado, permite aprovechar mejor el agua, ya que sólo se utiliza un 30% de lo que demandan los cultivos lineales.

“Además el nuestro es un sistema muy diverso, hortalizas, legumbres, aromáticas, la cebolla y el ajo, y eso nos permite hacer un sistema alelopático. Las plantas que no resisten a los insectos son protegidas por las aromáticas que cultivamos en el

círculo siguiente. La diversidad repele a los insectos y las aromáticas atraen a los polinizadores. Buscamos la complementariedad”.

Las huertas circulares se relacionan con la cosmovisión indígena que establece una conectividad entre la tierra y el universo. Por último, explica Doricel, “con esta técnica se afianza más el tejido social, porque permite a las comunidades trabajar de manera más cooperativa”.

Varones y mujeres que cultivan las huertas de la periferia urbana de Popayán, llevan pequeños trapos y cintas rojas. En las grandes ciudades las autoridades pidieron a los pobladores que pasaban necesidades que colgaran un trapo rojo en las ventanas. “Aquí resignificamos los trapos rojos, al convertirlos en elementos de resistencia, de dignidad”, apunta Doricel, recordando que en su ciudad el 84% de la población tiene trabajo informal.

22.- Los límites de la militarización

En los últimos días se registraron importantes movilizaciones en varios países, muchas no convocadas por los canales tradicionales, pasando por encima de las restricciones y los controles policiales y militares. Los sucesos más importantes ocurrieron en Grecia, Chile y Haití.

Desde Grecia, Evgenia Michalopoulou relata cómo los jóvenes, después de 48 días de cuarentena, en un país que tiene sólo 1.300 casos activos y 165 fallecidos, comenzaron a ocupar las plazas de los barrios. “El clima está mejorando y como los bares siguen cerrados se juntan en las plazas a tomar cerveza hasta la madrugada, en claro desafío a la cuarentena”.

La reacción histérica de los medios y del gobierno derechista, llevó a que la policía antidisturbios comenzara a perseguir a los jóvenes con gases, sellando las plazas y prohibiendo la circulación en la Kalithea de Salónica. Al día siguiente, familias enteras desafiaron las órdenes policiales permaneciendo en la plaza, actitud que se repite en muchas otras, en “una desobediencia espontánea y al mismo tiempo organizada”.

Ante cada represión policial, la respuesta de abajo son marchas con miles de personas, barrios enteros recuperando sus plazas, ganando en confianza, al punto que “las calles están llenas, la gente se sienta en los escalones y las puertas, y de repente te sientes como si estuvieras en un pueblo”. La insistencia de la gente “ha obligado al gobierno abrir cafés y bares una semana antes de lo previsto”, relata Eugenia.

Por su parte, en Haití la oposición convocó para el lunes pasado una jornada de protesta, exigiendo la renuncia del presidente Jovenel Moïse, pese a las restricciones impuestas por la pandemia. Fue convocada por Sector Democrático y Popular, en una fecha que coincide con el aniversario de la creación de la bandera nacional, hace 217 años.

El presidente Moïse es criticado por la gestión de la pandemia y la corrupción, lo que sumado a un intenso ciclo de protestas provoca una “precaria estabilidad”, con enfrentamientos incluso entre policías y ejército en el marco de una creciente extensión de la pandemia (Prensa Latina, 2020).

Es evidente que la protesta haitiana está lejos de haber finalizado, al igual que está sucediendo en Chile.

En Santiago se vivieron momentos que recuerdan la revuelta popular lanzada en octubre. La comuna El Bosque tomó la iniciativa con una masiva presencia juvenil en las calles, con barricadas y enfrentamientos que forzaron a los carabineros a retroceder, momentáneamente. En pocos días se extendieron a todo el sector sur de Santiago e incluyeron La Legua, uno de los barrios históricos en la resistencia al régimen de Pinochet.

Los motivos son el incumplimiento del gobierno en la distribución de alimentos. La modalidad fueron las barricadas para defender las poblaciones e impedir el ingreso de los uniformados. Las masivas protestas iniciadas el 18 de mayo, no por casualidad coincidieron con la fecha en que se cumplen siete meses del comienzo de la revuelta. La represión está gaseando las comunas populares, en respuesta ridícula a los levantamientos.

En primer lugar, debemos consignar que la lucha callejera es apenas una de las modalidades que adopta la resistencia a la militarización. Antes de ganar las calles, las asambleas territoriales en Chile siguieron activas, en redes de abastecimiento y contra-información, en el apoyo a personas contagiadas o vulnerables, en la creación de huertas urbanas, y muchas pequeñas acciones de baja visibilidad pero de hondo contenido comunitario.

De lo anterior se deduce que la manifestación y la acción pública no son, ni pueden ser, ni el centro ni el único modo de hacer de los pueblos en movimiento. La salida a la calle tiene sus pros y sus contras, que deben ser evaluados colectivamente. Los pueblos originarios raras veces se manifiestan y, cuando lo hacen, la

acción tiene connotaciones bien diferentes a la protesta que demanda al Estado algún derecho o por algún incumplimiento.

La segunda cuestión, aunque parezca contradictoria, es que el levantamiento de los pueblos es lo que puede frenar la tendencia a la militarización acelerada que buscan los gobiernos que gestionan la pandemia. Sólo acciones desde abajo pueden desbaratar la represión y el control que nos imponen. Un tipo de control que no tiene la menor relación con los necesarios cuidados ante el coronavirus.

El sistema ha pasado de imponer rejas y cámaras de vigilancia para combatir la delincuencia, al uso de mascarillas y el distanciamiento para combatir el virus. En ambos casos, se trata de una lógica típicamente colonial/patriarcal que no resuelve la inseguridad, sino que la profundiza, porque los cuidados individualizados tienen poco vuelo si no forman parte de cuidados comunitarios.

El sistema-mundo capitalista está llegando a un punto de bifurcación, como anunciaba Immanuel Wallerstein. Sin embargo, no estamos ante una ley inexorable. El futuro depende de la acción colectiva.



https://eldeber.com.bo/183400_miles-protestan-en-argentina-por-desabastecimiento-de-alimentos

23.- Argentina: el milagro de la vida en las periferias urbanas

“Lo que aprendimos durante años en la *escuelita* de educación popular trashumante nos ha nutrido para enfrentar esta situación”, asegura Mari, del barrio 12 de Julio en la periferia de Córdoba. Un barrio ocupado en el que viven 300 familias, que abrieron calles y colocaron la luz y el agua trabajando en colectivo. Funcionan en asamblea, están instalando ollas comunitarias y huertas familiares con apoyo de las vecinas más comprometidas.

La Trashumante, formalmente Universidad Trashumante, surgió en la década de 1990, “en un contexto en el que la gente estaba descreída de los gobiernos y de la política”, explica Mariana. “Salimos a trashumar con el Quirquincho –el autobús con el que hicieron extensas giras– en busca de ese otro país para encontrarnos con el abajo profundo, para aprender otras formas de hacer política”.

Durante años la Trashumante recorrió los pequeños pueblos que apenas figuran en los mapas y son invisibles para la política mediática. “Le llamamos pedagogía intimista, que consiste en escuchar a los grupos locales. Nos encontramos con mucho fatalismo y mucha quietud y ahí nos dimos cuenta de la persistencia del virus de la dictadura militar a través del miedo”.

Piter sostiene que “la primer trashumancia fue salir de un proyecto de extensión en la Universidad de San Luis, migrar de lo institucional a la intemperie, porque dentro de las instituciones estaba todo podrido y el pensamiento crítico era muy conformista”.

Agrega algunas palabras a ese concepto de pedagogía intimista: “No salimos a buscar una nueva teoría política racional que explique lo que estaba pasando, sino cómo la gente estaba sintiendo la coyuntura y cómo la estaba resistiendo”.

Mariana explica que durante años se dedicaron a “cavar y rodar abajo”, pero en 2008 dieron un vuelco: militaban en organizaciones integradas por personas de clase media, en general universitarias que ponían sus esperanzas en las instituciones que la Trashumante rechazaba. “Ahí nos decidimos a trabajar en los territorios de los sectores populares, para que ellos mismos dirigieran sus propias organizaciones”.

Crearon un nuevo proyecto: la Escuela de Formación de Educadores de los Territorios Populares o, simplemente, *escuelita*. Las razones las pone Piter: “La pedagogía de las y los oprimidos estaba siendo capturada por la clase media y la creación de la *escuelita* tiene que ver con salir del lugar de enseñarle a la gente y empezar a compartir con las compas de los barrios sobre las formas de organización y de educación”. La red tiene tres principios: autonomía, autogestión y horizontalidad que, dice Mariana, “están llenos de contradicciones”.

Varias vecinas del barrio 12 de Julio participan en la *escuelita*, como Ana que se dedica al área de salud y autocuidado. “Trabajamos con hierbas medicinales y nos articulamos con el dispensario”, se escucha la voz entrecortada por la pésima conexión que tienen de internet.

Gabi participa en el área de educación. “Tres veces por semana trabajamos con niños y niñas para ayudarlos en la tarea escolar y también apoyamos en conseguir semillas para las huertas”. Cultivan alimentos como zapallos para las ollas comunitarias y plantas medicinales para tratar las enfermedades crónicas, que se multiplican en la pobreza.

A Mari la conocí hace varios años en la *escuelita*: “Las ollas las hacemos con lo que tiene cada vecino en su casa. Uno aporta una zanahoria, otra un paquete de fideos y la otra una o dos cebollas. Tenemos algunas donaciones de la iglesia y de amigos profesionales de la Trashumante. Le decimos a la gente que abran más ollas, una por cuadra si se puede, porque del Estado no llega nada”.

El Encuentro de Organizaciones, una corriente inspirada en el movimiento piquetero (desocupados) luego de la insurrección de diciembre de 2001, aporta ali-

mentos fruto de sus movilizaciones para presionar al Estado. “No queremos donaciones de gente que nos pone condiciones, como algunas iglesias que nos traen comida pero quieren que pongamos las banderas de la iglesia”.

En el espacio La Soñada, en el barrio Autódromo, Yaqui que se formó también en la *escuelita* sostiene que en estos días el principal objetivo de la organización del barrio es estar junto a los niños y las niñas. También formaron una olla comunitaria para alimentar a los abuelos y embazadas. En la *escuelita* debatieron sobre la centralidad del autocuidado.

“La pandemia nos ha mostrado lo que somos capaces de hacer, todo lo que aprendimos durante años de formación lo estamos poniendo en práctica y nos hizo mucho más fuertes”, siente Mari. Yaqui agrega que en los barrios hay más organización y más capacidad de hacer que antes de la cuarentena: “Aparecen manos solidarias de gente que no conocemos, hay un olorcito a solidaridad”.

Imposible no mencionar la violencia de género. “En el barrio hubo incendios y mujeres lastimadas, pero todo el barrio se unió para darle una mano a esas familias”, cierra Ana. No esperan nada del Estado, ni alimentos ni justicia. “Se nota la necesidad de la gente de estar junta”.

En apretada síntesis, esta es la historia de dignidad de un colectivo de educadores populares que dejaron las aulas para compartir con recicladores de basura y *changarines*, para hacer posible que los de más abajo dirijan sus organizaciones, sin “jefes” provenientes de las clases medias ilustradas.

* * *

“Una niña o un niño pueden pasar toda su vida, hasta que sean ancianos, en espacios autogestionados por las vecinas y los vecinos que son los que llevan adelante estas tareas”, relata con parsimonia el padre Carlos Olivero, de la Villa 21-24 de Barracas, en la ciudad de Buenos Aires.

En la mayor “villa miseria” de la ciudad, el padre Charly, como lo conocen los vecinos, vive y trabaja en la Parroquia de Caacupé desde 2002. La iglesia fue construida por los vecinos en minga: mientras ellos hacían la mezcla y colocaban los ladrillos, ellas preparaban el almuerzo y sostenían el trabajo comunitario. El nombre se lo pusieron los migrantes paraguayos, por la virgen más emblemática de su país.

En la villa funciona una red impresionante de hogares, relata Charly: para abuelos, embarazadas y recién nacidos, jardines de infantes, para personas trans, para pacientes de diversas enfermedades como Sida y tuberculosis, para consumidores de drogas y para acompañar a personas privadas de libertad cuando salen de prisión.

Cuentan además con una escuela de oficios donde los jóvenes estudian, unos mil cada cuatrimestre, una escuela primaria y una secundaria. A la hora de enumerar los trabajos en la villa, es imposible no perderse. Charly va sumando espacios y tareas. “El Hogar de Cristo está centrado en el cuidado de los más vulnerables, personas en calle, en consumo, liberados. Tenemos una granja para mujeres con sus hijos y cooperativas para cuando los ex consumidores se reinserstan”.

Visitan a más de 300 personas sometidas al sistema penitenciario, pero con una cualidad que los diferencia de otros proyectos: “Los que van a visitarlos son compañeros que estuvieron privados de libertad y por lo tanto saben de qué se trata. Los acompañan para que tengan la seguridad de que cuando salgan en libertad tendrán quién los apoye”.

Seguimos sumandos: los exploradores son alrededor de 2.500, por el Hogar de Cristo pasan unas mil personas y atienden nueve comedores donde acuden un promedio de 200 personas cada día. “Imposible cuantificar”, se queja Charly con una sonrisa, ante la insistencia.

“Lo importante es que las vecinas y los vecinos son los que llevan adelante todos los espacios. Por eso te digo que una niña o un niño puede pasar toda su vida en

espacios autogestionados, desde antes de nacer hasta que son abuelas. La idea es que haya propuestas sólidas para cada grupo del barrio, pero es el barrio el que los cuida”.

El padre Charly asegura que están construyendo algo “diferente del sistema”. Pertenece al movimiento de “curas villeros”, inspirado en el compromiso con los pobres que llevó al padre Carlos Mugica a comprometerse con los habitantes Villa 31 (en Retiro, muy cerca del puerto), lo que le costó la vida al ser asesinado por la Triple A en 1974. Los curas villeros sostienen que vienen a las villas a aprender. Por eso Charly asegura que “más que a construir un mundo distinto venimos a conectarnos con lo que ya está, porque nuestro barrio es de inmigrantes, de gente que vino porque no tenía acceso a la salud y al trabajo”.

En contra de la estigmatización de los medios —que no dejan de mentar violencia, drogas y delincuencia— sostiene que “la Villa 21 es el mejor barrio de Buenos Aires, por la solidaridad, por el nivel de organización”. Durante la pandemia comprobaron la escasa noción que tienen los gobiernos, incluso los progresistas, de lo que sucede en las villas.

“Lo que hace la pandemia es hacer emerger todo lo que no estaba resuelto, la precariedad del trabajo, la falta de agua, la imposibilidad de ahorrar....y ahora emergen todos los problemas juntos”. En la Villa no sólo había pobreza y trabajo informal, estaban la tuberculosis, el dengue, el Sisa, las personas que viven en la calle y las privadas de libertad.

Cuando aterrizó la pandemia, multiplicaron los comedores, la entrega de alimentos a las familias y pusieron todos sus espacios al servicio del barrio. “Porque los gobiernos quieren ahorrar con la comida, y los trámites burocráticos son un desastre al punto que ya nadie quiere venderles”, se indigna Charly.

Trabaja junto a los movimientos sociales del barrio, a los que considera imprescindibles. Con los militantes sociales hicieron un censo de personas vulnerables y de enfermeras e instalaron puestos de vacunación, distribuidos en las 63 hectáreas

de la Villa 21-24. “Aquí las personas no pueden aislarse porque viven hacinadas, hasta siete duermen en una misma cama”.

Nos recuerda que en el barrio no entran las ambulancias, por “seguridad”. Los protocolos oficiales, por lo tanto, no tienen la menor utilidad en la extrema pobreza. Por eso las organizaciones sociales superaron las diferencias para cuidar al barrio, dice Charly.

“Veo un escenario bastante difícil. En tiempos de guerra aceptamos economía de guerra, pero cuando no haya guerra las necesidades van a explotar. Queremos responder a la urgencia, pero que esa respuesta deje una capacidad instalada en el barrio”. En suma, organización.

El padre Carlos Olivero se despide con una frase casi bíblica, fruto de su experiencia vital: “Con el Estado no alcanza, porque no conoce la realidad de los barrios. Lo que venga tiene que ser con la organización popular. Esto significa que las compañeras y compañeros no ocupen cargos para que no bajemos los brazos”.

24.- Autogestionar la comida y la vida

El Mercado Popular de Subsistencia (MPS) es una red de 50 grupos territoriales autogestionados que se coordinan para realizar compras por fuera de los supermercados, con un ahorro que oscila entre el 30 y el 50% en el precio de los alimentos. Más de la mitad de los productos los compran directamente a los productores, explican Sebastián y Clara en una extensa conversación.

Durante la pandemia la red triplicó el volumen de compras. Ya son más de mil las familias que se organizan en grupos de barriales. No se permite la compra individual, sino que deben organizarse grupos vecinos, de cooperativas o de sindicatos, para hacer un pedido mensual, que se elige de una lista de más de 300 productos incluyendo orgánicos, veganos, para celíacos, alimentos frescos, productos de limpieza y vestimenta.

Cada grupo envía los pedidos a la comisión de compras y en ese momento abona la cantidad correspondiente. Una semana después, cada grupo local recoge el pedido en uno de los dos centros de acopio ubicados en puntos estratégicos de la ciudad, y lo llevan al barrio donde lo fraccionan entre las familias.

La red funciona a partir del trabajo voluntario, ya que nadie recibe salario. Se rigen por los principios de autonomía, autogestión, antipatriarcal, solidaridad de clase, apoyo a la productores y a la producción nacional y combate a la riqueza. Consideran al MPS como “una herramienta política que tiene como horizonte la construcción de una nueva sociedad sin explotados ni explotadores” (mps.org.uy).

Sebastián explica los comienzos: “En 2009 formamos la Brigada José Artigas en barrios de Montevideo, siguiendo la orientación de Pepe Mujica de promover el trabajo de base voluntario. Pero con el tiempo vimos que la propuesta del gobierno no era la adecuada, decidimos tomar nuestro camino y así fue como surgió el mercado popular”.

El primer pedido lo hicieron en enero de 2016, con sólo cuatro productos que se repartieron entre 20 familias. Cuatro años después ya son una fuerza social transformadora de las lógicas del consumo que consiste, como señala Clara, en “autogestionar la comida colectivamente”.

Realizan una reunión federal mensual con delegados de cada uno de los grupos territoriales, que además confluyen en cuatro zonas para resolver los problemas de distribución y compras. Han creado varias comisiones: logística, compras, finanzas, comunicación, formación e ingresos de nuevos grupos. El 8 de marzo de 2020 crearon, además, un colectivo de mujeres e identidades disidentes.

Los gastos de transporte y las bolsas para los alimentos los financian con una cuota de 15 pesos por cada 500 pesos de compra (un dólar son 44 pesos). Los lemas principales del Mercado Popular son: “combativo, solidario, local, participativo y barato”.

Preguntados sobre los problemas más importantes que enfrentan, Clara sostiene que “con el dinero nunca hubo problemas, porque nos basamos en la confianza ya que las familias pagan la compra pero la reciben una semana después y saben que si surge alguna dificultad la vamos a resolver colectivamente”.

La participación es un escollo, dice Clara. “Que la gente se vaya rotando y no sean siempre los mismos, y sobre todo que no nos trasformemos en una cooperativa de consumo, donde algunos asalariados gestionan todo, porque somos una organización social y política que busca transformar la sociedad, lo que trasciende el consumo”.

En los últimos años hubo dos cambios importantes. Uno cualitativo, ya que durante la crisis provocada por la pandemia se multiplicaron las familias que hacen sus compras en la red. El otro es que inicialmente compraban en almacenes mayoristas, pero están migrando hacia los productores directos: campesinos que cultivan frutas y hortalizas, fábricas recuperadas por sus trabajadores y cooperativas de alimentos ya abastecen más de la mitad de los productos de la red.

Tanto Clara como Sebastián creen que el mayor desafío es que los sectores populares ocupen el Mercado Popular. “Los barrios donde predominan profesionales de clase media con salario fijo, son los que han reflexionado sobre el consumo y tienen condiciones para planificar la compra mensual. Ahí tenemos un desafío. Las familias más pobres no tienen dinero para hacer una compra para todo el mes”, reflexionan.

“Por eso queremos reconstruir el papel del viejo almacén de barrio, que nos pueda hacer la compra y le gane a los productos no más de un 15%. Es una forma de reconstruir las relaciones sociales territoriales tejidas en torno al almacén (como vender fiado), que las grandes superficies destruyeron”.

* * *

Gabriel es un obrero metalúrgico de unos 40 años que vive en la periferia oeste de Montevideo, en un barrio de trabajadores, viviendas sencillas con fondo apto para el cultivo. En febrero tuvo un accidente con su moto y le dieron la baja temporal del trabajo. Cuando llegó la pandemia decidió comenzar a cocinar para sus vecinos.

“Ya llevamos dos meses y nunca faltaron donaciones, de productores de la zona, de comercios pequeños y sobre todo aportes de los propios vecinos”, señala Gabriel. Durante las primeras semanas debía encargarse de recoger los alimentos, cocinar y hacer la limpieza, pero poco a poco algunas vecinas se están involucrando en una olla que sirve 50 platos cada noche.

En Montevideo funcionan 400 ollas populares, algo casi increíble en una ciudad de 1,2 millones de habitantes. La página solidaridad.uy detalla dónde funciona cada olla y los días que se juntan las vecinas. Clubes deportivos y sociales, comisiones de fomento, bares populares, capillas, cooperativas de vivienda, merenderos, almacenes, clubes de fútbol infantil, organizaciones políticas de base y sindicatos, son los espacios más comunes.

Algunas ollas las crearon vecinas que ni siquiera se conocían. Otras fueron impulsadas por la murga del barrio. Un puñado de sindicatos llevaron ollas y fogones

a los barrios informales (asentamientos formados por tomas de tierras urbanas), llevaron alimentos y ayudan a los vecinos a organizarse.

El movimiento de ollas populares es muy variado. Algunos sectores se recostaron en empresas, y hasta supermercados, que les ofrecen canastas de alimentos para repartir, pero la mayoría son ollas que cocinan sus alimentos entre grupos de vecinos.

En Montevideo tenemos una potente cultura asociativa, desde comienzos del siglo XX cuando los obreros migrantes europeos se instalaron en la villa del Cerro, fundando ateneos, bibliotecas populares, grupos de teatro, mutuales y sindicatos. Esa cultura fue evolucionando, creciendo desde abajo, con su impronta anarquista primero, socialista y comunista después. Para que tengan una idea: el colegio de médicos, fundado por un anarquista, lleva el nombre de Sindicato Médico del Uruguay.

Por eso no resulta nada extraño que se hayan puesto en pie 400 ollas en una ciudad de tamaño mediano. En 1971, cuando se fundó, y en 1985 al terminar la dictadura, el Frente Amplio tuvo alrededor de 500 comités de base; el movimiento de derechos humanos, contra la ley de impunidad del primer gobierno pos-dictadura, formó más de 300 comisiones barriales en 1989.

En el asentamiento Las Cumbres, en la periferia este de Montevideo, viven 500 familias y funcionan dos ollas, una de ellas vegana llevada por un colectivo libertario. Interesa constatar que las ollas son el espacio de las mujeres y los jóvenes, que han conseguido reabrir algunos clubes y centros culturales que estaban en crisis y habían cerrado en los años anteriores. Es posible que el colapso permita un crecimiento de la cultura antipatriarcal y anti-capitalista.

* * *

El domingo 31 de mayo fue un día especial en Brasil. Se realizaron manifestaciones contra Bolsonaro, las más elocuentes en año y medio durante el cual la calle

estuvo monopolizada por la ultraderecha oficialista. Lo novedoso, lo que llama profundamente la atención, es que las concentraciones en 14 ciudades fueron convocadas por las barras de fútbol.

En efecto, las movilizaciones en defensa de la democracia y contra Bolsonaro, partieron de barras organizadas de clubes como Santos, San Pablo y Palmeiras, que aunque son rivales en el campo de juego, confluyeron en la calle preocupados por “la escalada autoritaria en el país, a partir de una oleada de agresiones a periodistas y personal sanitario” (<https://bit.ly/3dKPM0Y>).

Las barras están organizadas desde hace varios años en la Asociación Nacional de Torcidas Organizadas (ANATORG). Decidieron no identificarse con la bandera de ningún equipo, para evitar problemas entre las barras. La primera concentración la realizaron a principios de mayo en Sao Paulo, convocados por la barra de Corinthians, a la misma hora que se manifestaba la ultraderecha en la principal avenida.

Fueron apenas 70 hinchas, pero sentaron un precedente. El domingo 31 hubo enfrentamientos con la policía y con los bolsonaristas, que ya no son los únicos que ocupan la calle.

Sorprendido porque las hinchadas pelean en la calle mientras la izquierda y los sindicatos permanecen en una preocupante quietud, lancé la pregunta a un grupo de compañeros. La respuesta, brillante, vino de Silvia Adoue, profesora de la Escuela Florestán Fernandes del Movimiento Sin Tierra:

“Los partidos y las centrales sindicales perdieron organicidad con los territorios y con los trabajadores. Siempre que se vislumbra un movilización, el PT trata de montarse y capturarla... y así la estropea. Me hace acordar a un episodio que Eric Hobsbawn relata en *La historia social de jazz*: En una casa de jazz, se apagan las luces. Un foco sobre el jazzman. Un silencio antes de que comience. Una voz en la platea le grita: Fulano, toca algo que ellos [los blancos] no puedan imitar. Bueno, desde 2013 estamos tratando de tocar algo que ellos [los oportunistas] no puedan imitar”.



Fotomovimiento, 2020_04_14 Hospital Dos de Maig_Xavi Ariza(08),
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49774722927/>



Fotomovimiento, 2020_05_29 Manifestacion Nissan Matias Nicolas Chiofalo_13,
<https://www.flickr.com/photos/acampadabcnfoto/49962355731/in/photostream/>

25.- A modo de cierre (provisorio)

En abril de 2015 en el marco de un encuentro en Unitierra, en San Cristóbal de las Casas, que los zapatistas titularon *El Pensamiento Crítico frente a la Hydra Capitalista*, escuchamos estas palabras del subcomandante Galeano:

“Bueno, el asunto es que lo que nosotros, nosotras, zapatistas, miramos y escuchamos es que viene una catástrofe en todos los sentidos, una tormenta.

Pero... resulta que nosotras, nosotros, zapatistas, también miramos y escuchamos que personas con grandes conocimientos dicen, a veces con su palabra, siempre con su actitud, que todo sigue igual.

Que lo que la realidad nos está presentando, son sólo pequeñas variaciones que no alteran en nada importante el paisaje.

O sea que nosotras, nosotros, zapatistas, vemos una cosa, y ellos ven otra.

Porque vemos que se sigue recurriendo a los mismos métodos de lucha. Se sigue con marchas, reales o virtuales, con elecciones, con encuestas, con mítines. Y, de manera concomitante, surgen y se desarrollan los nuevos parámetros de “éxito”, una especie de *aplusómetro* que, en el caso de las marchas de protesta, es inverso: mientras más bien portada sea (es decir mientras menos proteste), mayor su éxito. Y se hacen organizaciones partidarias, se trazan planes, estrategias y tácticas, haciendo verdaderos malabares con los conceptos.

Como si fueran equivalentes Estado, Gobierno y Administración.

Como si el Estado fuera el mismo, como si tuviera las mismas funciones de hace 20, 40, 100 años” (Subcomandante Galeano, 2015: 27).

Si las cosas estaban tan claras, tanto tiempo antes de la pandemia de coronavirus, ¿qué nos impidió actuar en consecuencia? ¿Por qué no hemos sido capaces de comprender y de aceptar que el sistema, en su fase financiera y extractiva, consiste en acumulación por despojo o cuarta guerra mundial, que destruye, aniquila personas, pueblos y medio ambiente? ¿Porqué nos empeñamos en creer que el capitalismo no había mutado, militarizándose, y que podíamos cambiar el mundo cómodamente, consumiendo y votando cada cuatro años?

Estas preguntas no están dirigidas a cualquiera, sino a quienes estamos empeñados en hacer algo para mejorar las cosas, para cambiar-se ellos y ellas, cambiando el mundo. No sólo el zapatismo ha venido “manejando la tormenta o el colapso como un futuro inminente, sino muchos compañeros, como Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes, entre los más cercanos y rigurosos.

Creo que las ideas y las actitudes surgen de la práctica, en nuestro caso, del vínculo y la interacción con colectivos empeñados en frenar esta deriva que nos lleva al colapso civilizatorio y a la destrucción del planeta. En última instancia, es el trabajo en común lo que nos ha permitido comprender que para una parte de la humanidad el colapso no es el futuro, sino que ya era el ominoso presente mucho antes de la llegada de la pandemia.

La situación que estamos viviendo debería ser una cura de humildad. Ante el planeta, ante los seres vivos y sobre todo ante nuestros semejantes.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (1998) *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (2000) *Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (2004) *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Agamben, Giorgio (2020) “Nuove riflessioni”, *Quodlibet*, 22 de abril en <https://www.quodlibet.it/giorgio-agamben-nuove-riflessioni> (consulta, 10/05/2020).
- Aizen, Marina (2020) “Las nuevas pandemias del planeta devastado” en *Anfibia*, en <http://revistaanfibia.com/cronica/las-nuevas-pandemias-del-planeta-devastado/> (consulta, 10/05/2020).
- Amaya, Andrea (2020) “Así es vivir en China en tiempos del coronavirus”, *France 24*, 11 de febrero en <https://www.france24.com/es/20200211-testimonio-latinos-china-coronavirus-covid19> (consulta 2/05/2020).
- Asociación Indígena del Cauca (2020) “Trueque en los Kokonukos”, 27 de febrero en <https://www.facebook.com/aicprensa/videos/196515328266539/> (consulta, 14/05/2020).
- Baraonda News (2020) “Apriamo le finestre, usciamo in balcone e suoniamo insieme anche se lontani, da un’idea lanciata da Fanfaroma”, en https://baraondanews.it/coronavirus-domani-il-flashmob-sonoro-dalle-finestre-e-dai-balconi-di-tutta-italia/?fbclid=IwAR0sxvFDyWfOgVuqtGaDys5RWD5mq2PCzZ3Yw40wa7bgxRAckn_F-l-vlPrk (consulta, 15/05/2020).
- Barifouse, Rafael (2020) “‘Tem mais assassinatos no Brasil por mês do que mortes por coronavírus no mundo’, diz brasileiro que decidiu ficar na China”, *UOL*, 18 de febrero, en <https://noticias.uol.com.br/saude/ultimas-noticias/bbc/2020/02/18/tem-mais-assassinatos-no-brasil-por-mes-do-que-mortes-por-coronavirus-no-mundo-brasileiro-que-decidiu-ficar-na-china.htm> (consulta 10/05/2020).
- Bassets, Marc; De Miguel Rafa y Carbajosa, Ana (2020) “El Reino Unido y Francia encabezan un endurecimiento del tono europeo hacia China”, *El País*, 20 de abril en <https://elpais.com/internacional/2020-04-20/el-reino-unido-y-francia-encabezan-un-endurecimiento-del-tono-europeo-hacia-china.html> (consulta, 10/05/2020).
- Bloomberg (2020) Baltic Dry Index, en <https://www.bloomberg.com/quote/BDIY:IND>

- Braudel, Fernand (1984) *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII. Las estructuras de lo cotidiano*, Madrid, Alianza.
- Cama de Nubes; González, Fernando y Zibechi, Raúl (2020) “Barrios en movimiento, los espacios autónomos en la Ciudad de México”, 11 de mayo en <https://desinformemonos.org/barrios-en-movimiento-los-espacios-autonomos-en-la-ciudad-de-mexico/> (consulta, 23/05/2020).
- Cecconi, Patrizia (2020) “Il virus del terrore”, *Comune-Info*, 16 de febrero en <https://comune-info.net/il-virus-del-terrore/> (consulta, 2/5/2020).
- Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (2020) “Temporada de influenza 2019-2020 en EE. UU.”, en <https://espanol.cdc.gov/flu/about/burden/preliminary-in-season-estimates.htm> (consulta, 5/05/2020).
- Cordones Territoriales de Valparaíso (2020) “El pueblo cuida al pueblo, programa radial, en https://www.facebook.com/cordonesvalpo/?hc_ref=ARSlAkT7J6mUj3lJuhMEhp-f3jQeS6jdo6LywwPeOpObFP9xdDIbSBTVSMMnRqe2xss&fref=nf&_tn_=kC-R (consulta 14/05/2020).
- CRIC-Consejo Regional Indígena del Cauca (2020) “La estrategia del Gobierno, con la guerra, vulnerar nuestros espacios para contagiar a nuestra población”, 26 de marzo en <https://www.cric-colombia.org/portal/la-estrategia-del-gobierno-con-la-guerra-vulnerar-nuestros-espacios-para-contagiar-a-nuestra-poblacion/> (consulta, 15/05/2020).
- Chowdhury, Anis (2020) “Global Economy Still Slowing, Dangerously Vulnerable”, en *Observatorio Económico Latinoamericano*, 19 de febrero en <http://www.obela.org/nota/global-economy-still-slowing-dangerously-vulnerable> (consulta 10/05/2020).
- Davies, Stephen (2020) “Ce que l’histoire nous dit de coronavirus”, *Dedefensa.org*, 17 de marzo en <https://www.dedefensa.org/article/covid-19-en-perspective> (consulta, 10/05/2020).
- Davis, Mike (2020) “El monstruo llama a la puerta”, en *Viento Sur*, 13 de marzo en <https://vientosur.info/spip.php?article15712> (consulta 10/05/2020).
- Di Muro, Martina (2020) “Defender Europa 2020 ridimensionata: comandante USA sospetto positivo”, *Metropolitan Magazine*, 12 de marzo en <https://metropolitanmagazine.it/defender-europa-ridimensionata/> (consulta 15/05/2020).
- Escuela Cooperativa Cecosesola (2018) “Construyendo aquí y ahora el mundo que queremos”, *Observatorio de Ecología Política de Venezuela*, 10 de diciembre en <https://www.>

- ecopoliticavenezuela.org/2018/12/10/cecosesola-construyendo-aqui-ahora-mundo-queremos/ (consulta 15/05/2020) (consulta 15/05/2020).
- Fernández, Ramón y González, Luis (2014) “En la espiral de la energía”, tomos I y II, Madrid, Libros en Acción/Baladre.
- Fernandes, Sara (2019) “Após sete meses e conquista de terrenos, famílias deixam Ocupação Povo Sem Medo”, *Rede Brasil Atual*, 9 de abril en <https://www.redebrasilatual.com.br/cidadania/2018/04/apos-sete-meses-familias-conquistam-terrenos-deixam-ocupacao-povo-sem-medo/> (consulta 15/05/2020).
- Forner, Gessamí (2020) “Los hospitales han perdido una de cada diez camas desde la crisis económica”, en *El Salto*, 14 de marzo en <https://www.elsaltodiario.com/sanidad/los-hospitales-han-perdido-una-de-cada-diez-camas-desde-la-crisis-economica> (consulta 10/05/2020).
- Fortes, Alexandre y Dias, Leandro (2020) “COVID-19 na Baixada Fluminense: O tsunami se aproxima”, *Programa de Pós-Graduação Interdisciplinar-Universidade Federal Rural de Rio de Janeiro*, 17 de abril en <https://www.ppgihd-open-lab.com/post/covid-19-na-baixada-fluminense-o-tsunami-se-aproxima> (consulta 10/05/2020).
- Frente de Mobilização da Maré (2020) “Sobre a Frente”, en <https://www.frentemare.com/> (consulta 15/05/2020).
- Galeano, Subcomandante Insurgente (2015) “La Tormenta, el Centinela y el Síndrome del Vigía”, en *El Pensamiento Crítico frente a la Hidra Capitalista*, tomo I, México, pp. 21-33.
- IPDRS-Instituto para el Desarrollo Rural de Sudamérica (2019) *Informe 2018. Acceso a la tierra y territorio en Sudamérica*, IPDRS, La Paz.
- Kurdistán América Latina (2020) “Cómo las estructuras autónomas del norte y el este de Siria manejan una pandemia”, 17 de abril en <http://kurdistanamericalatina.org/como-las-estructuras-autonomas-del-norte-y-el-este-de-siria-manejan-una-pandemia/> (consulta 15/05/2020).
- La República (2020) “La salud desplazó a la inseguridad y ahora es la primera preocupación de los uruguayos”, 23 de abril en <https://www.republica.com.uy/la-salud-desplazo-a-la-inseguridad-y-ahora-es-la-primera-preocupacion-de-los-uruguayos-id762713/> (consulta 6/05/2020).
- La Repubblica (2020) “Coronavirus, lo studio: in un decennio 37 miliardi in meno alla sanità italiana”, 10 de marzo 2020 en <https://www.repubblica.it/salute/2020/03/05/>

- [news/coronavirus_lo_studio_in_10_anni_-37_miliardi_alla_sanita_italia-na-250314358/](#) (consulta, 10/05/2020).
- Lorenzo, Antonio (2020) “Cinco buenas noticias de este domingo en la guerra contra el coronavirus”, *El Economista*, 22 de marzo en <https://www.eleconomista.es/sanidad/noticias/10432651/03/20/Cinco-buenas-noticias-de-este-domingo-en-la-guerra-contra-el-coronavirus.html> (consulta, 15/03/2020).
- Montoya, Rodrigo (2020) “Aquí termina Lima”, en *La Mula*, 19 de abril en <https://rodrigomontoya.lamula.pe/2020/04/20/solo-queremos-volver-a-casa/rodrigomontoyar/> (consulta, 15/05/2020).
- McNeill, William (2016) *Plagas y pueblos*, México, Siglo XXI.
- Gobierno Territorial Autónomo de la Nación Wampis (2019) “Nakumak”, Boletín Informativo GTANW, N°2, noviembre, en https://nacionwampis.com/wp-content/uploads/2019/12/Bolet%C3%ADn_informativo_Tuntui_compressed.pdf (consulta 14/05/2020).
- Nieves, Vicente (2020) “Siempre la misma historia: otra crisis que nace a miles de kilómetros y terminará ‘arrasando’ la Eurozona”, *El Economista*, 20 de marzo, en <https://www.eleconomista.es/economia/noticias/10431213/03/20/Siempre-la-misma-historia-otra-crisis-que-nace-a-miles-de-kilometros-y-terminara-arrasando-la-Eurozona.html> (consulta, 20/03/2020).
- Öcalan, Abdullah (2017) *La civilización capitalista. La era de los dioses sin máscara y los reyes desnudos*, Caracas, 2017.
- OCMAL-Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina (2020) “Piura: Ayabaca y Huancabamba rechazan donativos de la empresa minera Río Blanco”, 22 de abril en <https://www.ocmal.org/piura-ayabaca-y-huancabamba-rechazan-donativos-de-la-empresa-minera-rio-blanco/> (consulta, 15/05/2020).
- Ojo Público (2020) “La dura travesía de los más pobres: pandemia y desempleo expulsan a miles de migrantes”, 26 de abril en <https://ojo-publico.com/1786/desplazados-por-la-pandemia-la-travesia-de-los-mas-pobres> (consulta 14/05/2020).
- Organización Panamericana de la Salud (2020) “Los casos de dengue en las Américas superaron los 3 millones en 2019”, en Organización Panamericana de la Salud, 12 de febrero en https://www.paho.org/hq/index.php?option=com_content&view=article&id=15722:cases-of-dengue-in-the-americas-exceeded-3-million-in-2019&Itemid=1926&lang=es (consulta 10/05/2020).

- Oviedo, Belén (2019) “Las rebeldes del Sur: la lucha de las mujeres en el Bañado”; La Nación, 15 de diciembre en <https://www.lanacion.com.py/gran-diario-domin-go/2019/12/15/las-rebeldes-del-sur-la-lucha-de-las-mujeres-en-el-banado/> (consulta, 15/05/2020).
- Pairicán, Fernando (2014) *Malón. La rebelión del movimiento mapuche 1990-2013*, Santiago, Pehuén.
- Pineda, Enrique (2018) *Arde el Wallmapu*, México, Bajo Tierra.
- Plan V (2020) “El Ejército adquiere 100.000 granadas lacrimógenas, mientras el 81% de las denuncias siguen en investigación”, Plan V, 27 de enero en <https://www.planv.com.ec/historias/sociedad/paro-el-ejercito-adquiere-100000-granadas-lacrimogenas-mientras-el-81-denuncias> (consulta, 10/05/2020).
- Prensa Latina (2020) “Oposición de Haití a las calles”, 21 de mayo en <https://www.prensa-latina.cu/index.php?o=rn&id=366914&SEO=oposicion-de-haiti-a-las-calles-pese-a-covid-19> (consulta, 21/05/2020).
- Público (2020) “La Sanidad pierde 18.320 profesionales en plena crisis del coronavirus”, 3 de marzo en <https://www.publico.es/sociedad/sanidad-pierde-18-320-profesionales-plena-tesis-del-coronavirus.html> (consulta, 10/05/2020).
- Quijano, Aníbal (2014) “El trabajo al final del siglo XX”, en Cuestiones y horizontes, Buenos Aires, Clacso, pp. 262-284.
- Rancière, Jacques (2020) “¿Una buena oportunidad”, El Salto, 26 de mayo en <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/jacques-ranciere-buena-oportunidad> (consulta 29/05/2020).
- Rebelarte (2020) “Concentración de vecinos del barrio Nuevo Comienzo”, 20 de abril en <http://www.rebelarte.info/Concentracion-de-vecines-del-barrio-Nuevo-Comienzo> (consulta 15/05/2020).
- Ríos, Xulio (2020) “¿Una salud de hierro?”, Observatorio de la Política China, 17 de febrero en <https://politica-china.org/areas/sociedad/una-salud-de-hierro> (consulta 10/05/2020).
- Rossi, Amanda (2020) “Rumo a quarentena global: a distopía do coronavirus”, 29 de febrero en Piauí, en <https://piaui.folha.uol.com.br/rumo-quarentena-global-distopia-do-coronavirus/> (consulta, 10/05/2020).

- Silva, Juan Pablo (2015) “La fabricación mediática de la protesta social”, *Anagramas*, Vol. 13, N° 26, Universidad de Medellín, enero-junio, pp. 43-56, en <http://www.scielo.org.co/pdf/anqr/v13n26/v13n26a03.pdf> (consulta, 16/05/2020).
- Tartakowsky, Danielle y Fillieule, Olivier (2020) “La manifestación: el origen de una forma de protesta”, *Nueva Sociedad* N° 286, marzo-abril, en <https://www.nuso.org/articulo/manifestacion-origen-forma-protesta/> (consulta, 16/05/2020).
- Toro Hardy, Alfredo (2020) “El coronavirus y la mano atada a la espalda”, en Observatorio de la Política China, 20 de abril en <https://politica-china.org/areas/politica-exterior/el-coronavirus-y-la-mano-atada-a-la-espalda> (consulta, 10/05/2020).
- Ugarteche, Oscar (2020) “Coronavirus, un riesgo mayor para el mundo que para China”, *Observatorio Económico Latinoamericano*, 16 de marzo, <http://obela.org/analisis/coronavirus-un-riesgo-mayor-para-el-mundo-que-para-china> (consulta, 16/03/2020).
- Ugarteche, Oscar y Ocampo, Alfredo (2019) “La economía mundial: perspectivas económicas para 2020”, en *Observatorio Económico Latinoamericano*, 23 de diciembre, en <http://www.obela.org/analisis/la-economia-mundial-perspectivas-economicas-2020> (consulta 20/05/2020).
- Ugarteche, Oscar y Martínez, Arturo (2020) “La energía solar en la guerra comercial”, *Observatorio Económico Latinoamericano*, 24 de febrero, en <http://www.obela.org/analisis/la-energia-solar-en-la-guerra-comercial> (consulta, 16/03/2020).
- Valdés, Isabel (2020) “Los datos que hablan de la privatización sanitaria”, 9 de febrero en https://elpais.com/ccaa/2020/01/29/madrid/1580310893_163601.html (consulta 10/05/2020).
- Wallerstein, Immanuel (2004) “Paz, estabilidad y legitimación”, en *Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos*, Madrid, Akal.
- Zabalza, Jorge (2020) “Lo subterráneo”, *ZUR*, 26 de febrero en <https://zur.uy/lo-subteraneo/> (consulta 15/05/2020).
- Zandonai, Roberta (2020) “Surto de coronavírus é reflexo da degradação ambiental”, IHU Unisinos, 10 de marzo en <http://www.ihu.unisinos.br/596923-surto-de-coronavirus-e-reflexo-da-degradacao-ambiental-afirma-pnuma> (Consulta, 10/05/2020).
- Zibechi, Raúl (2008) “La Otra Colombia”, *La Jornada*, 24 de octubre, en <https://www.jornada.com.mx/2008/10/24/index.php?section=opinion&article=028a1pol> (consulta, 11/05/2020).

- Zibechi, Raúl (2013) “Debajo y detrás de las grandes movilizaciones”, *OSAL* N° 34, Clacso, Buenos Aires, noviembre, pp. 15-36.
- Zibechi, Raúl (2019) “Poder popular nas favelas cariocas”, *Outras Palavras*, 15 de enero en <https://outraspalavras.net/pos-capitalismo/poder-popular-nas-favelas-cariocas/> (consulta 15/05/2020).
- Zibechi, Raúl (2020) *Nuevas derechas. Nuevas resistencias*, Ediciones Desde Abano, Bogotá, 2020.

Para la diagramación se utilizaron los caracteres
Georgia y Gill Sans
Mayo de 2020

El conocimiento es un bien de la humanidad.
Todos los seres humanos deben acceder al saber.
Cultivarlo es responsabilidad de todos.

"En estos meses proliferan los análisis que se focalizan en los nuevos modos de dominación, desde el encierro hasta la digitalización de la vigilancia y el control. Suelen ser análisis necesarios en la medida que echen luz sobre estos mecanismos, que se estaban desplegando y ahora se acelera su implementación.

Sin embargo, no podemos limitarnos a constatar los modos de la dominación, porque sería tanto como decirnos que no hay salida, que las alambradas que rodean el campo de concentración donde nos encerraron, son inexpugnables. Los análisis son útiles en la medida que enseñen las fisuras, las maneras de derribar los muros que nos aprisionan. Mostrar las resistencias es algo central, si pretendemos recorrer los caminos de la emancipación".